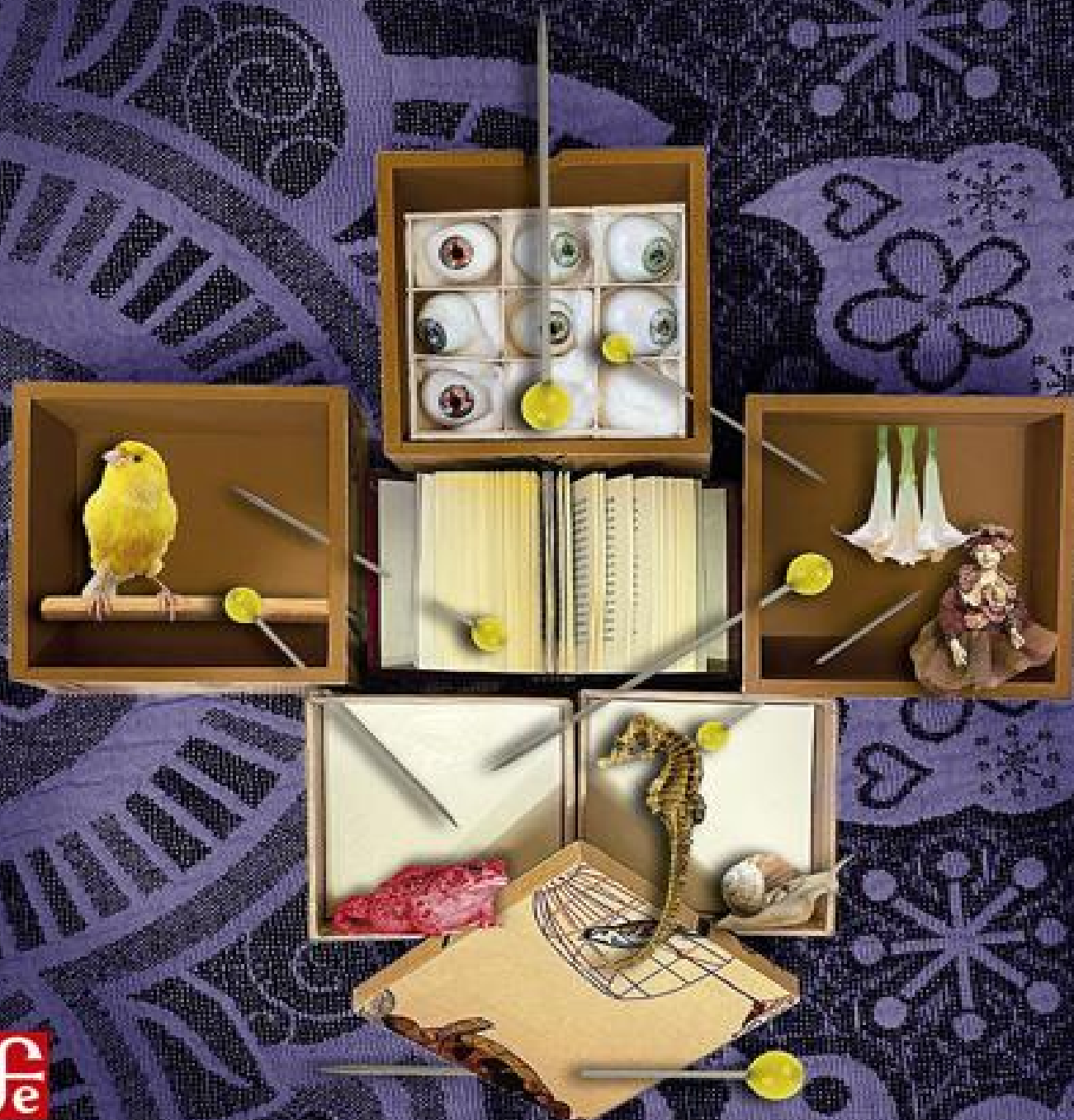


ADELA FERNÁNDEZ

Cuentos reunidos

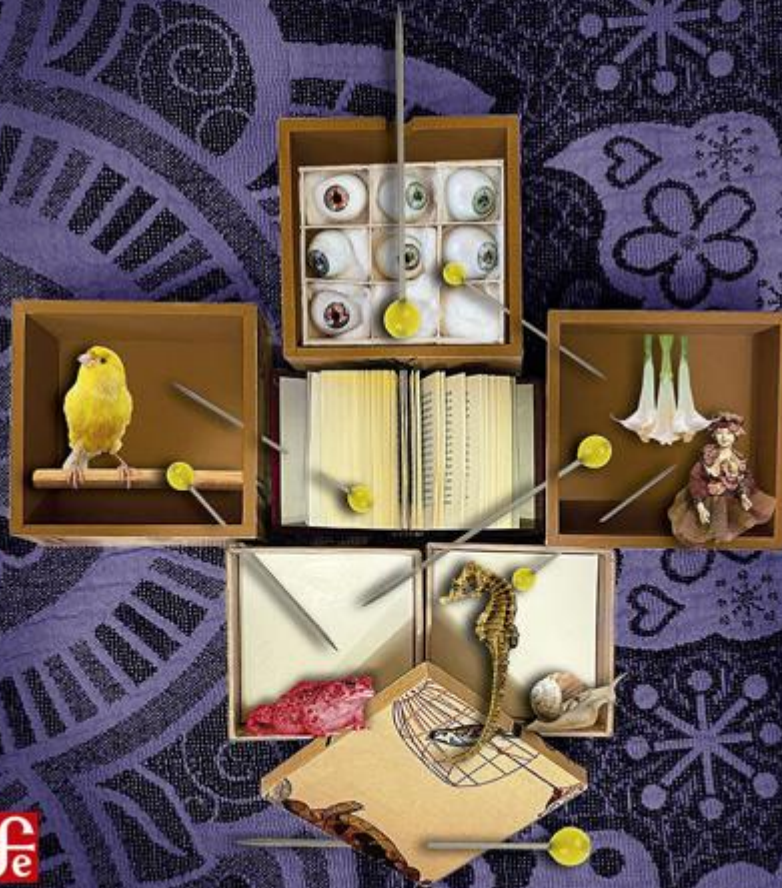
Jazmin G. Tapia Vázquez (pról.)



ADELA FERNÁNDEZ

Cuentos reunidos

Jazmin G. Tapia Vázquez (pról.)

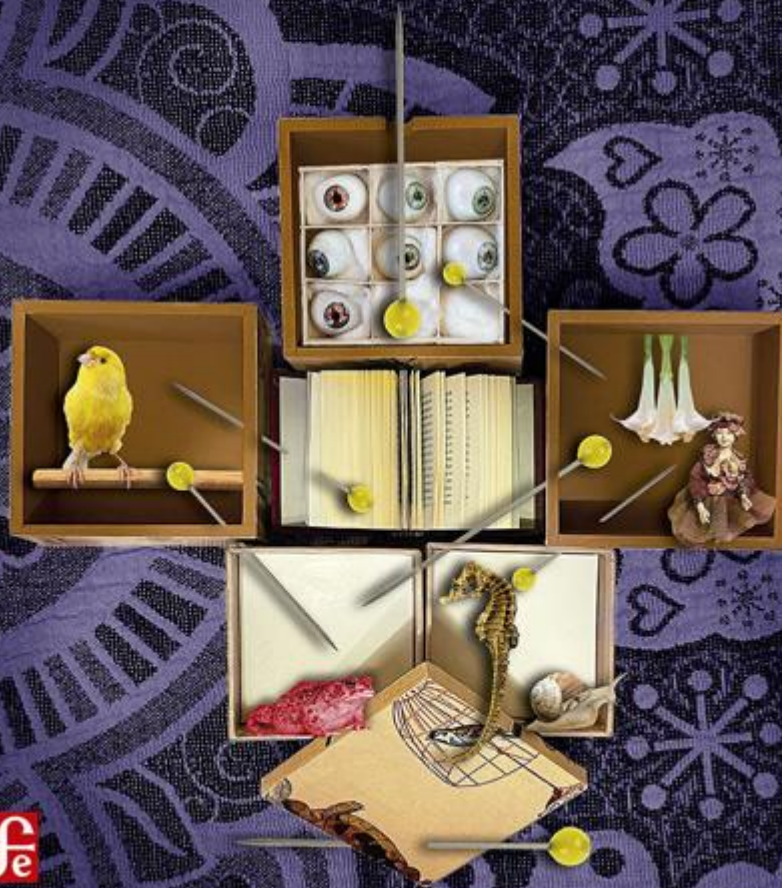


LETRAS MEXICANAS

ADELA FERNÁNDEZ

Cuentos reunidos

Jazmin G. Tapia Vázquez (pról.)



LETRAS MEXICANAS



Fotografía: archivo de Emilio Quetzalcóatl Fernández.

Adela Fernández (Ciudad de México, 1942-2013) fue cuentista, dramaturga, ensayista, así como guionista y directora cinematográfica. Su infancia estuvo marcada por la llamada Época de oro del cine mexicano y por la educación autoritaria de su padre, Emilio “El Indio” Fernández; se interesó por la antropología, el indigenismo y la mitología desde muy joven. En sus textos plasmó la fascinación por los fenómenos de carácter mítico, mágico y ritual; recorrió muchas comunidades indígenas trabajando para el Instituto Nacional Indigenista, este acercamiento quedó plasmado en algunos de sus cortometrajes, también consideró el arte culinario como sinónimo de cultura e investigó las recetas, ingredientes y rituales tradicionales de varios estados de México para su libro *La tradicional cocina mexicana*. Conjugó su pasión por la cocina y su afición por las tradiciones en *Sabrosuras de la muerte*, donde abordó el viaje de los muertos según las creencias prehispánicas.

LETRAS MEXICANAS

Cuentos reunidos

Adela Fernández

Cuentos reunidos

Prólogo

JAZMÍN G. TAPIA VÁZQUEZ



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2022

[Primera edición en libro electrónico, 2023]

D. R. © 2022, Emilio Quetzalcóatl Fernández

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-7771-6 (rústica)

ISBN 978-607-16-7854-6 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-7875-1 (electrónico-mobi)

Hecho en México - Made in Mexico

ÍNDICE

*Prólogo. Las historias insensatas y sin juicio de Adela Fernández, por
Jazmín G. Tapia Vázquez.*

DUERMEVELAS (1986).

La jaula de la tía Enedina

Cordelias

Una distinta geometría del sentimiento

Yemasanta

Hipocausto

Reencuentros

Los vegetantes

El hombre umbrío

Agosto el mes de los ojos

Reloj de sombra

Juegos de poder

Heliicidio

Las gallinitas

Ana y el tiempo

Memoria y olvido

Polifemo

Los mimos vacíos

VAGO ESPINAZO DE LA NOCHE (1996).

Vago espinazo de la noche

De todos los oficios

Más que fenicio

Jaculatorias e indulgencias

Taciturno

Con los pies en el agua

Ese maldito animal

El montón

Stasho

Macedonia

[Mecanismo](#)

[Regresión](#)

[Incineraciones](#)

[Apostasía](#)

[La venganza de Flaubert](#)

[A la sombra del relámpago](#)

[No hay que dejar ascender a la muerte](#)

[Sapo rojo](#)

Prólogo

Las historias insensatas y sin juicio de Adela Fernández

JAZMÍN G. TAPIA VÁZQUEZ

Dueña de una pluma multifacética y de una desbordante imaginación creadora, Adela Fernández escribió una obra cuentística que hace coincidir sus dos grandes obsesiones. Por un lado, la dimensión mágica y sobrenatural del pensamiento indígena que conocía bien, pues desde pequeña estuvo rodeada de esa cosmovisión por medio de los cuentos y relatos que los trabajadores de la casa paterna le contaban a la luz de las velas. Por otro, la naturaleza experimental y los universos oníricos del surrealismo que descubrió a través de Leonora Carrington y Remedios Varo en el intenso ambiente cultural que vivió en su juventud. Así, los fantasmas, los seres que se metamorfosean o se duplican, los castigos divinos y los climas asfixiantes que habitaron el imaginario infantil de Adela Fernández encontraron en los ambientes liminares, las atmósferas enrarecidas y los territorios de la ensoñación la posibilidad de revelar la contundencia de su fuerza poética mediante las posibilidades de la escritura.

Adela Fernández irrumpe en el panorama literario de la época con una edición de autor, *El perro. El hábito por la rosa* (1975), un libro de breve tiraje, experimental e híbrido en el que aparecen cuentos que se caracterizan por ubicarse en estados fronterizos entre diversas estéticas de irrealidad como lo fantástico, lo maravilloso y lo extraño, así como textos experimentales y poemas. Salvo por un pequeño grupo de lectores que

agotó la edición, la primera aparición de Adela Fernández en el mundo de las letras no recibió una recepción particularmente notoria. Sin embargo, resulta paradójico que, décadas más adelante, algunos de los cuentos más leídos y admirados de Adela Fernández, tanto por los lectores como por la crítica especializada, son justamente aquellos que aparecieron en su primer libro. Este aspecto revela la extraordinaria madurez literaria con la que Adela Fernández incursionó en la literatura, pero también nos permite pensar en los presupuestos culturales y estéticos que dominaron las últimas décadas del siglo XX y que colocaron en un estado periférico o marginal otras expresiones que no se adecuaban a las exigencias literarias hegemónicas del momento.

En este primer libro se encuentra “La jaula de la tía Enedina”, una extraordinaria muestra del universo creativo de Fernández. Debido a la dificultad de adquirir o consultar su obra, este cuento, reproducido en diversas antologías y páginas en internet, se ha convertido en una pieza fundamental para conocer y comprender el enigmático e inquietante universo literario de Adela Fernández. Adentrarnos en este cuento es descubrir los elementos que articulan la poética de la autora, así como la potencia que alienta su escritura. En “La jaula de la tía Enedina” se narra la historia de dos personajes que no sólo comparten lazos familiares, sino también su estado de marginalidad y vulnerabilidad. Ambos, tía y sobrino, son expulsados de la estructura social y sometidos a una constante violencia familiar marcada por el signo del desamparo. Los personajes son rechazados por su familia debido a que están ubicados fuera de los márgenes de lo socialmente aceptable: uno por su color de piel, la otra por su soltería y locura. El sobrino, quien es el narrador, asume su situación como algo permanente e inmutable. En este universo hostil parece que no hay posibilidad de liberación para esos seres relegados, pues como se lee en el cuento “así eran las cosas, así fueron siempre”. Resignado por el fatum que gobierna su existencia, el sobrino se adentra en el territorio de locura y penumbra de la tía Enedina con el afán de paliar su soledad. La búsqueda de compañía y de entendimiento con el otro precipita una experiencia límite. La habitación de los trebejos de la tía se convierte en un territorio de excepción, un lugar en el que los límites de la realidad, lo humano y lo social se van diluyendo poco a poco para revelarnos que todas las leyes que

gobiernan el mundo no son inquebrantables, por lo menos así lo sugiere la presencia de los pequeños seres que cantan en la jaula de tía Enedina.

Este enigmático y magnífico cuento de Adela Fernández conjuga elementos compositivos que corresponden a diversas tradiciones literarias. Este rasgo definirá, en buena medida, la obra de la autora, pero al mismo tiempo dificultará el intento por encasillarla en una estética determinada. En todo caso, lo más importante es descubrir la forma en la que Adela Fernández asimila y transforma estas tradiciones para comunicar sus preocupaciones sobre los conflictos que experimentan los individuos en la realidad más familiar e íntima. Así, en su obra prevalecerán experiencias donde el sueño y la vigilia se confunden y la realidad difumina sus fronteras para dar paso a lo inexplicable o sobrenatural que está ahí para remarcar lo profundo y terriblemente humano de los conflictos que aparecen en el marco de la vida cotidiana. “La jaula de la tía Enedina” no sólo concentrará las grandes obsesiones temáticas que la autora desarrollará con variaciones y desde diversas perspectivas a lo largo de su obra cuentística, como la fuerza de la imposición social y la búsqueda de completud con una otredad siempre amenazante, sino que también reúne los mecanismos de composición que caracterizarán su escritura como la construcción de la ambigüedad y de espacios liminares de indeterminación, el juego con el símbolo que constantemente encubre y revela, así como la construcción de metáforas y campos semánticos.

En otro cuento, “Los vegetantes”, Fernández nos enfrenta nuevamente a la locura y a la soledad, pero esta vez mediante una metamorfosis vegetal que sirve como símbolo y metáfora de las problemáticas relaciones filiales y las experiencias transgresoras que viven individuos condenados al abandono y al desinterés familiar. En este cuento, madre e hijo experimentan transformaciones que plantean de inicio los frágiles linderos que separan el mundo racional de la locura; lo humano y lo vegetal, pero sobre todo de lo socialmente permitido y la transgresión de la norma. El dolor de una pérdida provoca la transformación vegetal de la madre, quien ya alejada del mundo racional y humano abandona todos los imperativos sociales. Paralela a esta metamorfosis, Aciano Badián, el hijo, también experimenta una transformación corporal: aquella que es signo del hambre, del descuido y del abandono materno. En un ejercicio cercano a las ensoñaciones

surrealistas, Adela Fernández hace gala de su dominio del lenguaje y de la técnica para desplazar, mediante imágenes, símbolos y metáforas, el sentido transgresor y compensatorio que supone el encuentro entre madre e hijo en el invernadero.

En 1986 Adela Fernández publicó su segundo libro, *Duermevelas*, en la editorial independiente Katún. Con ilustraciones de Edgardo Villalba, esta edición recupera los cuentos que aparecieron en el primer libro de la autora y da continuidad a un proyecto de escritura que, a pesar de los años transcurridos, se mantuvo sólidamente anclado a los principios estéticos que lo vieron nacer. Ya desde el título se anuncia ese territorio intermedio entre el mundo del sueño y la vigilia como el lugar en donde sucede lo inexplicable y atemorizante, pero también donde se manifiesta la imaginación y la creación. En la breve nota que abre el libro, Adela Fernández recuerda que de niña podía dormirse en cualquier lado, pero no perdía la conciencia. Según su nana, tras despertarse comenzaba a contar “historias insensatas y sin juicio”. *Duermevelas* reúne esas historias en las que ocurren eventos que se apartan de los paradigmas racionales y lógicos para dar paso a lo oculto y a la puesta en crisis de los presupuestos que conforman la noción de realidad. Las “historias insensatas y sin juicio” de *Duermevelas* nos invitan a explorar esos límites de la realidad en donde la magia, la creencia, la superstición y la sobrenaturalidad aparecerán para acentuar, mediante un paradójico juego de encubrimiento, la falta de comunicación, la soledad, el abandono y el desamor que aparecen como una fuerza destructiva en el ámbito más íntimo y cotidiano del ser humano, ahí donde lo familiar se enrarece, se enturbia. En ese sentido, no puede pasar desapercibida la presencia de personajes infantiles que Adela Fernández construye bajo la lógica de lo siniestro. Su naturaleza amenazante o extraña metaforiza las fallas estructurales de las instituciones sociales y familiares que ejercen toda su violencia en los elementos más vulnerables de la comunidad. Estos niñas y niños son portadores de poderes mágicos inexplicables que les permiten conseguir su libertad o algo parecido a la justicia. Por ejemplo, en “El hombre umbrío” se narra la historia de Oseas, un niño marcado por la enfermedad y la repulsión familiar, que tiene el poder de ensombrecer todo a su alrededor. El juego con los campos semánticos, ya convocados desde el título, construye un universo de significación textual en el que es posible transitar por dos caminos: el de la

sobrenaturalidad asumida o el de la ruptura de los paradigmas de realidad. La historia nos presenta una serie de sucesos trágicos que son atribuidos a la naturaleza mágica del niño; sin embargo, Adela Fernández nos hace mirar con mucha atención en el contexto familiar, social y económico en el que se gestan estas tragedias como un recordatorio de que la realidad es mucho más amenazante y hostil que cualquier evento mágico o sobrenatural. Como sucede en todos los cuentos de Duermevelas, el espacio tiene una función cardinal para el desarrollo de las historias. En este cuento, la casa familiar y el convento son sometidos a una suerte de desfamiliarización de sus elementos simbólicos, vinculados a lo materno y a la protección, para presentarse como espacios ominosos, inseguros e inhabitables. Lo mismo sucede con los climas asfixiantes, como el calor agobiante y la tierra yerma del pueblo, que funcionan como elementos simbólicos de la opresión social, pero también como elementos indiciales que anuncian la catástrofe que restaura la libertad y dignidad perdidas de Oseas, quien se internará en el desierto para confirmarse como esa otredad amenazante: el profeta de los desprotegidos y marginales. En los cuentos de Adela Fernández, la otredad se plantea en términos de lo excepcional, pues aquello a lo que alude representa o proviene de territorios que se articulan con sus propias reglas de funcionamiento, por lo tanto su presencia es atemorizante, como sucede en “Cordelias”, otro de los cuentos que conforman Duermevelas. Más allá de los temas cruentos, la técnica de la autora se inclina por el equilibrio estructural en sus cuentos, pues cada una de las unidades de acción, tiempo y espacio están perfectamente organizadas bajo la lógica de la condensación y la brevedad que otorga una clara función incluso a los pequeños detalles que conforman el universo narrado. Un ejemplo extraordinario de esta técnica de escritura es el cuento “Cordelias”. En este cuento, Adela Fernández regresa a su imaginario temático, pero desde el ejercicio de la variación. En una muestra de una adecuada economía discursiva, la autora construye, en brevísimas oraciones, dos paradigmas de realidad en constante tensión. La historia, entonces, se desliza entre las explicaciones de orden racional y aquellas que atañen al mundo de la superstición y la magia. En un pueblo azotado por la infertilidad, aparece una niña, Cordelia, que tiene la siniestra capacidad de duplicarse mediante la reproducción de su imagen. Al invertir el sentido simbólico de la fertilidad, la historia adquiere un halo de extrañeza que problematiza la noción del sujeto como una identidad monolítica estable, pero sobre todo plantea la idea de la

reproducción, en clara referencia a la maternidad, como una fuerza destructiva que corrompe al individuo en su deseo de continuidad.

Una década después, Adela Fernández dio a conocer su tercer libro de cuentos, *Vago espinazo de la noche* (Cuentos negros, crueles y cínicos), publicado por Ediciones de la Correa Feminista y con un tiraje de apenas quinientos ejemplares. En este libro, Adela Fernández se inclina por explorar la muerte y la crueldad bajo las coordenadas críticas del realismo, pero no abandona por completo las estéticas de irrealidad. Los cuentos que conforman *Vago espinazo de la noche* son textos oscuros con finales trágicos, pero que no están exentos de cierta ironía que potencia el sentimiento de desamparo, el aislamiento y la imposibilidad de un ordenamiento coherente del individuo enfrentado a una realidad que se desgrana poco a poco, como sucede en el cuento que da título al libro. “*Vago espinazo de la noche*” es la historia del deseo de unos huérfanos por alcanzar a Dios, deseo que se traduce en la búsqueda desesperada por alejarse de una realidad cruel que los golpea incansablemente. De ahí que decidan emprender un viaje del que sólo el narrador regresa, atrapado en una “concavidad estelar”. El texto se articula en la irresolución narrativa que se despliega ante la imposibilidad de discernir si aquello que se relata realmente sucedió mediante un ritual mágico o es producto de las alteraciones neuronales del narrador derivadas de una intoxicación con mescalina y éter. En esta permanente tensión se va tejiendo la mirada crítica de la autora sobre la ineficacia de las instituciones sociales, el abuso del poder y la crueldad del mundo adulto.

La “búsqueda de Dios”, ese deseo de alcanzar la liberación, aparece como el motivo que desencadena la tragedia en “*Ese maldito animal*”, otro de los textos que aparecen en *Vago espinazo de la noche* y que no sólo conjuga las obsesiones temáticas de Adela Fernández, sino que también muestra la fluidez con la que la autora se mueve por los diferentes registros de irrealidad. En este cuento, Adela Fernández plantea, de inicio, un juego discursivo entre lo maravilloso, lo fantástico y lo extraño que desarticula constantemente las certezas sobre el universo relatado. La historia que se cuenta en “*Ese maldito animal*” se construye bajo un sólido paradigma de realidad que alberga una rareza: la obsesión de Germán por llevar animales a la casa que comparte con su madre, Rebeca. El trabajo que Fernández

realiza sobre los espacios domésticos es particularmente notorio, pues los somete a un proceso de inversión, despojándolos de sus atributos simbólicos tradicionales. En este caso, la casa familiar se presenta como un lugar de uniones imposibles y convivencias obligadas que no deja de incomodar a la madre, pues su espacio vital es cada vez más reducido y asfixiante. La problemática relación filial desencadena el deseo de liberación en Rebeca que propiciará un viaje religioso-espiritual con consecuencias fatídicas para todos los que habitan la casa. Nuevamente, Adela Fernández nos invita a recorrer, junto con Rebeca, los territorios de lo real y lo imaginado para situarnos en los límites imprecisos que separan ambos mundos.

Aunque breve, pero de una extraordinaria madurez literaria, la obra cuentística de Fernández es clave para comprender el desarrollo de la literatura de irrealidad, una de las tradiciones más fecundas e importantes en las letras mexicanas. Paradójicamente, la tradición en la que se adscribe la obra de Adela Fernández, así como el imaginario simbólico que la conforma, contribuyeron, de manera temprana, a que se le ubicara en un espacio marginal en el campo cultural de las últimas décadas del siglo XX. A esta situación se sumaron las decisiones editoriales que Fernández tomó respecto a la publicación y distribución de las primeras ediciones de sus textos, asunto que dificultó, aún más, la recepción de su obra y propició ese halo de rareza y misterio que la envuelve. Los cuentos de Adela Fernández se concentran en dos libros: *Duermevelas* (1986), edición que rescata los cuentos aparecidos en *El perro*. *El hábito por la rosa* (1975), primer libro de la autora, y *Vago espinazo de la noche* (1996). A pesar de la distancia de aparición que los separa, los cuentos de Fernández nos muestran una consciencia autoral congruente y preocupada por la técnica, la composición y la experimentación.

Gracias al intenso trabajo editorial del Fondo de Cultura Económica ahora un amplio grupo de lectores podrá disfrutar de estas “historias insensatas y sin juicio” que constituyen el universo creativo de Adela Fernández. Leer su obra es internarse en lo más profundo y oscuro de la naturaleza humana, es un viaje del que no saldremos indemnes, pero sí maravillados por la

capacidad literaria de la autora, una de las voces más relevantes de la tradición de irrealidad en México.

DUERMEVELAS

(1986)

Mi nana decía que a mí me atacaban las duermevelas porque de pronto me quedaba dormida en cualquier sitio y hasta de pie podía conciliar el sueño. Era una caída repentina en otro mundo lleno de imágenes; sin embargo, no perdía por completo la conciencia, mantenía los ojos abiertos y podía escuchar todo cuanto decían: “A la niña ya la atrapó otra duermevela y cuando despierte se soltará a contarnos historias insensatas y sin juicio”.

A Emilio Quetzalcóatl y Sybila Atenea, mis hijos, y a Rosario y Guillermo, a quienes vi crecer juntos, afectados por el ritmo de mis ansiedades y el rigor de vivirlo todo con intensidad. Sólo hay algo más terrible que la muerte: desperdiciar la vida.

A ellos, en recuerdo de los cuerpos desnudos a falta de ropa; de los pies descalzos, de los ojos asombrados en playas, ciénegas y bosques; de las ciudades que cruzamos a pie; del nomadismo en desasosiego; del cuarto de azotea, nuestra vivienda; de las sopas de cebolla y los baños de agua fría; de los juguetes negados; de los simulacros de vitrales pintados a mano; de los primeros trazos en tinta; del teatro trashumante que impidió la asistencia a la escuela; de la crueldad ejercida en los ensayos; del miedo padecido cada vez que logramos abrir el telón.

En recuerdo del dolor de tanta lucha; de su infancia y juventud amordazadas en el silencio del trabajo; de las iras y ternuras; de los girasoles cabizbajos sin sol; en recuerdo del fósforo alucinante, lluvia de estrellas en las playas de Huaymitún.

La jaula de la tía Enedina

DESDE que tenía ocho años me mandaban a llevarle la comida a mi tía Enedina, la loca. Según mi madre, enloqueció de soledad. Tía Enedina vivía en el cuarto de trebejos que está al fondo del traspatio. Conforme me acostumbraron a que yo le llevara los alimentos, nadie volvió a visitarla, ni siquiera tenían curiosidad por ella. Yo también les daba de comer a las gallinas y a los marranos. Por éstos sí me preguntaban, y con sumo interés. Era importante para ellos saber cómo iba la engorda; en cambio, a nadie le interesaba que tía Enedina se consumiera poco a poco. Así eran las cosas, así fueron siempre; así me hice hombre, en la diaria tarea de llevarles comida a los animales y a mi tía.

Ahora tengo diecinueve años y nada ha cambiado. A la tía nadie la quiere. A mí tampoco porque soy negro. Mi madre nunca me ha dado un beso y mi padre niega que soy hijo suyo. Goyita, la vieja cocinera, es la única que habla conmigo. Ella me dice que mi piel es negra porque nací aquel día del eclipse, cuando todo se puso oscuro y los perros aullaron. Por ella he aprendido a comprender la razón por la que no me quieren. Piensan que al igual que el eclipse, yo le quito la luz a la gente. Goyita es abierta, hablantina y me cuenta muchas cosas. Entre ellas, cómo fue que enloqueció mi tía Enedina.

Dice que estaba a punto de casarse y en la víspera de su boda un hombre sucio y harapiento tocó la puerta preguntando por ella. Le auguró que su novio no se presentaría a la iglesia y que para siempre sería una mujer soltera. Compadecido de su futuro, le regaló una enorme jaula de latón para que en su vejez se consolara cuidando canarios. Nunca se supo si aquel hombre que se fue sin dar más detalles era un enviado de Dios o del diablo.

Tal como se lo pronosticó aquel extraño, su prometido sin aclaración alguna desertó de contraer nupcias y mi tía Enedina, bajo el desconcierto y la inútil espera, enloqueció de soledad. Goyita me cuenta que así fueron las cosas y

deben haber sido así. Tía Enedina, vive con su jaula y con su sueño: tener un canario. Cuando voy a verla es lo único que me pide, y en todos estos años yo no he podido llevárselo. En casa a mí no me dan dinero. El pajarero de la plaza no ha querido regalarme uno, y el día que le robé el suyo a doña Ruperta por poco me cuesta la vida. Lo escondí en una caja de zapatos, me descubrieron y a golpes me obligaron a devolvérselo.

La verdad, a mí me da mucha lástima mi tía, y como no he podido llevarle su canario, decidí darle caricias. Entré al cuarto... ella, acostumbrada a la oscuridad, se movía de un lado para otro. Se dio cuenta de que su agilidad huidiza fue para mí fascinante. Apenas podía distinguirla, ya subiéndose a los muebles o encaramándose en un montón de periódicos. Parecía una rata gris metiéndose entre la chatarra. Se subía sobre la jaula y se mecía con un balanceo algo más que triste. Era muy semejante a una de esas arañas grandes y zancudas de pancita pequeña y patas largas.

A tientas, entre tumbos y tropezones comencé a perseguirla. Qué difícil me fue atraparla. Estaba sucia y apestosa. Su rostro tenía una gran similitud con la imagen de la santa Leprosa de la capilla de San Lázaro; huesuda, cadavérica, con un Dios adentro que se gana mediante la conformidad. No fue fácil hacerle el amor. Me enredaba en los hilachos de su vestido de organdí, pero me las arreglé bien para estar con ella. Todo esto a cambio de un canario que, por más empeño que puse, no podía regalarle.

Después de aquella amorosidad, cada vez que llegaba con sus alimentos sacaba la mano de uñas largas en busca de mi contacto. Llegué a entrar repetidas veces, pero eso comenzó a fastidiarme. Tía Enedina me lastimaba, incrustando en mi piel sus uñas, mordiendo, y sus huesos afilados, puntiagudos se encarnaban en mi carne. Así que decidí buscar la manera de darle un canario costara lo que costara.

Han pasado ya tres meses que no entro al cuarto. Le hablo de mi promesa y ella ríe como un ratón, babea y pega de saltos. Me pide alpiste. Posiblemente quiere asegurar el alimento del prometido canario. Todos los días le llevo un poco de ese que compra Goyita para su jilguero.

Ha transcurrido más de un año y lo del canario parece imposible. Me duele comunicarle tal desesperanza, tampoco quiero hacerle de nuevo el amor. Le

he propuesto, a cambio de caricias y canario, el jilguero de Goyita. Salta, ríe, mueve negativamente su cabeza. Parece no desear más que tener un pájaro; sin embargo, insiste en los puños diarios de alpiste que le llevo. Cosas de su locura, el dorado de las semillas debe en mucho regocijarla.

Me sentí demasiado solo, tanto que decidí volver a entrar al oscuro aposento de la tía Enedina. Desde aquellos días en que yo le hacía el amor han pasado ya dos años. A ella la he notado más calmada, puedo decir que vive en mansedumbre. Pensé que ya no me arañaría. Por eso entré, a causa de mi soledad y de haberla notado apacible.

Ya dentro del cuarto, quise hacerle el amor, pero ella se encaramó en la jaula. Motivado por mi apetito de caricias, esperé largo rato, tiempo en el que me fui acostumbrando a la penumbra. Fue entonces cuando dentro de la jaula pude ver dos niñitos gemelos, escuálidos, albinos. Tía Enedina los contemplaba con ternura y felizmente, como pájara, les daba el diminuto alimento.

Mis hijos, flacos, dementes, comían alpiste y trinaban...

Cordelias

EL ÁRABE llegó a nuestra aldea con su camioneta azul dando tumbos en la brecha pedregosa y mirando con enfado el paisaje baldío. Descargó en la bodega de Luciano treinta y dos cajas de madera llenas de verdura y frutas, alimento apreciado en nuestra tierra infértil. Apenas se hubo ido, se amontonaron todas las mujeres prontas a comprar la mercancía. Don Luciano, aturdido, trataba de calmarlas, mientras con el martillo desprendía las tablas, dejando a la vista gulosa aquellas frutas y hortalizas de colores excitantes. El ambiente se llenó con la mezcla de olores de las yerbas aromáticas. Los niños esperábamos ansiosos que nos arrojara aquellas frutas que por magulladas se deshacía de ellas para evitar que pudrieran a las otras.

La algarabía se tornó en asombroso silencio cuando, al abrir una de las cajas, los ojos atónitos vieron en ella a una niña de tres años, acurrucada dolorosamente en el estrecho espacio. La sacaron y comenzó a llorar a causa de sus miembros entumecidos y por el escándalo que la rodeaba. La sobaron, le dieron un poco de agua tibia y una bolita de migajón para evitarle los ácidos estomacales, producto del miedo. Hubo sentimientos de compasión, suposiciones e invención de historias acerca de su procedencia: que si el árabe se la había robado y la dejó ahí por equivocación; que si a lo mejor él no sabía nada y que alguien la echó en la caja para deshacerse de ella; que si como no encontraron esta vez elotes a lo mejor se habían transformado en una niña, hija de la deidad del maíz y que debía ser adorada como diosa; que si tal vez era el mismito diablo que en imagen de aparente inocencia había llegado al pueblo para desatar la maldad y una cadena de desastres.

Fue mi madre quien alegó que se dejaran de tonterías, que el caso era claro y simple, nada más que una niña abandonada, algo tan humano como los actos desalmados o irresponsables. Decidió llevarla a casa hasta que regresara el árabe para aclarar con él las cosas, pero el frutero jamás volvió

al pueblo y ella tuvo que hacerse cargo de la niña, adopción que, si bien fue forzada, no estuvo exenta de misericordia. Me dijo que la tratara como a una hermana y le dio el nombre de Cordelia. Ella vino a romperme el hastío propio de un hijo único y pronto me hice a la costumbre de los juegos compartidos, de los diálogos fantasiosos y de los pleitos sin importancia.

La gente del pueblo siguió inventando historias posibles sobre su identidad, por lo que mi madre prefirió que Cordelia no saliera de casa, librándola así de los chismes populares. Con la esperanza de que olvidara su orfandad, le dio cuanto cariño latía en su corazón al grado de consentirla más que a mí. Fue el encanto natural de Cordelia lo que impidió que yo sintiera celos.

Cuando el tema estuvo agotado y todos llegaron a la indiferencia por la recogida, mi madre comenzó a llevarla al mercado y a la iglesia. El día que fueron a traer agua de la fuente, Cordelia se sorprendió al ver por vez primera su rostro reflejado y comenzó a hablar consigo misma. A punto de retirarse del lugar, de la fuente salió el reflejo y adquirió cuerpo y alma. Mi madre fingió no asombrarse y ante los ojos estupefactos de los aguadores, como si nada hubiera pasado, tomó a las niñas de la mano y emprendió la caminata de regreso. Mi madre llegó a casa con dos Cordelias, una de ellas empapada. Las murmuraciones recomenzaron y tuvo que sobreponerse a las más insólitas maledicencias.

En otra ocasión, de visita en casa de Hortensia la costurera, las niñas se probaban ante el espejo sus vestidos nuevos, y con risas y gesticulaciones entusiastas compartían con sus reflejos la dicha de estrenar ropa. Mi madre pagó el valor de la hechura a la modista y se despidió satisfecha de poder vestir a sus dos hijas obtenidas por la gracia de Dios. En la puerta escuchó unas voces que la llamaban, se detuvo y vio que del espejo salían los reflejos y, tras adquirir cuerpo y alma, corrieron a alcanzarla. Esa vez mi madre regresó a casa con cuatro Cordelias.

A la mañana siguiente, apenas comenzando el día, la gente se congregó en el atrio de la iglesia para dar opinión sobre el asunto. Nunca su imaginación había producido antes tantas hipótesis y advertencias sobre el fenómeno, el cual quisieron comprobar ante la multitud y bajo el amparo de Dios.

Varias mujeres, furias de oficio, entraron a la casa y a la fuerza se llevaron a mi madre y a las cuatro Cordelias. En el atrio habían colocado un enorme espejo antiguo, ante el cual enfrentaron a las niñas. Los reflejos adquirieron vida propia y, cuando estaban a punto de salir del azogue, don Luciano aterrado lanzó una piedra rompiéndolo en pedazos que cayeron desparramados en el patio del adoquín. Brotaron tantas Cordelias como fragmentos de cristal había. El pánico dispersó a la gente que fue a refugiarse a sus casas. Mi madre tuvo la fuerza de amparar a todas sus hijas no sin antes pedirles a sus vecinos que se deshicieran de sus espejos.

Nadie se atrevió a romperlos por el peligro que ello representaba. Como medidas se dieron a la tarea de pintarlos de negro y algunos, los más temerosos, prefirieron enterrarlos. En lugar de cristales hay oscuros de madera en las ventanas. Todos los aljibes están cubiertos e incluso construyeron un domo sobre la fuente de la que se abastecen de agua por medio de una llave. La gente toma el líquido con cautela y cubre sus vasos y ollas con paños y eclipsa todo lo que pueda parecerse a un espejuelo.

Las Cordelias, en su afán de multiplicarse, se han dado a la desesperada tarea de escarbar por todas partes con la esperanza de encontrar algún espejo que les permita mantener la reproducción de su especie.

Una distinta geometría del sentimiento

ES UNA familia como todas, normal y cotidiana. Papá se llama Rodolfo Iturbe Sánchez; mamá, Dolores Carrillo de Iturbe; el hijo de once años, Rodolfito, y la hija menor de tres años de edad, Anastasia. Cuatro nombres que forman la dulce geometría de un hogar.

Don Rodolfo trabaja en una empresa en la que funge como gerente general; situación económica totalmente resuelta, magníficas relaciones con el Gobierno, además amigo predilecto de la sociedad diplomática. Cuando regresa del trabajo y en los días de descanso, prefiere aislarse en la bodega de su casa llena de nichos y pequeños cajones donde con suma dedicación se entrega a su hobby de coleccionista.

Dolores no se puede quejar, es realmente una esposa afortunada, siempre fiel a su marido, dedicada por entero a los cuidados de la casa y a la educación de sus hijos. ¡Madre amorosa y mujer inigualable! Dolores tiene en su recámara una escultura grecorromana, hermoso efebo de mármol traído secretamente de un templo de Roma.

Rodolfito, alumno avanzado, tenaz, vive preocupado por la ciencia y deseoso por llegar a ser un hombre de bien. Su cuarto es un laboratorio en forma, lleno de recipientes, tubos y probetas de ensayo, sustancias químicas, termógenos y microscopios.

Anastasia, tierna y delgadita, pasa largas horas en el jardín, agarrada a las rejas y mirando pasar a los perritos callejeros. A causa de este dulce amor a tan agradables animales, tiene su cuarto decorado con perros.

Una familia feliz, una familia normal.

Anastasia y su cuarto decorado con perritos.

Rodolfito y su laboratorio.

Dolores y su escultura grecorromana.

Don Rodolfo y su bodega llena de nichos y pequeños cajones.

Anastasia y sus perritos. Cuando la niña ve pasar a un perro, pide a Jabe, el joven mozo, que de inmediato lo atrape. Un trocito de carne, unas silbaditas y unas cuantas caricias son suficientes para conmover los sentimientos del animal y atraerlo. Anastasia lo lleva a su cuarto, lo mira detenidamente, absorbiéndole la vida con sus ojos. El perro aúlla, pero no puede separar la vista de la mirada de ella. Agoniza y después de algunas horas queda momificado. Expresiones de angustia disecadas, hocicos abiertos, ojos vidriosos y lo único que resta vivo son los gemidos. El cuarto de Anastasia es un cementerio canino donde la quietud de los animales momificados se matiza con esos tristísimos lamentos; caja de aullidos, tablero decorado con perros. ¡Anastasia y sus perritos!

Rodolfito y su laboratorio. El niño piensa con crítica y rechazo en esos cientos de fetos abortados que encontraron su final bajo la decisión inhumana de mujeres cómodas e irresponsables. Nacer o ser abortado; he ahí el principio de la vida o la muerte prematura. Sin control, a pesar de la ley, las entrañas son vaciadas una y repetidas veces: seminiños al drenaje o a la basura, alimento para las bestias del zoológico. Rodolfito reflexiona con dolor en todo esto. Y... ¿si él pudiera luchar contra ello? Burlar a las madres desnaturalizadas y conseguir que aquellos fetos arrancados, notados, recobran su vida. Ésta es la tarea de Rodolfito, acarrear fetos a su cuarto, meterlos en recipientes ovoides de cristal perfectamente sellados, unir a cada cordón umbilical un delgado tubo de vidrio, a su vez conectado a diferentes probetas. A través de este conducto, Rodolfito les pasa emociones, sentimientos, estímulos, síntomas; todo esto ordenado por computadora. Y los fetos reaccionan, lloran o gimen, juegan girando, danzan. Hay algunos que hasta balbucean poemas. Viven y, sin estar

formados físicamente en su totalidad, alcanzan diferentes edades. Tres de ellos incluso sienten como ancianos. ¡Rodolfito y su laboratorio!

Dolores cuida a sus hijos y la imagen de su matrimonio. En las recepciones luce con brillantez. Todos la admiran. A pesar de ser muy amable, mantiene cierta distancia con los amigos de su esposo por temor de que alguno de ellos se atreva a proponerle un acto de infidelidad. Cuando Rodolfo se aísla en su bodega, Dolores se encierra en su recámara. Fiel a su marido, desahoga su fiebre sexual con la escultura. La carne y la piedra. La sangre caliente desbordada en una masturbación feroz y el mármol frío. El frenesí voluptuoso y lo estático. Las células vivas y el mineral muerto. El cuarto de Dolores, un grito orgasmal. ¡Dolores y su escultura grecorromana!

Don Rodolfo baja a su bodega con ese sentimiento de desplazado, desheredado. Con nostálgica admiración recuerda las grandes historias de sus antepasados. Él es descendiente de una familia de locos. Siempre ha tenido la convicción de que la locura es un estado superior. Su mayor placer es leer y releer todos los expedientes clínicos de sus familiares. Se fascina con las manías. Su tía Rosenda se pasaba las horas sacando del armario toda la ropa para empacarla en un gran baúl. Soñaba con hacer un viaje. Una vez acomodada, la desempacaba y la volvía a ordenar en el armario para luego volver a hacer lo mismo. Hablaba de un tren subterráneo que jamás lograba abordar porque se pasaba de largo, pero la tía no cesaba en su doloroso hábito, estimulada siempre por la esperanza de conseguir un día su sueño de viandante... Su tío Leonardo enloqueció dentro de un convento donde, según él, durante las noches los monjes enamorados e incontinentes perseguían a un Cristo de madera desclavado, móvil de las pasiones ahí desatadas. El tío Leonardo estaba paralítico y tal persecución le provocaba terribles excesos de ira. Su desesperación era por no poder levantarse y detener ese desenfrenado acoso a líbido y mansalva. Impotente, Leonardo se sumía en un estado maniático melancólico... Amada, su hermana más pequeña, afirmaba haber sido invitada por el guardián del zoológico a comer una sopa de serpientes. Desde que tuvo esta creencia tomó actitudes reptantes, silbaba y se enredaba en las patas de los muebles. A su padre le dolía el verla arrastrarse y logró ponerla de pie cuando le dijo que aquellas serpientes que había comido eran cobras... Don Rodolfo lee todos esos testimonios con fascinación lamentándose siempre del hecho de ser un

hombre cuerdo, normal. Por esta afición a la locura se ha dedicado a visitar todos los hospitales psiquiátricos y hospicios. Extrae mágicamente la mentalidad de los locos y la archiva en su bodega. En cada cajoncito tiene guardado el efluvio psicopatológico de un orate: cientos de emanaciones encajonadas y perfectamente clasificadas. Cuando don Rodolfo abre uno a uno todos los compartimentos, de ahí salen carcajadas, llantos, palabras incoherentes, babas, estremecimientos demenciales. Y este mundo esquizofrénico, desquiciante, aflora exaltándolo en el paroxismo de la envidia. Sentado al centro del cuarto, en su viejo sillón de cuero, ve danzar con vehemencia esos trastornos alrededor de su sano y mediocre cerebro. La bodega de don Rodolfo, un almacén de locura. ¡Don Rodolfo y su bodega!

Una familia feliz, una familia normal, como todas.

Yemasanta

LA ESTERILIDAD de Isabel obsesionó por más de 17 años a todos sus familiares y amigos dedicados a proporcionarle todo tipo de curaciones que pudieran convertirla en mujer fértil. Durante meses tomó té de gobernadora, planta que según la experiencia del yerbero se recomendaba como un remedio infalible. La llevaron en la peregrinación que se realiza durante la Semana Mayor a ver al Cristo Negro aparecido en el barranco de la Sierra Madre. Han prendido velas y óleos traídos de Roma y le han colgado todo tipo de talismanes y amuletos. Esfuerzos vanos.

Fue la vieja Ceferina, curandera en un pueblo cercano a la costa, quien hizo la brujería del huevo. Primero prendió unas varas con olor a resina y miró atenta el iris de sus ojos. “Serás estéril por toda la vida —le dijo— porque Dios así lo quiere; a no ser que contravengas sus deseos divinos ateniéndote a las consecuencias.” Isabel optó por lo segundo. La bruja derritió una vela en su vientre y le exigió que soportara las quemaduras. Lanzó al aire largas oraciones y conjuros, tomó la cera, la amasó y con ella hizo un muñeco que embadurnó con sangre y saliva de la mujer yerma. A la vista de Isabel, lo encerró en un cascarón de huevo cuyas resquebrajaduras fueron reparadas con tal perfección que nadie podría advertir que alguna vez estuvo quebrado para meterle el fetiche propiciatorio. Se lo dio junto con una lista de recomendaciones.

Durante nueve días Isabel madrugó para exponer el huevo a los primeros rayos solares y por las noches se lo colocaba en el vientre previamente frotado con el éter y aceite de tortuga. Día con día el huevo fue adquiriendo mayor peso y un color azulado. Pasadas nueve semanas sintió en sus entrañas la presencia del hijo tan anhelado. Para cumplir con el proceso del hechizo, tal como se lo ordenó la curandera, rompió el huevo; el cascarón estaba vacío.

Isabel dio a conocer los efectos producidos por la magia, lo que enfureció al cura Carmelo en su rechazo a todo supuesto milagro acontecido fuera de las creencias de la Iglesia. ¿Obra de Dios o del diablo?, se preguntaban todos. Lo cierto es que Isabel, ya cuarentona, dio a luz a una niña a la que el cura le negó el bautismo y a la que el pueblo convino en nombrar Yemasanta.

La niña tardía tuvo la desgracia de ser sobreprotegida tanto por Isabel como por Agustín, su padre. Los esmerados cuidados la privaron de inmunizarse como sucede con los otros niños, fuertes gracias al andar descalzos, con las ropas empapadas por jugar en las acequias donde comen frutos verdes, lombrices y lodos. Mientras aquéllos crecieron al viento por los cuatro costados, ella nunca salió de la muralla protectora de su hogar.

Yemasanta siempre fue enfermiza y el doctor Tiberio tuvo que frecuentar diariamente su casa para curarla de esto o de aquello y de las constantes recaídas que la aquejaron. Consciente de que ella necesitaba contacto con otros niños, naturalidad y distracción, indujo a los padres a que le permitieran tener una amiga, y para ello propuso a Inés, su hija más pequeña. La amistad entre ellas no fue fácil, pues Yemasanta no estaba dotada para jugar a las carreras, la reata, los aros o trepar en los árboles. Inés se veía obligada a pasar largas horas de aburrimiento.

Al fondo, en el ala izquierda del traspatio, se encontraba la abandonada panadería donde tiempos atrás los abuelos ejercieron su oficio. Un amplio cuarto rectangular, construido en piedra y con bóveda catalana. Al fondo estaban los tres hornos de adobe. La diversión de las niñas era meterse a rastras en ellos y permanecer acurrucadas ahí en esa oscuridad, en la competencia de ver quién de las dos aguantaba más tiempo sin moverse o quién tenía mejor oído. Al salir enumeraban todos los ruidos escuchados durante el encierro. Inés mencionaba la hojarasca arrastrada por las corrientes de aire, las gotas que caían del techo, las andanzas de los ratones, ladridos de perros, cantos de pájaros y voces lejanas. En cambio, Yemasanta se refería a sonoridades apenas perceptibles: los latidos del corazón, el viaje del aire al interior de los pulmones, la caída de la polilla, la vibración de las telarañas, el rumor del moho, el sonido del crecimiento de la oruga.

Otro de sus juegos preferidos era el descubrir formas en las manchas de las paredes, en las nubes, en los musgos y hasta en la nata de la leche.

Yemasanta veía rostros, letras, números y animales e interpretaba todas estas visiones como hechos por acontecer: una mujer cuyo nombre comienza con M en vano va a parir triates; regresará al pueblo un hijo pródigo con una carga a cuestas; alguien por riñas y ofensas morirá como un caballo desbocado; tras la sed nacerán nuevas aguas; perderá sus hojas el báculo del poder.

Y tal como lo dijo sucedieron las cosas: María parió triates pero dos de ellos nacieron muertos; después de dieciocho años de ausencia, Benjamín regresó al pueblo con una esposa inválida y seis hijos; Martino fue azotado por su padrastro en la plaza pública para que todos se enteraran de que se había cagado en la cama, y el niño, presa de vergüenza, salió corriendo y murió desbarrancado; la gente anduvo desesperada por la sequía de los pozos hasta que brotó un manantial en la huerta de frambuesas; Anselmo el presidente municipal renunció a su cargo por sentirse demasiado viejo y padecer una ceguera progresiva.

Inés le contó a su padre todas estas coincidencias; él las comentó con Isabel y con toda su clientela; la familia se enteró y a su vez dieron a conocer a los vecinos los poderes sobrenaturales de Yemasanta. En cuestión de horas todo el pueblo hablaba del asunto.

Al principio con timidez, después con descaro y contra las amonestaciones y advertencias del cura Carmelo, la gente comenzó a visitar a Yemasanta para que les pronosticara su futuro. Dedicada a sus vaticinios nunca volvió a jugar con Inés, pero como muestra de su amistad cariñosa le confesó que había recibido la orden de provocar el castigo de su madre por haberse opuesto a los mandatos de Dios. Para ello tenía que morir y no le acongojaba sólo llegar a los trece años de edad, pues sentía repugnancia por la gente dispuesta a todo con tal de satisfacer sus deseos. Y como quizá la muerte pudiera tener otras perspectivas, le prometió que su espíritu vendría a comunicarle cuanto misterio hubiera en el más allá.

El 7 de septiembre de 1942 murió Yemasanta. El cura Carmelo se negó a darle los santos óleos e incluso impidió que se la enterrara en el campo santo. Sus restos los inhumaron en la huerta de las frambuesas, junto al manantial, lugar que dieron por maldito. Sólo Inés durante algún tiempo tuvo el hábito de visitar su tumba, siempre curiosa por la revelación

prometida. A veces se llenaba de miedos y prefería que nada de eso fuera posible y vivir ignorante pero tranquila. Por algo, pensaba, Dios ha impedido que los vivos conozcan lo que es la muerte. Pero en vano esperó la presencia de su espíritu. Jamás hubo el resplandor que suponen tener las apariciones, ni voz, ni eco venidos de ultratumba, ni vientos helados. Simplemente nada. Con tal decepción Inés supo que la gente se vuelve polvo al morir y que jamás los espíritus retornan.

Con la pérdida de su hija, Isabel adquirió la manía de romper huevos y encerrar en su interior fotografías de Yemasanta o muñequitos de cera. En principio los fue colocando en un altar que ella misma improvisó con una mesa y telas negras. Lo llenó de guardasantos de cristal con los huevos perfectamente reconstruidos, y al cabo de los meses y los años por doquier había pomos atiborrados de ellos e invadió las repisas, canastos y ollas hasta que su casa quedó hecha un tiradero de cascarones. Todos la tomaron por loca y le retiraron su amistad.

La gente olvidó el magismo del huevo y la prodigiosa videncia de Yemasanta, sometidos ahora al cura que les garantiza, a mayor sufrimiento en vida, el ascenso a la gloria de los cielos. Agustín, con el objetivo de salvar a su mujer de las críticas y de su propia insania, vendió su casa y se la llevó a vivir a la ciudad. Unos alfareros han alquilado la panadería y ahora utilizan los hornos de pan para hacer cerámica. Por alguna razón que no se explican, las ánforas salen manchadas, retorcidas y despiden un vaho que está causando enfermedades. En su interior se escucha el crujir de lumbre en apogeo y una voz que maldice y anuncia desgracias para el pueblo. Las gallinas ponen huevos hueros que estallan esparciendo una materia pútrida; el manantial es un hervidero de sanguijuelas y en las acequias se reproducen lotos venenosos y sapos que escupen sangre. Sin embargo, todos fingen ignorar los sucesos nefastos, han dejado de creer en el poder de la brujería y hasta niegan la existencia de Satanás. En esta tierra de santos donde el mal no existe, de mañana, tarde y noche se congregan en la iglesia, cantan bajo el amparo de Dios y dan cristiana sepultura a los que van muriendo a causa de la peste.

Hipocausto

TODO da comienzo de ventana a ventana, niño y niña mirándose desde una inocencia estremecida a golpes de los primeros rubores del deseo inconsciente. De ventana a ventana los lazos se hacen posibles gracias al estrecho callejón escalonado, común en todo Stefania. Puentecillos de piedra y de madera permiten trasladarse por los balcones, ir y venir de un edificio a otro sin necesidad de bajar a la calle ni entrar por las puertas del principal acceso. La vecindad llena de vasos comunicantes da a la gente esa apariencia de ratas movilizándose por los sinuosos conductos del drenaje o por los tendederos de ropa recién lavada que, al escurrir, sus gotas de limpieza sorprenden al pasante. Estrechez, facilidad de relaciones, promiscuidad.

Al borde de cumplir él diecisiete años y ella catorce, Vito y Sabina descubren los tactos del amor. Ahí sobre la cúpula de la toma de agua donde se yergue la milagrosa cruz de cantera, desnudos se entrelazan, lumbre a ras de piel, sudor frío con los vientos nocturnos. Tras el clímax de la encendida ansiedad, ya lánguidos, los sorprende el amanecer junto con las voces de los pregoneros madrugadores.

Una vez conocido el amor, caen en el sigiloso hábito de encuentros secretos. Hoy toman una sábana olvidada en el tendedero y bien envueltos dormitan más blancos que la luna. Conocen también la imposición de la fiebre bajo helados aguaceros. Las caricias son breves cuando las noches son cortas y prolongadas cuando el alba llega con tardanza.

El vientre de Sabina crece, desata alarmantes comentarios y crudos reproches. Pierde hilos de cabellos arrancados por la enfurecida madre, y sus hermanos la castigan con la fuerza de su propia culpa en el recuerdo de sus ultrajes. Altagrazia, la vecina de treinta años quien envejeció señorita, le escupe la cara y le suelta la sarta de recriminaciones que acostumbra cada vez que una jovenzuela sale embarazada fuera del matrimonio; esto, por

fortuna para la vieja, sucede con frecuencia y puede así cumplir con su tarea de moralizadora maldiciente.

La amenaza de una boca más que mantener induce a la madre y a la abuela a provocar el aborto. Brebaje, golpes, presiones en el vientre, agujas de tejer que penetran en la matriz, punzan, perforan, desangran. El feto expulsado junto al suéter inconcluso. Luego la fiebre y las pesadillas: diablos rojizos y verdosos raptan mujeres, los toros braman y sueltan una baba sanguinolenta, la luna encierra un feto descuartizado, los árboles supuran. Vito tiene por falo una serpiente, alguien con lentitud cae al fondo de un pozo, una horda saquea la ciudad, en la playa flotan vestigios de una casa, aguas turbulentas se desbordan, pesadillas.

Sabina no duerme más en su cuarto, le han tendido un camastro al fondo de la cocina donde no hay ventana. Se ha ganado el rincón del cochambre. Vito deambula por las azoteas acusado de incontinente y peligroso. Tira la ropa de los tendedores, insulta al sol, se masturba, contempla la descomposición de un gato muerto en el tejado.

Al igual que otros tantos rapazuelos, Sabina y Vito se las ingenian para emprender la huida, apoyados por un tío de él que acaba de regresar de América a la Italia añorada. Enterado del caso ha palmoteado la espalda del muchacho con orgullo. Lo que le urgía es dado por el destino: complacencia, estímulos, dinero para iniciar una nueva vida, arrojo a la aventura. La pareja abandona las casas maternas con la esperanza de no llevarse ningún recuerdo en la sangre. Viajan ganando distancia y piden refugio en La Brunella, campiña donde vive un primo de Vito. El buen Marco los ampara dejándolos vivir al fondo de la huerta donde se encuentran unas ruinas al parecer fenicias y cuyos cimientos aprovechan para levantar un cuarto único pero espacioso.

Ahí recomienza la vida con encuentros soberanos en curso sin medida, hasta que el amor tiende a saber menos, rutina del hartazgo. Tras el saqueo fetal, Sabina ha quedado estéril y la relación sin esperanza de fruto no es más que la trayectoria de alientos que se calman en el mismo instante en que entra la noche. Trabajo de campo, trabajo de casa, trabajo en la persecución del orgasmo esforzado. La juventud pierde sus temblores y no hay ya nada que estremezca el ámbito del tedio. Menos ahínco en las

faenas, acaso sólo el necesario para subsistir. Las sábanas sucias desde hace meses y años despiden el humor de la dejadez, amarillándose en la apatía y con el café derramado que se toma entre cobijas para soportar los fríos del cuerpo y del alma.

Los sentimientos helados se reflejan en los muros del hogar. Descarapeladas las paredes comienzan a producir escarcha, aumentan de grosor por las nieves interiores adheridas; las lágrimas de los amantes gastados suben por los muros y escurren en gélidas estalactitas. El espacio interno plantea en su condición de cueva glacial. Afuera, donde flores cálidas decoran el campo, a nadie le importa que el amor haya sucumbido deshecho en la indiferencia sucesiva.

Pasados algunos años, algo se promueve en Sabina: son los ardores apetitosos del climaterio. La culpa genital se hincha, ávido molusco en la búsqueda de dónde pegar su lapa. Ovarios sin ovular, matriz sin gesta alguna, vejez que se aproxima conteniéndose sin poder vaciar los sanguinolentos deshechos. Ahora el deseo es un instinto de vida, de permanencia, de células que no quieren substraerse, y no hay manera de compartir con Vito la nueva apetencia. Ni súplica ni maña ejercen fuerza de atracción.

Es entonces cuando Sabina recuerda la estructura de las ruinas remodeladas en que viven y... acomoda su esperanza en el hipocausto. Hormiga maniática acarrea haces y haces de leña. Delgadas varas o troncos retorcidos van llenando el horno subterráneo. Una vez retacado de esperanzado combustible, le prende fuego y vuelve a su casa con el deseo literalmente encendido. Al poco tiempo el hielo comienza a deshacerse, muros y techos gotean. El suelo es una laguna en la que flotan objetos que recuperan su significado. Las sábanas se lavan en el leve oleaje; las almohadas se inflan y lucen como tornasoladas medusas; los granos de trigo revientan, hechos brotes dispuestos a convertirse en plantas lacustres; el tiempo se detiene en el reloj anegado. Las aguas se calientan y levantan vapores mientras Sabina y Vito, cuerpos excitados, recobran la fiebre original, ahora superada en lo climático. El agua hierve, la piel se desprende, los ojos se cuecen, los cuerpos se alteran en la ebullición. Las

aguas se consumen y todo se reseca, muros en ascuas, incendio interior. De lumbrera ahora son los cuerpos chisporroteantes en su alegría.

Afuera, allí en el caserío adherido a la colina, la gente contempla la lumbrera nocturna tomándola como el acto último de un matrimonial suicidio.

Reencuentros

CADA carretera ofrece sus propios peligros. Consciente de ello, Lucas se esmera en avanzar con suma cautela. Atento a las señales de tránsito, disminuye la velocidad donde hay grava suelta, evita rebasar en las curvas y en las pendientes cuesta arriba efectúa los cambios de luz oportunamente. En todas las gasolineras que encuentra a su paso se detiene y se abastece de agua y gasolina, revisa el aceite y el líquido de frenos, checa el aire, inspecciona el motor y lava el parabrisas para asegurar una clara visibilidad. Cosas de rutina que le ha dado el oficio en tantos años de ir y venir llevando carros extranjeros a las fronteras para regularizar el permiso de tránsito dentro de este país. El trabajo es agotador por las tensiones que implica, pero a él lo llena el gozo porque nada le es tan excitante como el verse rodeado de paisajes que cambian según sea la velocidad y las distancias recorridas.

Ayer bordeó la zona lacustre de Michoacán, ascendió la sierra elevada y boscosa de Mil Cumbres, enfrentado al peligro de las espesas neblinas. Ahí recordó la voz de Rosauero, un indio viejo, bebedor y cuentero: “Las neblinas son fantasmas de los malos. Merodean, suben, bajan, buscan a quien provocarle la muerte”. Lucas lo recordó y soltó la carcajada; no obstante, un miedo jamás antes sentido le erizó la piel como cuando las moscas les producen estremecimientos a los caballos. Al amanecer logró serenarse, orgulloso de haber retado tantas curvas cerradas y sinuosas. Nunca olvidará esa sensación de superioridad cuando vio los valles bajo sus pies y las nubes anidadas al fondo de los precipicios. Otra estatura, otra dimensión.

Después cruzó la Ciudad de México y pasó por las zonas mortecinas industriales y por los campos resacos, cursados de magueyes y esbeltos cactus, hasta que de nuevo el paisaje se llenó de coníferas en Río Frío y mostró sus laberintos en la sierra poblana. De ahí al contraste, al clima tropical adyacente al golfo. Arbustos cargados de café, tamarindos,

platanales, ceibas, campos rojos de jamaica. En los corredores frontales de las viviendas cunden las enredaderas de llamaradas y los blancos floripondios acampanados. Dicen que el té de estas flores produce fiebres alucinantes. Quienes lo han bebido aseguran la existencia del infierno, de los diablos y de horripilantes seres híbridos que se hacen visibles con el brebaje. Por las expresiones de horror en sus gestos, no hay duda de que ven monstruosidades. Lucas estuvo presente cuando doña Juana, incrédula, hizo la prueba. La vio arrastrarse por el patio, arañar las paredes, suplicar ayuda, y sus muecas de terror fueron tales que sus ojos estuvieron a punto de saltar fuera de las órbitas y se le desgarraron las comisuras de los labios por sus descomunales gritos. Con sólo recordarlo se le sube la sangre a la cabeza. Está empapado de sudor, pero no es por el clima caliente sino a causa del miedo. Claro, un miedo injustificable pues basta con nunca tomar té de floripondio para estar a salvo de esa experiencia. Las flores son bellas y eso es lo que cuenta, toda esa delicia de blancura en contraste con los naranjas de las llamaradas. La belleza como sedante.

¿Por qué en este viaje ha venido sintiendo miedo? Vamos, como si fuera la primera vez que viajara solo, o como si no tuviera suficiente control del volante para evitar los peligros. Pero sintió miedo desde antes de salir, cuando al despedirse de su mujer con el acostumbrado beso de siempre la boca le supo a tierra.

Tiene que llegar a la frontera de Guatemala y entre sus planes está visitar Antigua, la misteriosa ciudad, sólida a la vez que espectral, real pero como emergida de un sueño. Hay muchas otras ciudades que al igual que ésta fueron abandonadas por sus pobladores cuando las minas se agotaron, pero Antigua tiene algo peculiar, en ella el pasado se niega a morir. Sólo que, con estos miedos en la sangre, no pueda esta vez recorrer sus calles solitarias ni entrar en sus casas vacías donde parece posible cruzar el umbral a la otra dimensión. No, no irá a la hermosa Antigua, no tiene vena para ello.

Los papeles del coche no se vencen hasta dentro de quince días, y eso le da tiempo para ir a algunos lugares. Son buenos los casos como éste, en que sin premuras el viaje puede ser, además del cumplimiento del trabajo, un recorrido gustoso. Piensa pasar por Palenque y cruzar la selva hasta San Cristóbal de las Casas. Quien nunca ha andado por ahí no podría imaginar

la excitación que produce el ir por una terracería al filo del precipicio, tan angosta que sólo da cabida a un carro, y cuando dos se encuentran es necesario que uno se eche en reversa hasta hallar algún leve ensanchamiento que permita dar el paso. Más peligroso aún es el puente colgante. Tantos han sido los camiones caídos al desfiladero que los pasajeros prefieren bajarse, mandar al chofer solo por delante y cruzar a pie el puente. Saben que para evitar el vértigo nunca deben mirar hacia abajo y avanzan tan despaciosos que cualquiera los confundiría con un éxodo de ciegos.

Lucas ha cruzado veintisiete veces ese puente, e incluso se ha detenido a la mitad de él y bajado del coche para contemplar el paisaje profundo; ha sentido el balanceo de ese magnífico balcón suspendido en el espacio y ha gritado nombres para jugar con el eco de nueve resonancias. Pero ahora, presa de funesta corazonada ¿se atrevería a hacer lo mismo? Sólo de imaginarse ahí, visualiza su precipitación. Sobrecoído con tal imagen, frena, se estaciona en la terracería del costado, fuma y se reanima con reflexiones autoconvincientes. ¡Imaginaciones! ¿A qué vienen? Está en terreno seguro, se encuentra en la prolongada carretera recta que sale de Villahermosa a Palenque, tramo que no ofrece peligro alguno.

Durante horas él es el único que se desplaza por esa carretera. Solitario, rodeado de monótono paisaje, lo invade la ocurrencia: ¿Acaso todos han desaparecido y sólo él habita en el globo terráqueo? Ah, qué bueno hubiera sido que su hermano lo acompañara en este viaje, pero se fue a Oaxaca con un grupo de amigos. Es un chiquillo inquieto, siempre en busca de aventuras, de sitios extraños, de tesoros y otras maravillas. Le dijeron que en Oaxaca existe una cueva que por estas fechas arroja un río de sangre. Nadie ha podido explicarse el fenómeno y en torno a él se dicen muchas leyendas. Su hermano quiso ir a verlo con sus propios ojos. ¿Estará ahora viendo el río de sangre? ¿Acaso sufre espanto y repulsión?

Aferrado al volante, con la mirada fija y los reflejos bien dispuestos, Lucas acelera y se desahoga en el reto de la velocidad. Fuertes vientos calientes y silbantes menequean el carro y lo obligan a cerrar ventanas. Acelera más para vencer esos resoplidos de la naturaleza en ira. El pavimento hierve bajo el sol y en ocasiones se ven espejismos de agua. De pronto, al borde de

la carretera, dos viejos, hombre y mujer, le hacen señas pidiendo un aventón. Apenas los ve como si fueran dos apariciones absurdas. Minutos después reflexiona. ¿Qué hacen esos viejitos en plena carretera? ¿Alguna emergencia o acaso intentan retornar a las aventuras perdidas de su lejana juventud? Debió haberse detenido y darles el servicio. Qué mejor compañía que unos ancianos. Ni modo, la velocidad no se lo permitió.

Recorridos tres kilómetros más, otra vez se encuentra a los viejos haciendo las mismas señas; disminuye la velocidad, pero no se detiene. Curiosos ancianos, visten elegantes a la manera antigua. Él lleva polainas y sombrero, ella luce un vestido de satín y encajes. Cuánto calor deben sentir metidos en esas ropas negras bajo pleno sol y con estos vientos calcinantes. ¿Vientos? Cada vez son más fuertes. ¿Cómo es que el viejo no ha perdido el sombrero y a ella ni siquiera se le ondula el vestido? Y... ¿cómo es que los encontró adelante? ¿Quién les dio un aventón y los botó de nuevo en carretera? ¿Acaso son indeseables, testarudos, aburridos o mala compañía? Lo cierto es que ningún carro lo ha rebasado. ¿Entonces...? ¡Cosa extraña!

Y otra vez, adelante, los reencuentra de nuevo, con las mismas señas e idéntica apariencia. Y así de tramo en tramo reaparecen como una película que corre en un rollo circular, infinito y repetitivo. La recta parece no tener fin y no hay ningún entronque para huir de esas apariciones intermitentes y constantes. Los vientos no menguan y todo presagia muerte.

Lucas sabe que el miedo es mortal, y por supervivencia hace esfuerzos por controlarlo. Pone el concierto de Brandenburgo de Bach. Nada mejor para tranquilizarse que ese segundo movimiento affettuoso que tuvo a bien repetirlo cuantas veces cupo en el cassette. El espíritu se llena de delicadezas, la voluntad recobra vigor y se sobrepone al miedo, la más traidora de todas las emociones. Avanza un kilómetro y otro y muchos más, y conforme Lucas se adueña de sí mismo, los viejos aparecen con menor frecuencia hasta que son borrados a fuerza de valentía y entereza. Lucas respira hondo, afloja los músculos, maneja a un ritmo normal. Se enorgullece de haber podido controlar sus nervios. A lo lejos quedaron las imágenes provocadas por el miedo. Con la vista al frente se recrea observando las caprichosas formas de las ceibas. Al mirar por el retrovisor

descubre que los viejos vienen sentados en su coche, en el asiento de atrás.
Le sonríen complacientes.

Los vegetantes

DURANTE largo tiempo mi madre se ha dedicado al cultivo de las plantas. Tenía yo tres meses de haber sido concebido cuando mi padre murió. A causa de la viudez, su dolor y soledad perdieron paulatinamente ese sabor humano, para transmutarse en una languidez vegetal. Pasaba casi todas las horas de su vida en aquel invernadero. Me cuentan que durante su embarazo todas las noches entraba ahí en tristes y misteriosos paseos nocturnos.

Don Jesús, el mozo que cuidó durante años esa casa de Contreras que perteneció a mis abuelos maternos, decidió dejar sus servicios cuando notó que mi madre estaba perdiendo la razón. Varias veces la escuchó decir: “Nacerá una niña y la llamaré Verónica, la encerraré en el invernadero, dormiré sobre la tierra, la regaré. Se volverá planta, una verónica en verdad. No vale la pena ser humano”.

Pero su enfermizo ideal murió al nacer yo. Cortó todas las verónicas que tenía, las puso a secar al sol, después les prendió fuego y lloró amargamente junto a las llamas. Me puso como nombre Aciano Badián. Aciano es el nombre de unas vulgares florecillas, y Badián el de un árbol magnoliáceo de Oriente.

Mientras ella extasiaba su desdicha en la inflorescencia, quedé bajo el cuidado de una anciana. Marcelina era flaquita, pequeña. Todos esos astros de su mundo interior hacía tiempo ya que habían perdido su luz. Baldía, nada de recuerdos, replegaba siempre en las arrugas de su edad envejecida. La única substancia que parecía recorrerle las venas era la última ternura, la pálida y cansada ternura que sentía por mí.

Un Cristo de madera le empezó a hacer señas. Sus muertos salían por debajo de la cama y le daban consejos para que no se asustara al final de su existencia. Estaba próxima a morir.

Una tarde se despidió de mi madre, porque los últimos días de su vida debería pasarlos en su pueblo. La vi salir por el portón cubierta con su negro chal. Nada me dijo, ni siquiera volvió la cabeza para verme. Parecía ser de ceniza, de silencio, un sólido y oscuro fantasma. Se fue para morir. Yo tenía nueve años. Marcelina me abandonó a merced de la locura de mi madre.

Los días que sucedieron fueron de hambre y descuido. Me volví miedoso, llegué a orinarme por las noches. Mis sábanas y ropa sucia olían a desamparo. La casa se llenó de polvo, basura, elásticas y geométricas telarañas. Era yo un pequeño habitante en un mundo inhabitable, rodeado de esféricas tristezas, melancolías entumidas. Siempre vagando, sintiéndome perdido en la gran extensión del desaliento total. Enflaquecía, los ojos se me agrandaban rodeados de sombra, mis largos dedos buscaban entre muebles y rincones alguna caricia arrumbada.

Mi madre se hundía cada vez más en esa locura vegetal. Dios bendecía su infierno inventado, mina de delirios, vicios, flores alucinadas, clorofilas que golpeteaban sus sentidos. Todo su mundo se convertía en vergel: vegetales eran ahí las nubes atrapadas; pétalos la lluvia; vegetal el fuego, roja enredadera voluptuosa. Estrellas enyerbadas descendían condenándose con los verdes apagados.

Tres veces entré para verla. Para ella fui como un vegetalillo, tal vez la mala yerba que entorpece la inflorescencia y por tal razón me retiraba de su santuario. Dañado por su desprecio, la espiaba a través de pequeñas rendijas, mirando a ese mundo crecer, reproducirse. Las plantas se desarrollaban sin mesura y el espacio se aminoraba. Apenas visible la figura de mi madre: tenía ya los cabellos verdes, y el rostro y las manos blancos como las magnolias. Olía a extraños perfumes. Savia venenosa su saliva. Algo de morbo había en ella cuando intentaba descubrir los órganos reproductores de los criptógamos. Libidinoso su tacto al acariciar los helechos. Sus senos tenían semejanza con los hongos lactarios, y su vientre con las oronjas. Se tiraba sobre la tierra llena de orobancáceas, y sobre estas plantas parásitas parecía encontrar simbióticos placeres. Los licopodios eran sus amantes. Qué lejos estaba su mente de recordar o intuir al menos la realidad del mundo. Lo exterior desapareció en su conciencia. Su locura,

gamopétalo, la hundía en lo irreal, trastornándola en el recreo de colores en sombra.

En mí la soledad era punzante. Necesitaba calor maternal, el de ella, su calor; calor de yerba asoleada, regaños de espinas, pláticas de follaje. Quería pegar mis mejillas a su vientre, entrelazar mis dedos con sus dedos y mover mis cabellos sobre sus espaldas. Mi madre, toda ella era vegetal y yo deseaba tirarme desnudo sobre esa yerba. Entré con paso definitivo a participar por siempre de su locura.

El lugar era cálidamente húmedo. Las saxífragas crecieron por todas partes. Mi madre estaba tendida ahí, con sonrisa de mimosa y sed de mangle. Tenía la piel cubierta de musgo rojo. Sollozando hundí mi rostro en su vientre. Mis lágrimas buscaban profundidad más allá del musgo y de la piel; intento de formar cisterna en sus entrañas. Con la lentitud de mi lastimosa soledad deslicé mis labios en el rojizo espesor. Mis cabellos buscaban sus dedos. Los encontraron hundidos en la tierra, delgados, penetrantes, creciendo con rapidez y con terquedad de amate. El musgo de su piel cambió de tonos, azulado, morado, negro. A mí también me había invadido el musgo, musgo blanco, musgo verde claro.

Abrí mi mano y sobre sus senos dejé desplazarse la plateada larva que yo había llevado para hacerla recordar que allá afuera las cosas son distintas, que el alma de los hombres no florece sino que encarna. Tenía que hacerla recordar aquella humanidad, triste o alegre, herida y exaltada de emociones. Esa humanidad que sabe vivir su dolor a cuestras y dentro de la piel, y que gimiente se conserva hombre, y hombre se mantiene aún en el desastre, en la desesperanza. No vale la pena ser humano, dijo, y yo quería humanizarla.

La larva avanzó sobre sus senos, hacia su hombro, por su cuello, movilizándose en un trazo animal, y luego la metamorfosis, las alas en abierto despliegue. Una efímera parte del mundo animal revoloteaba en esa oscura selva. Blanca mariposa aleteando entre los densos verdes. ¿Podría una mariposa con su belleza disolver tanta locura? Se posó en mi cabeza, bebió el néctar de unas florecillas blancas que crecieron entre mis cabellos. Dejó caer sus alas, desprendidas por la condena de mi fugaz tránsito, y murió. Derrumbada sobre la tierra, a las pocas horas estaba completamente desintegrada.

Me quedé desnudo de toda esperanza, desnudo como el miedo y quieto para siempre en mi condición de laso vegetal.

El hombre umbrío

OSEAS tuvo la pena de nacer cargado de sombras, bajo la influencia de una estrella ya muerta. Su madre, al amamantarlo, no podía evitar cierta repulsión ante el contacto con ese alguien lleno de fatalismo. “Este niño — se decía — trae consigo una carga de infortunio” y suplicaba a Dios que lo librara de un mal destino.

Desde que Oseas nació, entró la mala suerte en la casa. Su padre quedó en la ruina cuando explotó la caldera de los baños de vapor. Murieron varios empleados y clientes y la tragedia fue tan sonada que jamás pudo levantar de nuevo el negocio. Entonces el niño tenía siete semanas de nacido.

Conforme transcurrió el tiempo y a consecuencia de las penurias económicas, se complicaron las relaciones familiares; el matrimonio discutía por todo y por nada; el padre buscó consuelo y alegría en otra mujer y poco a poco fue abandonando su hogar hasta llevarse consigo a Marcelo, su hijo mayor. Ése sí tenía buena estrella y daba gusto tenerlo cerca; en cambio, con Oseas, por instinto de vida y conservación, la gente con sólo mirarlo tenía el impulso de huirle.

La única que seguía apegada a él era Gilberta, bajo las leyes de la maternidad que la movían a protegerlo por aquello de que había brotado de sus propias entrañas. El niño, siempre enfermo, le exigía excesivos cuidados. Con frecuencia estaba a punto de la muerte, pero las agudas enfermedades aparecían para desencadenar otras afecciones; ahora del hígado, del mal de la sangre, de anemia perniciosa o del corazón arrítmico. Oseas salía de un mal para entrar a otro, y no había esperanza ni de salud ni de muerte. Para solventar los gastos de médico y medicinas, la madre se dio a la prostitución.

Para todas las mujeres que trabajaban en el lenocinio pueblerino la vida era fácil y próspera, no así para Gilberta a quien los hombres buscaban poco o

de plano la evitaban por conocer el cotilleo de que había parido un hijo umbrío; se decía que por vivir con él era transmisora de la mala suerte. Si acaso lograba subsistir del ilícito negocio, era gracias a los forasteros que, ignorantes de todo, pagaban por el placer que ofrecía su cuerpo.

Durante una época la atacó la sífilis y su precaria economía se derrumbó por completo. Por más de dos años se sostuvo de la caridad que sus compañeras de trabajo le ofrecían, y cuando Oseas quedó paralítico y tullido a causa de una embolia, Gilberta lo exhibía en las escaleras del atrio de la iglesia y mediante la compasión lograba, día con día, algunas miserables limosnas.

Un día, Leonora, la matrona, la mandó llamar y le aconsejó que se deshiciera del niño, que lo entregara a las monjas carmelitas que atendían el orfelinato de San Luis de la Cruz. “Ahí estará bajo el amparo de Dios —le dijo— y quizá Nuestro Señor se apiade de él y se lo lleve para siempre.”

Oseas tenía cinco años cuando lo dejaron en la puerta del convento. Las monjas se hicieron cargo de él, dispuestas a un mayor martirio que les permitiera ganarse la gracia de Dios. Era una oportunidad más para socorrer a un desdichado al que tenían que darle cuidados especiales, y al que dedicaban numerosos rosarios para que Dios lo acogiera en su misericordia.

El niño creció en ese convento construido en el siglo XVI en un territorio devastado en el que abunda todo tipo de cactus; un lugar abrasado por el clima asfixiante. Aun así, haciendo gala del espíritu sacrificial, monjas y niños trabajaban en las hortalizas a pleno sol. Al verlos ahí en tierra tan yerma, cualquiera imaginaría que levantaban cosechas de coles de fuego, pero como Dios ayuda a quienes sufren, las hortalizas se daban frescas y abundantes, un poco gracias al trabajo esmerado y otro tanto por mero milagro.

Dios escuchó los rezos de las monjas y en cuestión de meses Oseas sanó de su parálisis. No obstante que tenía el cuerpo maltrecho, las piernas arqueadas y los brazos desproporcionadamente largos, pronto pudo incorporarse a las actividades de los otros niños. Además de su aspecto desagradable, era imposible evitar la sensación agobiante del peso de su sombra. Cuando entraba a cualquier recinto, la luz disminuía, y si estaba en el exterior, el sol parecía opacarse. Ciertamente, gracias a él, el clima se

volvió más tolerable, pero algo de su persona carcomía el entusiasmo de los demás y todos los habitantes del convento se volvieron faltos de energía, enfermizos del ánimo.

Oseas se sabía despreciado y los niños aprovechaban toda ocasión sin vigilancia para hacerlo consciente de su estigma; imitaban sus defectos formando un corro de simios danzarines e ideaban todo tipo de atropellos. Un día, en defensa propia, golpeó con una piedra varias veces a un niño hasta que le quitó la vida. Las monjas se aterraron e hicieron esfuerzos por considerar el acto como algo accidental, no se atrevieron a pensar que el niño, ahora de siete años, pudiera tener instintos criminales. A pesar de la buena voluntad religiosa, se respiraba un suspenso lleno de temores y, fingiendo que era necesario aplicarle un castigo, lo encerraron en un sótano para librarse del peligro. Sombra entre sombra, Oseas vivió días de densa oscuridad y doloroso aislamiento. Mientras, afuera, el sol se volvía más calcinante. Niños y monjas sentían que los hábitos se les incendiaban y las bocanadas de aire caliente llenaban de infierno sus pulmones. Por tal razón, la madre superiora dio la orden de que sacaran a Oseas para que con su sombra refrescara el ambiente.

Un viernes en la madrugada, Oseas acompañó a tres de las monjas a acarrear agua del pozo. Estaban en esos menesteres cuando una monja que tiraba de la cuerda para ascender el cubo lleno fue jalada por una fuerza extraña y cayó al interior, a una profundidad de dieciocho metros. Niños y monjerío corrieron en auxilio, pero la profesa encontró la muerte en la oscuridad de las aguas. “Tú la empujaste —sentenció la madre superiora señalando a Oseas que negaba con la cabeza—, sí; si no la empujaste de obra, lo hiciste con el pensamiento.” Todos los ojos se volvieron hacia él, más aterrados que acusativos. De nuevo lo encerraron en el sótano durante dos días con sus noches; las religiosas se dedicaron a sacar el cuerpo de la hermana fallecida, porque si la dejaban ahí contaminaría el único surtidor de agua potable que tenían. Después de lograrlo tras titánicos esfuerzos, Oseas escuchó desde su espacio carcelario los cantos fúnebres de las ceremonias de velación y entierro.

No sin antes pedirle a Dios que le diera paz y dulzura, la madre superiora bajó a hablar con Oseas para decirle que lo llevaría con el señor obispo para

que él decidiera sobre su destino. Oseas se soltó llorando y preguntó el porqué. La monja, fortalecida con la benevolencia maternal de la virgen, pudo atreverse a abrazarlo y teniéndolo en su regazo le murmuró: “Porque... mi niño, a ti te envuelve una mala sombra”. Acongojada por el desconcierto de la criatura, y con intención de explicarle el fenómeno de su nefasto halo, lo sacó del sótano y lo condujo a un patiecito donde tenían sembrados varios girasoles. “Todas las flores atraídas por la luz miran al sol —le dijo—, pero observa qué pasa cuando tú te acercas”. Aquellas inmensas flores amarillas y altivas que nutrían su color bebiendo la luz solar se agacharon de pronto. “¿Lo ves?” —dijo la religiosa con énfasis recriminatorio—. Oseas observó atónito el espectáculo, y en susurro y tartamudeando le preguntó: “Si logro que las flores me miren ¿me dejará permanecer aquí?” La monja sonrió: “Ciertamente, y que Dios te ayude”. Presurosa se fue y lo dejó solo para que intentara su hazaña.

Tan cabizbajos permanecían los girasoles que Oseas se valió de una maña. Buscó varas e hilo y los amarró a todos viendo a un solo punto, hacia el centro del patio. Se sentó ahí con el afán de que las flores se acostumbraran a él, con el intento de que erguidas se habituaran a mirar su sombra. Aquel florerío sujeto comenzó a pegar de gritos estridentes, los tallos se retorcieron y las flores terminaron por deshojarse todas. Oseas comprobaba que era cierta la leyenda sobre su halo oscuro. Con la muerte de los girasoles era seguro que lo llevarían con el obispo y éste lo encerraría en algún sótano. No había más camino que la huida. Salió sigiloso y escapó.

Huyó corriendo bajo el sol cenital sin sentir agobio alguno. Iba protegido bajo su propia sombra como si fuera un árbol móvil de fronda inmensa. Como a las tres de la tarde se detuvo y desde una gran distancia contempló el convento. Nunca antes había visto un cielo tan rojo. Las biznagas se incendiaban, bolas de fuego movidas por un viento leve. Aquello parecía un campo de soles caídos y rodantes. Lenguas de lumbre lamían los muros de la mansión de los expósitos. Lleno de tristeza contempló desde su lejanía el incendio. Cortó unos junquillos que contienen agua fresca, los quebró y bebió de ellos y se alimentó con unas pitahayas.

En cuatro días de caminata llegó a un territorio rojizo y erosionado donde las cactáceas son profusamente espinosas y pequeñas. El sol parecía estar

más cerca de la tierra y para protegerse de sus rayos era necesario meterse en las zanjas como los reptiles. Sólo Oseas podía soportarlo bajo su propia sombra. De una grieta salió un hombre y, cuando lo vio rodeado de un círculo sombrío y protector, se echó a sus pies en actitud de adoración. “A donde vayas, voy contigo”, le dijo el insolado, y juntos se pusieron en marcha.

Conforme avanzaron, como apariciones fue saliendo gente detrás de los cactus y de entre las grietas y todos se ampararon bajo su sombra. Cuando hubieron caminado lo suficiente como para sentirse fuera del mundo, tomaron su asentamiento. Lejos de mirarla como un infortunio, los hombres del desierto vieron en la sombra de Oseas una bendición y llenos de regocijo y gratitud le dieron el mando del pueblo. Lo llaman “Nuestro Señor-Sombra” y le rinden culto por dar consuelo a los seres vivos que habitan en esas arenas iridiscentes del desierto inhóspito.

Agosto el mes de los ojos

EN MI pueblo, a causa del clima lluvioso se hizo costumbre el uso de paraguas, especialmente en agosto, mes abundante de lluvias. Por su función ocular, ahora son imprescindibles en todas las épocas del año.

Mi abuelo era paragüero, el más viejo y famoso en su oficio. Nadie ha podido igualar su destreza y la calidad de su trabajo al que se dedicó casi todo el tiempo, incluso dejó de dormir para entregarse de lleno a su obsesionante faena.

Su taller, ubicado en lo alto de la casa, es un sitio desvencijado a punto de desmoronarse. El reclinado ventanal tiene todos los cristales rotos, de manera que siempre entran los chiflones. De día o de noche, mi abuelo trabajaba con viento. Después de muchos años de plegarias había conseguido que siete ánimas en pena se apiadaran de él, encargándose de cuidar los siete cirios que durante las horas nocturnas alumbraban su obraje. Guardianas fieles, impedían que las ráfagas apagarán las velas. Así, junto con el silbar de las galernas y los lamentos de las ánimas, el abuelo encontró la música de su inspiración.

En los meses de febrero y marzo, el viejo se debatía en una cruenta batalla contra los ventarrones. Las sedas negras, inmensas mariposas de mal presagio, se levantaban movilizándose por toda la estancia. Volátiles, subían y bajaban, de aquí para allá, perseguidas por los gritos y las manos del anciano obrero. Cuando esto sucedía me gustaba espiarlo, porque las imágenes me recordaban los cuentos de mi abuela que decía que durante las tormentas las velas de los barcos se vuelven negras y fúnebres. Los lienzos al aire me hacían pensar en aquellos veleros de sus relatos, oscurantados por la cerrazón de las tempestades, debatiéndose en altamar. Mi abuelo, relacionado con esas metáforas, me parecía un eterno náufrago.

El viento rasgaba y deshilachaba las sedas, y a causa de ello los paraguas confeccionados en febrero y marzo tenían un acabado en jirones. En la temporada del viento cruel, una larga hilera de mendigos se formaba en la puerta de la casa para adquirirlos como regalo, y aunque bajo ellos no estarían protegidos de la lluvia, les servían de complemento decorativo para su harapienta vestidura, y sobre todo los libraba de la ceguera.

En una ocasión marzo fue más violento que nunca, trajo consigo toda la reciedumbre de las galernas y ni siquiera tuvo misericordia de las ánimas en pena, aferradas a la tierra para llorar sus culpas y lamentaciones. El viento retozó con los siete espectros revolcándolos en el espacio y les dijo que las voces de los muertos deben buscar su cielo o su infierno. Cuatro de las ánimas vagarosas fueron ardidadas por las llamas de los cirios; quizá cayeron al averno o lograron su purificación. A partir de entonces mi abuelo tuvo que trabajar sólo con la luz de tres cirios cuidados por las ánimas que se escaparon de los vientos y las llamas para seguir apegadas a los quehaceres terrenos.

Desde la azotea sólo son visibles los paraguas. Mi pueblo no parece habitado por gente sino por murciélagos que avanzan lentos por las calles, y es que las sedas son tan finas como las alas de estos animales. Yo las he tocado y en verdad son muy suaves y delicadas. Los paraguas parecen ser alas de murciélago en perfectas geometrías circulares.

Aquí casi toda la gente es ciega o tuerta, porque con tantos paraguas los ojos se quedan ensartados en los picos de éstos. Algunos son de cinco y otros de siete o nueve puntas. Hay personas que se sienten muy felices porque de cada una cuelga un ojo. Aquí nadie ve con sus propios ojos sino con los que traen engarzados en los quitalluvias. Por eso nunca mueven la cabeza, no tienen necesidad de voltear y saben bien lo que hay tras de ellos o a los costados. Incluso algunos, al igual que si tuvieran radar, retroceden de espaldas o caminan lateralmente. También por esto se parecen a los murciélagos, avanzan sin chocar, pero en agosto con las lluvias se apresuran tanto que se sacan los ojos. Diciembre es el mes en que se consiguen las castañas, y en agosto, los ojos.

Hace tres noches vi salir por el ventanal a las tres ánimas en pena. Poco después se apagaron los cirios. Mi abuelo no repeló de la oscuridad como

era su costumbre. Subí y lo encontré muerto, lleno de viento, enredado en sedas negras. Su último trabajo fue un inmenso paraguas en el que mi abuela puso su cadáver y lo lanzó al mar, carabela de la muerte, navío póstumo. Con voz solitaria y dolorosa me dijo que así se lo había pedido porque él siempre deseó ser navegante, pero la tarea de los paraguas lo apartó de su sueño.

La ceremonia fue de noche mientras soplaba un leve vientecillo proveniente del sur. La abuela ordenó que los tres nietos ensartáramos nuestros ojos en el sepulcral paraguas con el fin de que el muerto no fuera a la deriva. Obedecimos, y debiendo cubrir los cuatro puntos cardinales, ella que también era tuerta dio su ojo y lo engarzó en el lado este para orientarlo hacia la dirección de las cuarenta islas. El viejo siempre deseó viajar por el archipiélago.

Aquel paraguas, goleta de quién sabe cuánto sufrimiento, se fue navegando nostalgia adentro de la muerte.

Hoy en la noche, cuando ya estaba dormido, oí la voz de mi abuelo. Me ordenó seguir con la tarea de los paraguas. Hoy supe que mi infancia ha terminado, que no volveré a dormir ni de día ni de noche. Y estoy aquí, en el taller. Trabajo con viento, corto la seda negra y la uno a los metálicos esqueletos geométricos. Trabajo con la luz de un solo cirio y el ánimo en pena de mi abuelo llora, canta y cuida que las ráfagas no me apaguen la llama.

Reloj de sombra

ALFONSO ARGENSOLA solía mostrarle a su sobrina Leopoldina un libro casi despedazado con antiguas y ajadas ilustraciones de iglesias y catedrales góticas. Le decía con énfasis que tal arquitectura es un enviar el alma hacia los altos espacios en difícil goteo de abajo hacia arriba, para ser finalmente punta que zahiere, fina plegaria de piedra tallada, grito agudo: el hombre que penetra en Dios. Alfonso gustaba de esos ojos de la niña que le crecían con el asombro y de esa boca semiabierta que parecía escuchar más que los oídos. Ojos y boca bebían todo lo que él narraba. Aunque Leopoldina, por su corta edad, poco entendía de estilos, valores y tiempo, creció fascinada ante ese tipo de construcción.

El tío Alfonso abandonó el pueblo de los Remedios para irse a recorrer ciudades, llevándose consigo el viejo libro. Ahora, sin poderlo hojear, las tardes han dejado de ser fascinantes para Leopoldina, quien intenta reconstruir en su memoria aquellas maravillosas láminas que diariamente contemplara. Las catedrales con su ensoñación permanente se escapan de aquel libro y las ve en erguimiento fantasmal, estructuras que giran, vagan, ya móviles o estáticas, oscuras o brillantes, sonoras o silenciosas.

Todos duermen, menos Leopoldina. El caserón pueblerino está en penumbra y sólo un quinqué despide luz amarillenta, circular. Ella, sobre una mesa de caoba, modela una catedral de plastilina. A las torres y espínulas, que por su textura y grosor distan mucho de semejarse a las finas formas de aquellas ilustraciones, la infanta les encaja alfileres para darle un acabado sutil.

Concluida la obra, Leopoldina saca el pez de su artificial albergue, lo deja moribundo en el suelo y usa la pecera como domo para proteger su alfileteread catedral. Nadie se atreve a decir nada sobre el pez muerto. Cada mañana, Leopoldina quita la cúpula de cristal para sentir en las yemas

de los pequeños dedos las agujas punzantes, eso que entra en la carne con espiritosa decisión. En ella descubre su mayor placer.

Conforme pasan los días, adquiere el hábito de jugar con alfileres. Se acrecienta su repudio a las formas redondas, tersas, de líneas curvas o planas. Todo aquello que no termina en punta, carente de reciedumbre y esbeltez, le parece blandura y obesidad de las formas.

Siempre que Manuela, la sirvienta, va al mercado, la niña la acompaña con la única finalidad de comprar paquetes de agujas y alfileres. En los muros de su cuarto pega decenas de estas tiras de papel donde uniformemente lucen los objetos de su obsesión. Muros tapizados, pegamento de papel de estraza hilvanado con metal. Las porciones de alfileres y agujas adquiridas son tantas que ocupan cajas de todos tamaños, frascos, vasos y talegas. Todos los libros de cuentos infantiles que le regalara el tío Alfonso tienen estos instrumentos de la costura, penetrando letras e imágenes. Otras grandes cantidades las ha dispuesto encajadas en las muñecas de trapo, en el santo niño de cera, fotografías de los abuelos y otros familiares, velas, almadraques y en el cristo de madera. Así corrige lo que es liso, combo o romo, evitando cualquier sensación de redondez.

La niña es bruja, murmura Manuela, pues todo en su cuarto parece conjurar la maldad y el dolor. Esto se comenta entre los familiares, que mucho se aterroran, particularmente aquellos que saben que sus fotografías están cubiertas de alfileres. El sacerdote acude al llamado de la madre alarmada y sostiene una larga conversación con Leopoldina. “Lo que haces —le dice— es cosa de brujos.” Ella sólo responde que le gustan los alfileres y las agujas, y le habla de templos, de formas góticas como manera de penetrar en Dios. El sacerdote tranquiliza a Arcelia, la madre: “No hay peligro alguno, son niñerías”.

En la familia de los Argensola suceden enfermedades, muertes, quiebras económicas y depresiones de ánimo. Arcelia insiste en considerar que los citados desastres son obra de Leopoldina, que juega con instrumentos del demonio. Piensa que, a través de alfileres y agujas, los écubos son atraídos del infierno por artificio de la niña. La paz de la casa ha sido perturbada. Arcelia ordena a la sirvienta que tire todos esos bártulos demoniacos a fin de aplacar la insania de su hija y la mala suerte que provoca. Leopoldina

amenaza a su madre con encajarle alfileres en los ojos cuando esté dormida, si se atreve a sacar de su cuarto cualquiera de sus objetos predilectos. Y en la noche, para advertirles de lo que es capaz, encaja siete alfileres en los ojos del gato. El animal, ante el asombro de todos, camina por paredes y techos emitiendo maullidos. Ante lo sucedido, todos se someten a la manía de Leopoldina, sin que por ello puedan salvarse de vivir aterrados, con la sensación de estar sujetos a una amenaza infernal, y convencidos de que es Leopoldina quien procura enfermedades y muertes.

Don Melgar, el padre, muestra disgusto ante los miedos y habladurías y dice que los Argensola no deben creer en supersticiones. En Arcelia, a causa de su embarazo y estado de hipersensibilidad, aumentan la angustia y los temores. Vive acosada por pesadillas. Sueña que su hijo próximo a nacer, alfileterado, sucumbe en muerte prematura. En ocasiones grita por intolerables punzadas en el vientre. Algo la agujonea por dentro. La obsesión es tal que termina refugiada en casa de su hermana, quien la atiende durante los últimos días de embarazo.

Manuela descubre que Leopoldina come agujas y alfileres, razón por la cual desprecia todo tipo de alimento. Y no sangra, no se retuerce, las ingiere como tragos de agua. ¿Comes agujas?, le pregunta el doctor, y ella responde que es lo único que apetece. Y... no hay dolores, ni desgarramiento, ni sangrado.

Arcelia ha dado a luz un niño al que llama Isidoro, hechura de su entraña bajo el misterio de la naturaleza que reproduce a los seres. Es suficiente razón para desear protegerlo, y por ello se niega a volver a casa. Muy oscuros son sus pensamientos cuando reflexiona en su hija, a quien no sabe si culpar o simplemente compadecer. Leopoldina toma conciencia de que es temida, considerada amago contra la felicidad hogareña. Siente nostalgia por su madre, llora su ausencia, reclama la falta de su cariño. Abrazada a Manuela pregunta por qué ha sido abandonada. Manuela explica cosas que la niña asegura no entender, y le enumera las desgracias acontecidas por su culpa: el infarto de don Melgar; la desecación de los dos pozos; las muertes de su tía Catalina y de la abuela; el tío Alfonso que murió en un naufragio, y Juan el jardinero carbonizado por un rayo al que no le siguió tempestad o gota de agua alguna; el incendio del aserradero donde se perdió un gran

capital; la ceguera del abuelo y la calvicie de Arcelia que la ha dejado con aspecto de orate. Manuela le muestra la almohadilla donde la madre ha ido acumulando su pelo caído. Leopoldina reclama los cabellos de su madre, los quiere tener consigo para acariciarlos, pero Manuela se los niega por el temor de que aumenten las desgracias. Los alfileres son cosas del diablo, le dice, en ellos acciona el demonio; cuando le clavaste los alfileres al gato, cegaste a tu abuelo.

Leopoldina ha visto la imagen del anciano en el jardín con el gato amedrentado en sus rodillas, ambos ciegos, pero no siente que ello sea una tragedia, por el contrario, la imagen le provoca calma; es para ella un cuadro de la serenidad.

Ahíta de quejas y culpas, Leopoldina trata ahora, en nombre de los demonios y por poder de ellos, de comunicarse con el espíritu de su tío Alfonso. Así, en medio del jardín, levanta su mano izquierda en cuyos dedos tiene nueve alfileres encajados, y por vez primera conjura. Un aire violento avanza por los cuartos y corredores de la casa, mismo que despierta a sus moradores. Atraídos hacia la ventana, contemplan estupefactos cómo Leopoldina se adelgaza, se metaliza y se convierte en una aguja de acero. La luna parece un hueco blanco que jala para sí la gótica forma en la que Leopoldina se ha trocado.

Arcelia, calva y atónita, ha vuelto a su casa. Pasa largas horas sentada en una silla de mimbre apretando a su hijo Isidoro contra su pecho y contemplando la afilada altitud de Leopoldina: un ser frío, metálico, agudo como un grito que, deshumanizado y en búsqueda de una condición divina, ha penetrado en Dios. Y más que mirar el agudo acero, Arcelia contempla la delgada sombra que gira a ras del suelo marcando las horas y testificando lo inexplicable.

Juegos de poder

A NUESTRO pueblo, Presidios, una vez al año, el día en que se festeja a la santa Leprosa, llega el viejo titiritero. Siete campanillas pendientes de una barra y los cascabeles atados a las patas de los caballos que tiran del carruaje anuncian su presencia.

En Presidios, lugar reseco y caliente donde los niños se vuelven tierra, se agrietan, se rompen y mueren como polvorón de pan, el titiritero significa el único júbilo posible entre la vasta desgracia.

A diferencia de los demás infantes, Narcedalia, hija del acaudalado don Román, tiene la piel húmeda y en su encierro protector desconoce los vientos de cal y la fina lumbre de los rayos solares. Su madre, antes de morir, suplicó que la mantuvieran por siempre dentro de la casa, que la niña nunca saliera porque afuera, en donde todos suponen que está la vida, flota y se extiende el vaho de la muerte.

Desde hace siete años Narcedalia anhela salir para poder ver de cerca las funciones del titiritero, pero su padre dominante y cáustico le niega tal dicha. Llorosa, aferrada a los barrotes del balcón, mira pasar al viejo con su teatro rodante lleno de títeres y lo ve alejarse hasta la plaza de la iglesia de la santa Leprosa. Ahí se instala, abre el telón y hace que los títeres se muevan, hablen, dancen, se enamoren o se agredan entre sí; al capricho de su manipulador provocan risa y llanto en un público tan fascinado como presa de horror al comprobar que estos muñecos tienen mejor ánimo que la gente de Presidios.

Si al menos Narcedalia tuviera un títere, pero en vano ha suplicado a su padre que le compre uno. ¿Para qué quiere ella un títere, un monigote atado de hilos si ni siquiera sabe cómo moverlo? y, además, ella no necesita un juguete pues bastante tiene con andar corriendo de una habitación a otra, pasando por las siete puertas de la larga y vacía crujía adyacente a la casa-

habitación. Ella misma lo ha dicho: que paseando por esos cuartos, dando saltos y haciendo giros, siente una gran alegría, sobre todo cuando el diablo se le aparece gesticulando dengues y mostrando su lengua bífida. Un títere ¿para qué? Ella insiste arrojando borbotones de lágrimas y gritos que descarapelan las paredes. Su padre se enfurece, niega con su vozarrón y suelta la amenaza de que va a mandar matar al titiritero para que no vuelva más a inquietarla.

Ajenos al festín popular, en la casona todos duermen en un descanso a medias, perturbado por los ronquidos de don Román y la voz de la nana que en sueños canta y regaña. Apenas se escucha cierta algarabía lejana, las risas forzadas del populacho en la obligación de ser feliz una vez al año en esa feria sólo animada por el viejo titiritero. Pasadas algunas horas, se escucha el cilindro con el que se despide el divertidor y a su música se aúnan los cantos tristes de la gente que, ante la idea de que él está por partir, siente ya la nostalgia adentro, y todos en procesión lo acompañan a la salida del pueblo.

Sigilosa, Narcedalia se levanta, abre los oscuros del balcón y se asoma para ver pasar el desfile, más fúnebre que festivo con esos adioses desconsolados, cantos dolorosísimos y ayes que brotan de la añoranza antelada.

Narcedalia extiende sus manos en adiós, abrazo al vacío, anhelo abierto, con la esperanza de que el trashumante le regale un títere, pero el viejo en recta hacia otro rumbo ni siquiera la advierte; sin embargo, sobre los baúles bien acomodados en el techo del carruaje va sentado el diablo y es él quien le obsequia a Narcedalia un manojo de cordeles, una talega llena de armellas y una cruceta de madera. De momento la niña no comprende para qué han de servirle pero luego, con los recuerdos de la opresión y las iras, el revoloteo de los descontentos contenidos y con la claustrofobia en hervor, su imaginación comienza a bordar ideas hasta que, impulsada por un nuevo ánimo, se dirige al cuarto de su padre y sin que éste logre despertar para defenderse ella le atornilla las armellas en la cabeza, pies, manos, codos y rodillas y ata los cordeles en forma conveniente de las articulaciones a la cruceta.

Toma las llaves y por vez primera sale al pueblo arrastrando a su padre por la calle principal, sube a la torre de la iglesia donde encuentra al diablo tocando las campanas y al poco tiempo abajo se concentra toda la gente del pueblo. Narcedalia suspende al títere en el vacío y lo manipula ante tantos ojos asombrados. El vocerío sugiere y ordena movimientos para el títere, y don Ramón el antes erguido, ahora cabizbajo, se agacha, se hinca, se derrumba, se arrastra, suplica y llora poseído por la mano que acciona la cruceta.

Un títere para Narcedalia y con él su poder y su libertad, al tiempo que una llovizna inicia su combate contra el polvo.

Heliocidio

ARISTEO se afana en la labor de nacer, sufriendo entre los huesos apretados de su madre que no dan de sí. Acaso no por amor de retenerlo sino con voluntad de dificultar su primer impulso de ser, ella lo contiene en su sombra sanguinolenta. Aún no es dueño del grito para pedir auxilio, mas la partera, combatiendo muerte y propiciando vida, hunde el cuchillo. Abierta la entraña muestra su flor roja y arroja el fruto. Aire y luz, remolinos de miedos y ayes se injertan en el naciente.

Aristeo crece entre golpes y desprecios. Acaso lo azotan no por quererlo matar, sino para desgarrarlo en menudos jirones suaves como la seda. La madre y los otros cercanos lo zahieren y torturan persistentemente. El llanto, fuerza de sal medicinal, cierra llagas y costura gruesas cicatrices.

Aristeo madura y la pulpa de sus años es acosada por el repudio y la crítica, plagas que zumban y dientes que mascan carne y alma. Acaso no por consumirlo sino para gustarlo a la manera de quienes se alimentan de manjares amargos. Aunque los innumerables dientes lo fracturan y cuatrocientos mil estómagos lo digieren, Aristeo se regenera a sí mismo, miembro por miembro y siempre se mantiene devorado e íntegro.

Aristeo envejece, canos resentimientos, ego apisonado en odio. Es dueño de una lágrima colgante y seca que tintinea venganza, no por tener el ánimo encarnizado, sino por natural sed desfacedora que lo lleva a devolver con justicia lo recibido.

Aristeo busca mujer y la preña. La tiene gestando junto a la hoguera, no por reemplazar con ello el calor que por desconocido es incapaz de darle, sino con el fin de que el fruto madure pronto. Ganándole tiempo a la naturaleza, en breve, a los tres meses, nace una niña a la que llama Oquedacia.

Aristeo amputa los senos de su esposa para negarle a su hija el alimento. No por odiarla, no, sino para que le crezca la boca de hambre. Durante el día esconde a la criatura dentro de una olla de agua fría por donde sólo asoma la cabeza. De noche la saca al arenal, al centro de las corrientes de los cuatro vientos.

Oquedacia se mantiene viva con sólo trocillos de hielo. Tiembla al igual que respira, y no por miedo sino por el vigor del frío y su compulsiva avidez de lo cálido. Llega el momento en que Aristeo la lleva de día al arenal, ahí desnuda bajo el sol rotundo. Oquedacia abre su boca, succiona calor, se atraganta de la esfera solar que se alarga como chicle para pasar lenta por su garganta. Tras la última deglución, consumado el heliocidio, se reproducen las negruras y las nieves, y una vez congelados la acritud y el sadismo, todos se cristalizan en la no vida.

Oquedacia se levita de la tierra, no por su global estómago indigesto de sol, sino por un hambre nueva que la lanza al firmamento en búsqueda de asombrosos nutrientes.

Aristeo, sueño satisfecho, creada su justicia, dormita en paz. Y en cada noche y en toda siesta va desarrollando visiones oníricas de venganzas perfectas.

Las gallinitas

EN EL mercado central, viejo y podrido corazón de la ciudad, un cacareo humano, femenino y senil irrumpe diariamente al iniciarse el alba. En las bodegas donde se almacena garbanzo y trigo, innumerables hombres reciben mercancía, cargan en sus espaldas pesados costales, y por entre los boquetes de éstos, a chorros o lloviznas, se escapan los granos esparciéndose sobre la basura viscosa, estrellas terrestres del descuido y desperdicio. Atraídas por estos alimentos llegan las ancianas para dedicarse a la recolecta. Son enjutas, casi ciegas, vestidas con hilachos negros o grises, malolientes, y una costra de mugre consumada en el rostro. Con sus dedos de pico de ave, las viejas madrugadoras, encorvadas, recolectan las semillas y las guardan en pequeñas y fétidas talegas. Acaso cada una llega a acumular 20 o 50 gramos, suficiente para su nutrición precaria. A pesar de su fatiga, se mueven con una rapidez admirable, y cuando los cargadores les pegan de gritos y las corren con duros gestos, en grupos se movilizan espantadas y es cuando más se asemejan a las gallinas, se arrinconan, y luego reemprenden sus labores hasta que los gritones las sacan a latigazos. Con bultitos bien apretados, las viejas se juntan, escupen maldiciones y se retiran a sus escondrijos, allá en las ruinas de los baños romanos.

Alba con alba regresan en busca de su sustento y siempre son repudiadas por los bodegueros. Así viene sucediendo desde hace siete siglos y no hay manera de deshacerse de ellas. Muchas de estas ancianas son las mismas prostitutas, aquellas que a finales del siglo XIV fueron maldecidas por el anacoreta Smadesh, y quienes recibieron el castigo de la eternidad. Inútiles son los intentos de matarlas; vivamente seniles son la vergüenza y la amenaza de nuestra ciudad. Quizá porque no demuestran sufrimiento alguno, o porque su perpetua desgracia es menos temida que los misterios de la muerte, no fungen como ejemplo de control social contra la corrupción; por el contrario, aquí las mujeres se prostituyen con facilidad, y acuden a los hipocaustos para ser instruidas por las vetustas ramera. Noche

a noche, oscuras decrepitas y mujerzuelas pintarrajeadas llevan a cabo atávicos festines. Década con década se multiplican, y al futuro de los siglos la ciudad estará saturada de mujeres milenarias, centenarias y adolescentes conversas a la prostitución que buscarán este medio, como el único posible, para escapar a la muerte.

Ana y el tiempo

ANA toca el piano.

De toda cotidianeidad, la música es lo único capaz de emocionarme. Escucho cómo Ana practica con la mano derecha la melodía del preludio número 4 de Chopin. Pasan horas y sigue en lo mismo, sólo en la melodía. Siento primero el deseo y luego la desesperación por escuchar los acordes. Pero no, ella insiste en la mano derecha. Me levanto y despacio me acerco al piano. Es entonces cuando recibo el impacto: Ana carece de mano izquierda. Ahogo un grito. Es una alucinación, pienso, pero pronto me cercioro de que es realidad. Quiero preguntarle cuándo y cómo fue que la perdió, pero la sola idea de pronunciar la palabra amputación me produce escalofrío y me deja mudo. Advierto que Ana no disimula su carencia, parece habituada con total aceptación, o tal vez no está consciente de eso. Es muy posible que alguien pueda vivir sin una mano sin darse cuenta. Lo mismo pasa conmigo que, a pesar de vivir con ella una relación tan profunda, no llegué a advertir un detalle tan pequeño como éste. ¿Pequeño? Sí, una mano sólo mide unos cuantos centímetros. La manga cuelga vacía y parece mecerse en un movimiento inspirado por la música. Me pregunto si la mano izquierda sería tan bella como lo es la derecha que hábil y suave recorre el teclado. Trato de recordar.

Es posible que la hubiera perdido en un accidente que he olvidado, o quizá yo mismo se la amputé en uno de esos múltiples pleitos que hemos tenido. Puede ser, porque son muchas las veces que Ana me es molesta, sobre todo cuando se comporta cariñosa con alguien, con cualquiera, desbordando su afecto sólo porque sí, con ese dejo de sensiblería tan habitual en ella. Bien sabe cuánto me disgusta eso. No sería raro que en circunstancias tales yo se la cortara en señal de castigo. Pero... una cosa de éstas se recordaría. No, seguramente ella perdió la mano hace mucho tiempo. No sé si ya estaba así cuando me casé con ella; es difícil creerlo porque, dada mi sensibilidad y mi amor por la belleza, sería incapaz de casarme con una manca. Tal vez me

engañó usando una mano artificial, lo cual yo no percibí. Pienso en todas las incontables veces que hemos hecho el amor. En momentos así se usan las dos manos, el cuerpo entero, e incluso dicen que se asoma el alma. Yo me hubiera dado perfecta cuenta en caso de que usara una mano artificial o bien de su carencia. Ninguno podría no reparar en un miembro postizo, inerte, justo cuando la piel arde. Soy... soy sensitivo. La ausencia de esa mano me obsesiona. Tal vez si abordo el tema, ella haría un comentario que me oriente y quizá escuche de sus propios labios cómo fue que perdió la mano. La tensión me impide hablar. Siento pavor de que ella confirme lo que hace un momento pensé: que he sido yo quien se la ha arrancado. Ana —le digo—, ¿por qué no tocas los acordes? Ella voltea y sonrío. Veo que su sonrisa es amarga. Comprendo que con esa carencia nadie puede reír plenamente. Me molesta su sonrisa. Hay algo en ella que nunca antes había visto: un odio maniatado con hilos de dulzura. Ana me complace, y con la misma mano derecha se desplaza hacia los bajos del piano y toca los acordes. Son graves, en un sonido que emerge del averno, un De Profundis en el que clama la mano muerta. Nosotros, a lo largo de los años de nuestro matrimonio, siempre hemos hecho rituales y fiestas hasta con motivo de los más mínimos acontecimientos. Pienso que seguramente a su mano muerta le hicimos un solemne entierro. Trato de imaginarme el cortejo fúnebre asistido por ministros, damas elegantes y llorosas, niños vestidos de blanco y amigos intelectuales. La carroza tirada por caballos negros. Sobre una alfombra de pétalos de rosa, la pequeña cajita blanca conteniendo la mano. En el cortejo, los músicos tocan el Réquiem de Fauré bajo una lluvia mínima como si la luz se hubiera hecho trizas y cayera desintegrada. El hoyo profundo y amplio. La mano descendiendo. Veo a todos los concurrentes depositar sus regalos, todo cuanto una mano puede desear aún en el mundo de los muertos: flores, pañuelos, monedas de oro, guantes, anillos, pulseras... Y Ana, Ana viendo todo aquello, pulsando esa dualidad de la vida y la muerte, despidiéndose de sí misma. De pie ahí, fragmentada, débil por la sangre perdida, y fuerte y poderosa por su parcial conocimiento de la muerte. ¡Funeral inolvidable! Entonces ¿cómo es que mi mala memoria me priva de recordarlo a todo instante? Lo que pasa es que Ana se negó al rito y prefirió guardar la mano en un frasco. Ahí la tiene y constantemente la contempla. Siento una tremenda curiosidad por ver esa mano. Es un morbo, lo confieso, un morbo que me persigue a mansalva en el interior de mi ser. ¡Tengo que ver esa mano! Sonrío y me retiro. Ana

sigue entregada al piano. Despacio, disimulando mi prisa, me dirijo al segundo piso. Busco en el armario del cuarto, en el guardarropa, en los cajones, papeles, libros y ¡nada! La mano no está. Otro pensamiento me taladra la cabeza: Ana envió la mano a aquel que fue su primer amor para testificar que aún piensa en él y que parcialmente es suya. Sólo que... ese hombre murió hace mucho tiempo. ¡Me atormenta no saber cuándo fue que la perdió, cómo y dónde! Es fácil saberlo. Abro la vieja maleta donde guardamos las fotografías familiares gracias a la insistencia de Ana, porque en lo particular yo siempre he odiado las fotografías. Ahora reconozco el valor que tienen: son en sí la memoria, el único testimonio veraz donde el hombre puede redescubrir todo aquello que ha vivido. Revuelvo las fotos, las miro con atención: Ana y yo juntos cuando iniciamos el noviazgo; Ana bailando; Ana comiendo; Ana y yo en un parque; Ana en la fiesta de los Benson; Ana el día de nuestra boda llorando en los brazos de su viejo padre; Ana en la iglesia de San Patricio cuando nuestro hijo mayor hizo la primera comunión; Ana nuevamente embarazada; Ana, yo y nuestros cuatro hijos. Es extraño ver tan detenidamente el rostro de la mujer con la cual he compartido quince años de mi vida. Pero todas esas fotos están tomadas de tal manera que no se puede ver si tiene o no la mano izquierda. Me detengo a mirar la foto de nuestra boda. ¿Estaría manca entonces? No puedo recordarlo, pero insisto, yo no podría haberme casado con una lisiada. A no ser que nuestro matrimonio se efectuara por algún interés. Su padre era un hombre rico, pero igualmente lo es el mío. Nunca me interesó unir fortunas. Quizá fue simplemente por amor o acaso por un sentimiento de compasión ¿Qué me motivó para casarme con Ana? Me esmero por revivir aquel tiempo, por sentir lo que alguna vez sentí. Se me ocurre algo: ir a San Andrés donde pasamos nuestra luna de miel y hablar con el viejo de la hostería. Compartimos mucho tiempo juntos e incluso nos llevó a recorrer aquellos campos vastos de verdes y arroyos.

El trayecto es largo bajo esta ráfaga de lluvia; a través del agua las imágenes del mundo se distorsionan como si en ella se incorporara esta sensación de que todo lo mío es impreciso. Las llantas patinan en el pavimento y levantan el agua que sube y se extiende como alas instantáneas. Los limpiadores funcionan en el esfuerzo de mantener la visibilidad. Veo la mano de Ana limpiando el parabrisas, como si a pesar de estar desprendida de su cuerpo estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa

por mí. La imagen desaparece. Avanzo devorando con velocidad tramos de carretera. Freno a punto de voltearme. A mitad del camino, ahogada en una charca, semihundida, la mano de Ana es golpeada por la lluvia. Quiero bajar y recogerla con esa angustia y regocijo de quien por fin encuentra algo buscado con tanto afán y penas. La imagen desaparece. Siento dolor en la boca del estómago. A pesar de la velocidad me parece que no avanzo, hasta que por fin pasó la terrible cortina de agua. Se avecina la lejanía y llego hasta San Andrés; rodeo el pueblo por un costado y subo por la empinada carretera de tierra hacia el Mesón de la Concordia. Me quedo un rato en el coche reflexionando en las alucinaciones experimentadas durante el trayecto. Decido bajar y preguntar por el viejo hotelero del que sólo recuerdo sus ojos cansados de tanto observar las cosas. Seguro que él advirtió todos y cada uno de los detalles de la figura de Ana. El hombre joven y delgado que me atiende dice que el viejo murió hace poco más de tres años. Me desesperanzo. Pido el mismo cuarto que Ana y yo habitamos. Está intacto. Me adentro en el recuerdo más importante de mi vida: veo maletas, su cuerpo desnudo, la ropa que se ha quitado olorosa a nuevo y a lujo, su miedo a la entrega, mi cuerpo descendiendo desde mis más altos sueños hacia el suyo para penetrarla y depositar en ella mi afán de ser en su interior. Ahora pienso: ¿cuáles sueños?, ¿cuál penetración? Ana sólo ha sido el testigo contratado para comprobar mi soledad. Si hoy estoy aquí es sólo porque le falta una mano y me he vuelto terco en ese querer saber qué demonios le pasó. Abandono el cuarto que me confunde y no me reporta recuerdos claros. Recorro algunas partes a la orilla de la laguna, las mismas por donde anduvimos juntos. Con palidez se hace presente aquella su imagen cuando cortaba helechos; trato de visualizar sus manos, pero la imagen se congela justo cuando su bota resbala y se hunde en el fangal; el recuerdo deja de avanzar, se queda estático, negándose a informarme. Nunca puedo recordar sus manos. Es inútil intentar retroceder el tiempo: la memoria es demasiado vaga en su retorno. Me gustaría ver hoy a Ana aquí, ya no joven como antes, sino con esa depresión tan suya que la lleva a hundirse con la caída del sol para volar abajo, hacia la noche parda. Ella es siempre tan gris, tan parecida al día cuando se deshace, tan semejante al inicio de la oscuridad. Tengo la impresión de que Ana lo que quiere es desaparecer. Perdió la mano y podría perder uno a uno sus miembros hasta quedar en nada. No he dormido. Mi obsesión crece y me quita el sueño.

El camino de regreso es agotador. Llego a casa y temo que Ana me pregunte por mi ausencia. Tal vez piense que he estado viviendo un romance con otra mujer. Sería interesante. ¿Cómo explicarle que fui en su búsqueda, que regresé el tiempo con el fin de encontrarla? Me ve entrar y no dice nada. Está ahí con mis hijos en la mesa del comedor armando un barco. De pronto los niños y ella me parecen una pintura del siglo XVI, algo que no pertenece a mi época. Me percató de su existencia. Puedo asegurar que todos ellos conocen la risa y el llanto, que piensan, que están vivos, irremediablemente vivos a pesar de mi indiferencia. Veo como el afán puede ser plácido en la acción de construir una fragata: unen piezas, estiran y anudan hilos, tensan las velas. Se me ocurre que es en los niños donde puedo hallar la respuesta, sobre todo en Virgilio, el mayor. En cuanto la diversión termine y él vaya a su cuarto le preguntaré escuetamente. Ana parece no poder anudar un hilo. ¡Cómo tardan! En su concentración y embeleso alargan el tiempo. Son más de las doce de la noche. Por fin cada quien va a su dormitorio. Entro a la habitación de Virgilio. Él se sorprende y me pregunta con angustia si me pasa algo. Le digo que no... y lo acaricio. Me siento en su cama. Descubro que Virgilio es blanco y melancólico, muy parecido a Ana. Mis otros hijos también se parecen a ella, de mí no tienen ni un sello como si sólo fueran sus criaturas. Virgilio y yo nos miramos con gran intensidad. Ahora recuerdo que un día me preguntó por qué Dios hace pedazos de hombre. Seguramente él siente que su madre es uno de esos tantos sueños de Dios inacabados, un simple fragmento, algo trunco. Él debe imaginarse tantas cosas acerca de esa mano, porque los niños siempre fantasean, saben mirar cosas en un papel blanco y en los desiertos son capaces de ver mundos vastos de imágenes. Donde no hay nada, ahí lo ven todo. ¿Qué verá Virgilio en el lugar de la mano? ¡Si me lo contara! No me atrevo a cuestionarlo. Le pregunto: ¿los ayudó bien tu mamá a armar el barco? ¿Es realmente hábil a pesar de...? Y lo único que responde es: “Sí, muy hábil y tiene mucha paciencia”. Nada decimos acerca de la mano. Lo beso y me retiro. Creo que nunca antes lo había besado.

He decidido visitar a la madre de Ana y a sus tías. Son mujeres viejas y hablantinas que no hacen otra cosa más que referirse a Ana como si se tratara de un personaje legendario; hablan de su horadante belleza, de su híbrida personalidad. Soporto la cena escuchando todo lo que dicen como si fuera una revelación. En sus voces, Ana resulta un ser dotado de todas las

contradicciones. Dicen que es misteriosa, inteligente. Sí, seguramente lo es, por eso me casé con ella: siempre me ha gustado la inteligencia y el misterio. No hablan de ningún accidente y nada de lo que dicen revela la información que busco. Se refieren a Ana en muchos aspectos, con un tono que produce gran disgusto. Advierto que tratan de convencerme de que es fascinante. Pido el álbum familiar y nuevamente mis ojos revisan fotografías suyas: Ana a los seis meses; Ana pequeñita, desnuda en la antigua bañera; Ana en el columpio; en la fuente; montada a caballo acompañada de su padre; Ana en el funeral de su abuela. Es siempre Ana en diferentes edades y sitios. Ana y el bosque. Ana y el mar. Ana y Venecia. Ana dormida, y en esta foto se puede apreciar el hombro izquierdo semidesnudo y parte del brazo, pero éste se pierde debajo de la almohada sin permitirme ver si la mano existe o no. Es inútil. Todas las fotografías están tomadas del perfil derecho. Descubro que en algunas fotos Ana tiene una mirada heresiarca. Esto revela que Ana le vendió su mano al diablo a cambio de esta obsesión mía que nunca se acaba. Sí, cambió su mano por esa su habilidad de vivir conmigo a la manera de una estatua que ni sufre ni se alegra. Ana no es otra cosa más que un pacto con el demonio y de ello proviene su forma invisible e improbable de hacerme daño. Pero no, en algunas fotos aparece dulce, encantadora. Es difícil definirla. La búsqueda de un testimonio me obsesiona cada vez más; me siento enfermo, febril. Veo el rostro de su madre y encuentro en él la fenomenología del silencio, la maternidad arrepentida. Me mira fijamente como tratando de decirme que sabe que ha parido un monstruo, un ser dulce y suave capaz de las mayores atrocidades; un ser manco y taciturno. Trato de convencerme de que en realidad no es importante averiguar qué pasó con su mano. Si nunca me había fijado suficientemente en su ser, es ridículo que ahora preste tanta atención a uno solo de sus miembros. ¡Maldigo la hora en que me di cuenta de su carencia! Regresaré a mi casa como todos los días y no volveré a cavilar en esto. De pronto se me ocurre que al llegar a casa encontraré a Ana tocando el piano. Vista de espaldas será la imagen misma de la languidez. Volteará a sonreírme, y con sus dos manos, sanas y salvas, reales, absolutamente reales, se acomodará sus cabellos. Yo respiraré profundo y disfrutaré de una paz interior que me llevará a tomar el hacha y dejársela caer sobre la mano izquierda cuando ésta empiece a tocar unos acordes. Imprimiré así, de un tajo, la dimensión de mi soledad hoy en calma. Un grito, un chorro de sangre y la mano ahí tirada bajo el piano.

Pero... ¿qué estoy pensando? Alardeo de una fuerza de odio que jamás tendré. Me atormenta el admitir que ni siquiera soy el autor de su carencia. ¿Quién es entonces? Vuelvo a lo mismo, al estupor y a la elucubración.

Regreso a casa y a la manera de un rumiante repaso todos los momentos de su vida. Su imagen cae en mi estómago, me recorre las venas y se agolpa en mi cerebro. En este estado llego a casa. Abro el garaje... la mano de bronce que está en el portón me llama la atención irresistiblemente y mis dedos van hasta su encuentro, la palpo, la aprisiono. El bronce es frío y golpea la madera; los toquidos son monótonos, pero paulatinamente adquieren una sonoridad atávica. La mano se va calentando hasta que tengo la impresión de estar llamando a la puerta con una mano viva, ardiente.

Memoria y olvido

ZARCEO vive de acuerdo a su nombre. Su abuelo, creyente en la influencia que el nominal tiene sobre el destino de cada ser humano, decidió llamarlo así para marcarlo con las tres acepciones del verbo zarcear: limpiar los conductos y cañerías introduciendo zarzas largas y moviéndolas para que despeguen la toba y otras inmundicias; entrar el perro en los zarzales en busca de caza; andar de una parte a otra, cruzando con diligencia un sitio.

Zarceo, cada vez que lo cree prudente, desobstruye sus conductos interiores, despegando el cochambre atestado por la inactividad y la confusión. Siempre que lo hace consigue fluidez de pensamiento, tamiza sus ideas, guarda para sí las que son brillantes y excreta aquellas sin valor, adecuadas para dialogar con los amigos y ejercitar esa faena llamada “comunicación”, el mejor de todos los artificios para simularse y ocultarse.

El perro que trae en la entraña, de buen olfato, de estético agazapamiento y atinado salto, lo suele soltar con acierto en las espirituosas cacerías, propias de hombres refinados que asaltan al mundo para obtener todo lo que les es necesario o conveniente. Así se ha hecho de una esposa, de un trabajo que lo surte de dinero, de un crédito publicitario que aumenta su prestigio, de un sillón y de un cepillo de dientes.

Sabe estar presente de lleno en cualquier espacio. Sube y baja, va y viene con pasos largos o cortitos según sea la emoción adjunta al propósito; se sienta, se levanta, camina alrededor de sus interlocutores, se cuelga de la lámpara o se pega a la pared como un fascinante cuadro. ¡Pequeños esfuerzos para nunca ser inadvertido!

Ha sido muy cuidadoso en la selección de sus amistades. En su discriminación prefiere a aquellos de inteligencia fugaz, intelectuales-cometas que por doquier pasan su cauda de relucientes aforismos y

metáforas sin lograr modificar siquiera el parpadeo de los ignorantes que encuentran a su paso.

Físicamente deben ser peculiares: muy largos en la verticalidad de sus ensoñaciones o muy anchos en su conchudez; de piel negro mate o magenta; de ojos saltones más espantables que espantados, o muy hundidos tras de ojerosos telones que, aunque abiertos, nunca libran la caja mágica del escenario íntimo y su drama. Le gustan híbridos y monstruosos, por ejemplo, los que tienen tres o siete cabezas, y que por lo tanto son de izquierda, del centro y de derecha simultáneamente sin fallar a ninguna de sus posiciones políticas. También gusta de los seres amorfos o incompletos, monópodos y cíclopes, los de epidermis leonada o cubierta de escamas, y sobre todo aquellos que tienen por lengua una elegante cobra. Algunos son más grotescos que otros, y los hay tan complejos y misteriosos que es de gran gesta el describirlos.

Hoy se ha reunido a los favoritos de su estima para mostrarles su más reciente invento científico: un extractor de memoria. Zarceo siempre se esmeró por recordarlo todo. Imágenes, sonidos, olores, sensaciones, actos, sentimientos y todo tipo de experiencias los tiene perfectamente registrados en su memoria. Se ha valido de distintos sistemas de clasificación, ya temáticos o cronológicos, especificando la intensidad de los recuerdos, sus significados, poder de influencia, fuerza frustrante y jerarquía según su importancia y trascendencia.

Pero resulta que Zarceo padece una extraña e injustificable tristeza —al parecer pescada en un camión urbano al igual que la gripe— que ha venido a quitarle el apetito de vivir. Ha decidido dar fin a su existencia, pero desde luego se ha preocupado por inventar un nuevo tipo de suicidio. Como para él la memoria es la vida, decidió que no hay muerte mejor que la mente en blanco. Sin recuerdos no hay corazón que funcione y eso le garantiza un paro cardíaco. Fantástica forma de morir, rápida, sin posibilidades de exponerse a una larga agonía.

Así lo ha comunicado a sus amigos quienes apuran las copas de cognac y derraman lágrimas antelando el luto doloroso por la muerte muy próxima de su entrañable Zarceo. Ahí están boquiabiertos ante el nuevo invento científico, el extractor de memoria. Un gran recipiente de cristal en forma

de oso hormiguero, cuya trompa está conectada a la boca de Zarceo, succiona con ritmo doloroso; el suicida sopla y arroja bocanadas de recuerdos:

Ahí va el instante de su nacimiento; la teta magra de leche venenosa que le dio sustento; ahí va su madre, especie de Clitemnestra, repulsiva de su brótalo; ahí va papá suavecito con su sombrero-canasto repartiendo pan por la tarde. En el recipiente cristalino gira todo lo aprendido en la escuela, números y letras revelando los misterios; llantos, rezos y carcajadas; caricias y angustias; los largos malabarismos que impone el manejo de situaciones; la resistencia a las peripecias; los dinámicos saltos de hombre-tigre por encima de obstáculos mediocrizantes; ahí va Zarceo usando sus máscaras, escamoteando las fuerzas enemigas, ya reptando o volando, actúa tragedias y melodramas, se mueve con tino y desatinos; se le ve resonante o callado, opaco o luminoso, ya engulle o vomita; todo lo vivido en tantos años se desprende y cae tumultuoso en el extractor.

Según Zarceo, no hay nada más que expulsar. Piensa que se avecina el gran blanco de la mente, la acorazadora nada. Sólo que... un brutal dolor que viaja de la cabeza al corazón y viceversa le indica que algo le ha quedado adentro, algún olvido. Se trata de Beatriz, aquella mujer a la que amó sin lograr conquistar jamás. Sufrió tanto por ese amor frustrado que para poder seguir viviendo tuvo que olvidarla. No obstante que borró los recuerdos, la imagen de Beatriz viajó a su subconsciente y ahí encontró acomodo, vallada con atemperante olvido. Zarceo no logra concientizar que ese residuo que late en su interior no es nada más que la olvidada Beatriz.

Ante sus gritos atroces, los amigos policéfalos e híbridos discuten si habrán de dejarlo en tal agonía o si será conveniente devolverle los recuerdos en una cucharadita cada media hora, a manera de jarabe, y poder así reintegrarlo de nuevo. De nada le sirve el vacío si no es total. La discusión es larga, no hay acuerdo, y mientras tanto, en lo profundo de Zarceo, Beatriz se mece en su silla blanca y adquiere la espectral fuerza de lo olvidado; así prolonga la agonía. El suicidio se frustra. Contrariamente al plan de Zarceo, es el olvido y no los recuerdos lo que lo mantiene vivo.

Polifemo

EL INCENDIO acabó hasta los cimientos con la refinería de aguardiente La Fabulosa, tornando en cenizas a sus moradores. Sólo sobrevivió el venturoso Junio Cantoral, hoy célebre en Galatea, este pueblito que por años ha sido tristón y miserable.

Huérfano a los siete años, se vio obligado a ganarse el pan como ayudante de Anubio, el gitano cuchillero. Si bien pasó muchas horas en la faena de afilar las hojas de acero azulado, pudo también satisfacer sus inquietudes de andarín como vendedor ambulante de cuchillos, cercenadoras, machetes y navajas. Cuando Anubio se marchó heredándole su taller, él prefirió abandonar el oficio y tuvo que ingeniárselas para poder seguir viajando de Galatea a la capital y de allá para acá, siempre atraído por estos dos puntos tan distantes.

Buen bebedor por cuna y por nostalgia de la misma, se la ha pasado de cantina en cantina llorando su orfandad aun cuando era ya un cincuentón. “Sí, señores —les decía con esos tonos de depresión y de euforia en los que oscila la ebriedad—, yo perdí a mis abuelos, padres, hermanas, tíos, primos y todos aquellos que se llevó el fuego inclemente. Estaría solo en el mundo si no fuera por Polifemo, mi hermano menor, fallecido a los escasos tres meses de edad. Él es el único que tengo. Se salvó del incendio gracias a que en esos momentos de la catástrofe se encontraba en exhibición dentro de un pomo en la cantina La Curandera. Claro, hablo de sus restos, pero tan bien conservados en formol que su figura está intacta y parece como lleno de vida y salud.”

Entristecido por los recuerdos bebía sin medida y agregaba: “Se debió haber llamado Marzo ya que mi madre dio a sus hijos el nombre del mes en que vimos la luz, pero como el niño nació con un solo ojo en medio de la frente lo llamaron Polifemo al igual que el Cíclope de la mitología griega. Fue una lástima que muriera pues, lejos de sentir horror, mi madre, fascinada por la

hermosura única de su mirada verde-gris, sintió gran predilección por él. Mi hermana Enerito también se esmeró en mimos y cuidados. Obvio es que con tanto amor hubiera crecido robusto y dichoso. De todos modos, nació predestinado al cariño y todos mis paisanos lo quieren mucho, especialmente Rutilo, el dueño de La Curandera, quien por fortuna lo considera el tesoro de su cantina. A pesar de que no es fácil llegar a esa mi añorada Galatea por estar oculta tras los cerros del cardonal, de todas partes del mundo llegan personalidades a verlo. Si ustedes quisieran hacer lo mismo con gusto los acompañaré, sólo que... tendrán que pagarme los gastos del viaje porque como ustedes saben yo perdí toda mi fortuna en el siniestro”.

Siempre resultó fácil que los briagos estuvieran dispuestos a cambiar de cantina, de la metrópoli a un pueblo, en la aventura de ir al encuentro de algo insólito. Por consejos de Junio Cantoral se abastecían de botellas de licor para no pasarse en seco el largo trayecto en tren y hacer más soportable la caminata por los tres kilómetros polvorientos que llevan de la estación a la impróspera Galatea.

En cuanto Junio Cantoral entraba a La Curandera con sus fatigados acompañantes ávidos de asombro, Rutilo el cantinero les daba la bienvenida con unas cervezas heladas buenas para la cruda y para estimular el apetito de unos tragos más. Una vez refrescados y habiendo pedido la primera botella fuerte, Junio en tesitura de tenor lanzaba la eufórica orden: “Tráiganme aquí a la mesa a mi hermanito Polifemo que quiero presentárselo a mis amigos”.

Rutilo, haciéndose el interesante y con orgullo fingido, explicaba que el señor Presidente de la República interesado en conocer a Polifemo había mandado a por él con la promesa de devolverlo en unos cuantos días.

Los viajeros decepcionados se daban al trago obligados a permanecer en Galatea por lo menos setenta y dos horas hasta la próxima corrida de ferrocarril. En tal circunstancia Junio tenía la oportunidad de mostrarles los orgullos del pueblo: la antigua noria fuera de uso, la piedra natural en forma de toro tan perfecta que parece tallada por manos de artista, la única casa de dos pisos que por cierto es de Rutilo y el burro más viejo del mundo que ya tenía cincuenta y dos años y al que han apodado el Inmortal. Los viajeros

pensaban que, excepto por Polifemo y por el asno, Galatea no es más que un pueblo aburrido y sin gracia de Dios. No habiendo nada más que ver se la pasaban en La Curandera comiendo fritangas y bebiendo hasta el cansancio. Entonces Junio procuraba entretenerlos con diversas historias que podrían justificar el extraño nacimiento de su hermano. Según él, las narraciones míticas y legendarias pueden afectar la realidad presente, ya que sus esencias tienen el poder sobrenatural de transferirse en los acontecimientos actuales.

“Miren ustedes —les decía convencido—, Galatea, la más dulce de las Nereidas, fue el objeto de amor del cíclope Polifemo. No es de sorprender que en este pueblo, cuyo nombre es el mismo de su amada y siendo tan bello como aquélla, él haya reencarnado con el fin de continuar su historia amorosa. Aunque ustedes no lo crean, cuando hay luna llena se escucha una dulzaina, instrumento que usó el antiguo Polifemo para hechizar a Galatea; la música es tristísima, una verdadera queja del corazón, pero nadie ha podido hallar de dónde viene. A veces los caminos amanecen regados de flores y en el aire flota un delicioso olor a miel. Estos fenómenos sin aparente explicación hacen evidente que su espíritu se aloja en el cuerpo de mi hermano. Cabe también otra razón: desconocemos el origen de mi tatarabuelo materno, sólo sabemos que emigró en busca de aventuras y que al perder un ojo por mal de cataratas decidió quedarse a radicar aquí. Yo me supongo que él era originario de Arimaspos, ese pueblo fabuloso situado en la región del mar Caspio cuyos habitantes tenían un solo ojo: sí, aquellos que luchaban con los grifos por el oro. De ser así, entonces mi hermanito es el último descendiente de los arimasposeos.”

Sus hipótesis provocaban controversias y acaloradas discusiones, así como nuevas inventivas y razonamientos. No faltaba alguno, por cierto siempre el más borracho, que negaba toda posibilidad de vínculo con el pasado y el extranjero, afirmando que Polifemo es un fenómeno puramente mexicano, ya que en este país todo puede suceder.

Al llegar la hora de partir, Rutilo le daba unos buenos pesos de comisión a Junio Cantoral por sus dones de mitómano, buen embaucador y por contribuir al éxito de su cantina. A su vez, los acompañantes le pagaban el viaje de regreso a la capital. Todo el pueblo sabía que Junio era un

mentiroso, pero gracias a él Galatea tenía visitantes y eso ameritaba apoyarlo. “Dentro de algunos días —decían— ya estará aquí Polifemito. Vuelvan para que lo conozcan, les va a encantar.” Y cuando algunos regresaban acompañados de otros curiosos, el pueblo se mostraba indignado contra el presidente que aún no devolvía a Polifemo por andar mostrándolo de país en país como una de las maravillas que produce México. Muchos sospecharon que se trataba de un timo, pero volvían por costumbre y por el deseo de rodearse de amigos en una cantina lejana a sus hogares en la que se bebe a gusto. Otros mantuvieron la esperanza de que algún día los de Galatea recuperaran al cíclope.

En una ocasión Junio Cantoral regresó solo a Galatea. Venía herido por un amor imposible. La mujer de sus ensueños, que mucho lo seguía a causa de sus fascinantes historias, se negaba a casarse con él por temor de tener un hijo unióculo, pues no sería extraño que eso fuera hereditario. Desconsolado se arrinconó en una mesa, bebió hasta anestesiar sus penas y se quedó dormido. Cuando despertó tuvo la sensación de que la luz había aumentado su intensidad al grado de provocarle un profuso lagrimeo. Advirtió también que ahora abarcaba un mayor campo visual. Finalmente se dio cuenta de que sus ojos habían desaparecido sustituidos por un gran ojo verde oliva situado en la frente. Cíclope por obsesión.

Nunca más quiso salir de Galatea y el bueno de Rutilo, compadecido de su estado, lo adoptó como hijo predilecto. Le ha dado una mesa para él solo, situada junto a un ventanal ampliado especialmente. Ahí bebe a sus anchas y como un taciturno de pecera sonríe a los niños que lo miran desde la calle. Está obligado a beber con todos los visitantes que hoy se cuentan por centenas. Ha perdido su nombre y ahora lo llama Polifemo II. Él se deja observar y para mostrar que es inofensivo procura tener la mirada lánguida. Ya no es tan platicador como antes, si acaso sólo suele decir: “Lo heredé de mi tatarabuelo materno que de seguro vino de Arimaspos. No sé si es cosa de genes o de sueños, pero sucede”.

Los mimos vacíos

“TODA grandeza es susceptible de terminar en tragedia, y para comprobarlo basta recordar que Alejandro Magno destruyó Persépolis. No obstante, a pesar del fuego y de los siglos, ahí en los vestigios está presente aquel pasado esplendor. Uno lo respira en los azulejos hechos trizas o hasta en el mural más pálido. Basta ver un cimiento desmoronado para que la mente reconstruya de inmediato la magnificencia de una asombrosa metrópoli. El único arte que vale la pena (me refiero a la gloria que merece el sufrimiento invertido en toda creación) es aquel que puede vencer el tiempo. Pero tú... has elegido mal, muchacho; eso de ser mimo conlleva la tragedia inmediata de lo efímero. ¿Qué es un gesto humano comparado con el arte arquitectónico? ¿Cuánto dura un gesto y cuánto trasciende?”

Lo anterior me lo dijo un amigo de mi padre, un viejo zorro y alcohólico, cuando discutíamos sobre mi vocación de mimo. Tenía los ojos irritados, llorosos y una angustia sórdida se le agolpaba en la garganta. Me clavó sus ojos compasivos y agregó: “Mimo... ¡qué lástima! Un arte que comienza y termina en el instante”.

Gracias a sus escépticas reflexiones, desde que inicié mi carrera tuve consciencia de que la mímica, así como el teatro y la danza, es una manifestación momentánea, un arte fugaz cuyo tiempo de vida se limita a lo que dura la función y a la permanencia del impacto que ésta causa en el público. Es un arte repetible, renovable mientras se tenga vida para ejercerlo y memoria para recordarlo. Cuando yo muera y mueran todos los espectadores que me han visto, sé que no quedará nada. Reconozco que, por principio, su medida se basa en lo que dure mi existencia. Sólo por eso le temo a la muerte. Mientras tanto, actúo a diario, el mayor número de horas posibles y con toda intensidad.

Comencé trabajando en la calle, en mercados, parques y atrios hasta que heredé un viejo edificio que acondicioné como teatro y escuela, espacios de

trabajo exclusivamente dedicados a la mímica.

Me he entregado a la enseñanza con el deseo de prolongar mi experiencia artística a través de emociones y técnicas transmitidas a otros seres que cuentan con su propio tiempo de vida. No niego que ello refleja mi angustia ante lo efímero y una terrible ansiedad por buscar una forma en que las actuaciones se vuelvan imperecederas.

Hace tiempo, durante dos años hice que me tomaran fotografías de cada uno de los momentos gestuales de mis numerosas actuaciones; con ellas formé unos libros, y al pasar la vista rápidamente por todas esas imágenes, uno puede casi adivinar el movimiento y vislumbrar una secuencia de gestos e intenciones. Después conseguí una linterna mágica y fascinado jugué mediante ella con mi propia imagen. Lamentablemente alguien robó los libros, las placas y el aparato óptico. Desconozco su destino, pero he mantenido la esperanza de que el latrocinante los conserve.

Estaba de nuevo a punto de recurrir a la fotografía cuando me enteré de que unos hermanos excéntricos apellidados Lumière recientemente inventaron una máquina diabólica que reproduce las imágenes de la realidad con todo y su movimiento. Pensé que eso sería imposible y sin embargo es verdad. ¡Qué prodigio! Si mucho me asombró ver mi imagen saltarina a través de la rendija de la linterna mágica, mi perplejidad no tuvo límite ante el cinematógrafo de los Lumière. ¿Magia o ciencia? No me importa lo que sea, lo cierto es que con mis propios ojos vi la demolición de un muro, y luego a una multitud de obreros saliendo de una fábrica. Algo que sucedió, algo del pretérito, el tiempo capturado, permanente en mi vida. Y es posible ver y revivir esos sucesos del pasado cuando uno quiera y cuantas veces se nos dé la gana. La muerte dejó de inspirarme miedo, porque ahora es posible fijar mis actuaciones para que hombres del futuro las vean.

Vendí mis pertenencias más valiosas con el fin de obtener el dinero suficiente para pagarle a los Lumière la filmación del mejor de mis espectáculos: Reflejos.

Entre las decenas de estudiantes que asisten a mi escuela, sólo Basilio tiene facultades sorprendentes. Un día lo descubrí tras bastidores imitando mi actuación con tal rapidez y exactitud que sentí que él era simplemente mi

reflejo. ¿Cómo un niño de siete años tenía la capacidad de proyectar emociones tan complejas? Es cierto que me imitaba, pero aun para eso se requiere gran sensibilidad, técnica y práctica, además de un profundo conocimiento sobre el comportamiento humano. Basilio es un niño genial y por tal razón decidí montar este espectáculo con él.

En esta obra interpreto a un hombre que se descubre ante el espejo, éste representado por Basilio. Ahí, reflejado, deja fluir todas sus emociones, pasa de la realidad al sueño y del sueño a la realidad, de la fascinación de contemplarse hasta el horror de sí mismo. De pronto el reflejo se rebela, se vuelve otro con vida propia, con gestos personales, y el hombre pasa a ser el reflejo de aquél. Aturdido por la pérdida de identidad, destruye el espejo. Arrepentido trata de reconstruirlo, pero resulta imposible unir los numerosos añicos. El hombre se hunde en la soledad.

Realmente la anécdota es simple, pero ofrece un rico campo de actuación y tantas transiciones gestuales que tal parece que toda la humanidad convergiera en un solo reflejo. Louis y Auguste parecieron convencidos de que valía la pena filmarla. La nueva perspectiva me llenó de excitación y, como durante varias noches padecí de insomnio, la víspera de la filmación decidí tomar un té letárgico para poder al día siguiente estar cabalmente dispuesto a una actuación esmerada.

Dormí profundamente y cuando desperté tuve la sensación de vacío en el rostro y tenía los músculos tan muertos que era incapaz de lograr la más mínima gesticulación. Ya frente al espejo descubrí que todas mis expresiones habían desaparecido y mi cara era una especie de máscara inanimada, sin el menor asomo de vida. En ese momento supe que un rostro es algo más que la carne; es ante todo la substancia etérea que lo anima, algo similar al espectro solar, a una energía cósmica que amoldada a la forma facial proyecta emociones, ideas y todo cuanto el alma es. ¿Qué pudo haber pasado? ¿Cómo fue que se extraviaron los haces luminosos de mi espíritu que eran la causa de mi expresividad? ¿El té letárgico los desvaneció? No, no era posible. Todos sabemos que la flor de azahar y la tila resultan inofensivas; son relajantes, sí, pero no combaten el alma ni la destruyen. ¿Acaso alguien pudo extraer mi esencia? ¡Extraña sensación la de estar vivo sin hálito alguno!

Sumergido en este acontecimiento insólito me fingí enfermo para suspender la filmación y las funciones teatrales. ¿Qué puede hacer un mimo vacío de expresión? Avergonzado y torturado en el asombro ante lo inexplicable, me encerré por semanas en mi habitación y sólo a mi sirviente lo enteré del caso. ¿Por qué sucedió esto ahora cuando estaba a punto de eternizarme mediante el cinematógrafo? ¿Cómo soportar que mi experiencia artística concluyera antes de mi muerte? Y a pesar de eso, seguir viviendo, vivir... ¿para qué? Sentí el impulso del suicidio, pero me detuvo el ansia de conocer el enigma. Soporté el estatismo de mi rostro, símbolo de la nada, y después me entró una calma llena de imbecilidad.

Desde mi ventanal contemplé una tarde cómo la llovizna bañaba la ciudad de París. Observé a la gente con sus rostros húmedos y expresivos, y movido por una gran nostalgia salí a la calle como si en ello fuera a encontrar la reconciliación con la vida. Ya oscurecido y al arreciar la lluvia, la gente se resguardó en los interiores y las calles quedaron casi vacías. Caminé sin rumbo fijo hasta que un áspero cansancio me obligó a sentarme en el parque. No pensaba en nada, permanecí quieto sin sufrir y sin ninguna alegría, sólo sintiendo el rigor de la tormenta. Un hombre pasó a mi lado y se puso a observar los círculos concéntricos que efectuaban las gotas al caer en la fuente. Llevaba una botella grande, sumamente transparente y de forma lánguida, y en su interior advertí el rostro de Basilio. Incrédulo me acerqué unos pasos y lo vi ahí adentro, tristísimo, como ahogado dentro de una lágrima. Luego, al darse cuenta de mi presencia, agrandó sus ojos y gesticuló un grito insonoro. Me pedía auxilio, pero yo preferí retroceder y ocultarme entre los árboles.

El viejo seguía absorto en su contemplación. Después de unos minutos se encaminó hacia el sur. Sin vacilar, con toda la cautela posible seguí sus pasos por varias calles. Se metió a una casa semidemolida y seguramente deshabitada. Esperé un tiempo, en ninguna de las ventanas se encendió la luz y supuse que ese hombre tenía el hábito de las tinieblas. Momentos después volvió a salir, ahora con otra botella, vacía. Caminó a lo largo de la calle y cuando dobló en la esquina consideré prudente entrar a la casona. La puerta sin llave me concedió el paso a ese ámbito de oscuridad y derrumbe. Prendí el encendedor y pude vislumbrar los espacios vacíos. Subí por la escalera rechinante y de textura podrida. Me quedé pasmado cuando vi que

a todo lo largo del pasillo había cientos de botellas con rostros atrapados en su interior. Espectáculo magnético; viví yo una fascinación fantástica y sin embargo era verdad. Alumbrando uno por uno me di a la esperanzada tarea de encontrar mi propio rostro, y cuando por fortuna lo hallé, me miraba con la expresión de todo cuanto yo estaba sintiendo. ¡Ahí estaba mi esencia, mi hálito, mi expresividad! Al tomar la botella en mis manos y recuperarlo, me atacó una fiebre. No obstante que los rostros me atraían con sus gestos únicos y sorprendentes, no me detuve a mirarlos con cuidado. Pasé de largo iluminándolos con la mesurada llama hasta que encontré el de Basilio. Con las dos botellas bien sujetas salí presuroso y una vez afuera comencé a correr. El cielo se había despejado y por las calles, en paso menos urgente que el mío, el agua escurría por el pavimento arrastrando los múltiples reflejos de focos y anuncios temblorosos en caprichosas distorsiones.

Avanzaba aún impactado por el hallazgo. Aquello era un museo inverosímil que me había dejado sin control, aturdido. ¿Cómo era que ese hombre dedicaba su vida a ello? Y más importante aún, ¿cómo lo lograba y para qué? Tenía una inmensa curiosidad de conocerlo, de investigarlo, pero impulsado por el miedo sólo pretendía la huida. Buscaría a Basilio y tan pronto como reintegráramos nuestros rostros al cuerpo dejaríamos París para siempre.

Así, pensando, haciendo mil conjeturas y encarrerado a un ritmo de temores, estremecido y torpe en el escape, resbalé y al caer se quebraron las botellas. Los rostros flotaron en la corriente de agua que se deslizaba cuesta abajo, se golpearon contra el canto, se mezclaron entre sí y con los reflejos de las luces de la ciudad. Desfigurados, alargados, rotos, se notaban alterados en el pánico. Finalmente, disgregándose, casi diluidos se precipitaron por una coladera. En vano todos los esfuerzos. Los perdí definitivamente.

VAGO ESPINAZO

DE LA NOCHE

Cuentos negros, crueles

y cínicos

(1996)

A María Eugenia Ríos Polanco
a quien me apegó en tres pasiones
nuestras siempre compartidas:
Grecia, los viajes y los libros.

Vago espinazo de la noche

AL PRINCIPIO yo no quería hacerlo, pero fui seducido por la idea. El pacto suicida surgió en el orfanato después de que don Saturnino, el prefecto, nos castigó con un baño a manguerazos de agua fría. Nos mantuvo desnudos en el patio, secándonos bajo la mortecina luz de una luna menguante. Estuvimos ahí durante horas, cansados de tanta temblorina y asqueados por el hedor que nos llegaba de la pocilga en la que agonizaba una cerda. Por la desnudez, el frío quemante, la neblina que todo lo entristecía y los estridentes gemidos del animal, nos sentimos más huérfanos que nunca.

Habíamos puesto sal en la azucarera de los maestros y a todos los castigados nos pareció que la irrisoria travesura no merecía ese duro escarmiento. A las cuatro de la mañana entramos al dormitorio y entre gimoteos y risas de rabia discurrimos cómo vengarnos. Ignacio, el mayor de todos, el grandulón de once años nos convenció de que lo mejor era morirnos, quitarnos la vida para que don Saturnino por el resto de sus años cargara con la culpa de este suicidio colectivo.

Ignacio era hijo de un curandero y sobrino de un espiritista y presumía de tener contacto con el más allá y conocimiento sobre los rectos caminos de la muerte, así que hicimos todo cuanto dijo que era necesario. Nos enseñó a invocar a la Parca mediante rezos en idioma extraño con el fin de que no llegáramos a ser tristes ectoplasmas apegados a la tierra, sino espíritus puros, iluminados y elevados. Con palabras bellamente descriptivas nos dibujó la existencia del Vago Espinazo de la Noche conformado de polvo de luz y de armoniosas constelaciones. Fue fácil imaginarnos esa inmensa y luminosa osamenta brillando en la negrura del firmamento nocturno. Nos prometió que ascenderíamos a Dios por ella; iniciaríamos ese viaje tanático por el coxis e iríamos trepando por las vértebras que nos revelarían misterios inimaginables.

Al alcanzar las cervicales podríamos entrar al cerebro de Dios. Eso nos dijo. A todos nos pareció una aventura fascinante y con obediencia y devoción seguimos las órdenes de Ignacio. Durante ocho noches, los cinco compañeros, tomados de la mano y con los ojos cerrados, rezamos las letanías indicadas. Al llegar el noveno día hicimos ceremoniosamente el pacto. A cada uno de nosotros Ignacio nos dio a masticar cinco bolitas de mescalina y después entramos al laboratorio a robar cuatro galones de éter que bebimos a grandes tragos.

A pesar de los vómitos, el efecto fue inmediato. Recuerdo el mareo, el zumbido y la terrible visión: el inmenso espinazo gravitaba en el universo, iluminado por sus propios cuerpos siderales. Ahí estábamos todos escalando las primeras vértebras en el esfuerzo por no caer dada aquella viscosidad brillante. De pronto el miedo me paralizó y mientras mis compañeros trepaban hacia la cabeza en busca de la inteligencia numinosa, yo, atraído por una fuerza maligna, fui arrastrado desde el centro del espinazo hacia la cola, zona llena de partículas frenéticas. No sé por cuantas horas descendí por entre los huesos respirando oleadas de cortante diamantina y sangrando por boca y nariz. La armoniosa luminosidad y sus reflejos estaban muy lejos de mí y yo, solo, quedé atrapado en la última vértebra del coxis donde se gestan las miserias, el mal y el desconcierto. Preso en el terror me encontré entre los residuos del caos sin posibilidad de escapar de él y sin comprender por qué no logré el ascenso.

Cuando desperté en la enfermería no sentí ningún alivio porque la parte más esencial de mí se quedó en aquella cósmica cárcel. Mis amigos murieron y quiero pensar que lograron llegar al cerebro de Dios. Han pasado siete años desde que se fueron y yo he sobrevivido desencantado con la realidad y humillado ante la Muerte que misteriosamente me rechazó.

Permanezco en la vida, ya crecido y aún marginado en el hospicio, con esta sensación de que la cabeza se me hincha cada vez más, zumba y se llena de agua espesa donde flotan o se hunden los astros del mal y del sufrimiento. Por haberme quedado vagando en la zona inferior del esqueleto del universo y al haber perdido la facultad del habla, todos piensan que soy un idiota; sobre todo eso piensa don Saturnino cuando lo miro fijamente. Lo que pasa es que cuando observo cuánto se agobia con sus culpas y cómo

vive temeroso de los fantasmas, tal como lo planeamos, me asombro y quisiera preguntarle qué es lo que realmente pasa en su consciencia. Sé que algo le pasa, aunque cuando se refiere al caso dice que sólo fue una pendejada de chiquillos.

Nadie se imagina cuánto sufro y lo mucho que me esfuerzo por salir de esa concavidad estelar. Con una mezcla de compasión y repudio me llaman Bobo y me han destinado a barrer los patios. Cumplo con la rutina de sol a sol mientras mi espíritu instalado en el Vago Espinazo de la Noche lucha contra las miserias anhelando que éstas desaparezcan algún día; sé que cuando yo ordene mi propio caos, saldré de la cola y... vértebra por vértebra subiré, tendré acceso a la zona de polvo de luz y, como lo hicieron mis amigos, podré penetrar en el divino cerebro sideral del Bien y de la Inteligencia cósmica. Éste sigue siendo mi único anhelo: llegar a Dios. En eso pienso cuando barro y en eso sueño cuando duermo.

De todos los oficios

MI PADRE, Anestasio Cimarroja, es un auténtico poblador obsesionado en procrear, desmesura que ha dejado entrever su miedo a la muerte. Poco se sabe de su origen, pero nadie indaga su pasado y todos le rinden pleitesía considerándolo el hombre más imponente de la villa.

Adriano y Dino Fermi se aventuraron a establecer una industria de vidrio y otra de textiles en Peña Blanca, pueblo fantasma de minas agotadas que estuvo por setenta años abandonado. Seguro de que el sitio ofrecería un futuro próspero gracias a la iniciativa de los hermanos italianos, mi padre fue el primero que se instaló aquí aun viendo que al principio fueron pocos los obreros que respondieron al llamado de los industriales.

El ambicioso Cimarroja lleno de fe tomó posesión de los cimientos de la casa mayor en la plaza central, convencido de su derecho a ello por su virilidad y disposición a tener numerosa prole para cooperar con la repoblación del sitio. Prometió educar a sus hijos en diversidad de oficios con la ilusión de convertirse en el patriarca de una familia capaz de dar todos los servicios necesarios a la comunidad.

En cuanto reconstruyó la cocina, el baño y uno de los dieciséis cuartos existentes en la ruinoso casona, se mudó a ella con su hermana Amorosa y con Incesto, el hijo de ambos. Mi padre detestó los nombres del santoral y los apellidos hereditarios; de niño se avergonzó de llamarse Anastasio Campos Ramírez y decidió hacerse nombrar Anestasio. Entonces no tenía mucha imaginación y para cumplir su capricho le bastó cambiarle sólo dos letras a su nombre de pila. No sé en qué se basó para inventar el Cimarroja.

Cuando Amorosa llegó al pueblo venía embarazada y dos meses más tarde parió un niño que por ser el primer nacido entre los pobladores de la apenas reanimada Peña Blanca fue nombrado Fundador. Al poco tiempo mi padre sacó a una mujer del burdelito situado en la encrucijada adyacente a la

estación del ferrocarril. Con ella, Peregrina Mil Pasos, tuvo siete hijas: Afortunada, Yerbanís, Fosca, Matutina, Ardente, Tersa y Hojarasca.

Desde que advirtió que Peregrina sólo servía para parir hembras y con la necesidad de tener hijos varones se fue a recorrer pueblos y llegó con cinco esposas más: Hallazgo le dio once hijos; Falsaria, uno solo; Permanencia, catorce; Matizada, catorce también, y la más pequeña de todas, Vástaga, mi madre, llegó a tener dieciséis hijos de los cuales tres nacieron muertos. Creo que yo no quería nacer porque estuve atravesado en su vientre por varias horas y vine de nalgas al mundo causándole tantos desgarramientos y hemorragias que perdió la vida.

Mi padre no lamentó su muerte, simplemente pensó que al igual que una mina se había agotado y volteó sus ojos hacia otras posibles paridoras. A muchas mujeres del pueblo las hizo sus amantes y las obligó a tomar harto té de prodigiosa, yerba que estimula la fecundidad. Tuvo así en cada barrio no menos de nueve bastardos, identificados como hijos suyos mediante nombres peculiares.

No contento con su prolífera descendencia y a causa de que su actividad sexual disminuía, el viejo garañón viajó a la costa y reapareció con una mujer negra, cargada de ocho niños a los que presentó como hijos suyos. La verdad es que Reforcina quedó viuda y él aprovechó la situación para de golpe y porrazo aumentar la familia evitando el esfuerzo de la procreación y el largo proceso de los embarazos.

Nadie se ha atrevido a criticar su poligamia pues, mientras la mayoría de la gente trabaja como obreros en las fábricas de vidrio y textiles, los Cimarroja desempeñan oficios de gran utilidad, A los primeros hijos los instruyó como albañiles, plomeros, electricistas, canteros, herreros, jardineros y pintores para satisfacer las iniciales urgencias en la reconstrucción de la villa.

A ellos se deben las hermosas remodelaciones. Peña Blanca es famosa por sus fachadas de cantera rosa labrada, por sus calles de adoquín azuloso, sus ventanas biseladas, los coloridos vitrales, el herraje austero de los balcones, los techos artesonados y los azulejos en los patios, bóvedas y cúpulas.

Los jardines de las casas y de los espacios públicos sorprenden por sus densas enredaderas de wistarias lilas y por la abundancia de piracantos en los prados. Las fuentes ostentan diversas figuras zoomorfas y fantásticas; sin embargo, no hubo alguno que se diera a la tarea de restaurar las estatuas del zócalo que representan a los misioneros que hace trescientos años fundaron este pueblo. Carcomidas por el sarro y el excremento de palomas las efigies son imagen del deterioro, acaso el único testimonio de cuando el pueblo abandonado dejó al garete del polvo y vientos a sus fantasmas solitarios. Sólo ellas rememoran el pasado y el transcurrir del tiempo devorante.

Además del don de embellecer la villa, mi padre mucho se preocupó por consolidar todo tipo de servicios. Las hijas de Peregrina por años se han dedicado a la lavandería y planchaduría. Alegoría y Opera atienden los hornos de pan y hacen frutillas cristalizadas en azúcar, dulces de leche y canela, rodajas de amaranto y jaleas de membrillo y zarzamora. Transparencia atiende la limpieza del templo y ayuda a Iconostasio a la manufactura de velas y veladoras; Asterisco es herrero; Saucino cumple como boticario homeópata; Sendero se esmera en la talabartería; Osana, Fósforo y Ceiba trabajan cajas laqueadas en madera aromática; Junco y Margorante son joyeros; Bridón tiene una cuadra de caballos; Orvallo y Almendrada se encargan del criadero de pavos reales blancos y tornasolados; los dos hijos mayores de Reforcina, Piélagos y Mudéjar, atienden el ganado; Constelada es cartomaciana; Malta vende leche y corta el pelo. Perfectina y Mística son bordadoras; Mural e Hipóstilo se afanan en las huertas; Dosel es relojero; Anforita y el feminoide Cardenal visten santos y embalsaman muertos; Rumoroso hace lápidas y Alheña tiene un prostíbulo donde varias de mis hermanas encontraron acomodo.

Así todos, todos trabajan en cuantos oficios hay y quizá por eso y porque no fui motivo de inspiración fue difícil para mi padre encontrarme un quehacer y como no se le ocurrió dónde colocarme creí que mi destino sería la vagancia. Un día que él estaba leyendo un libro sobre los reyes persas decidió que yo tenía que ser eunuco y su particular divertidor. A la mañana siguiente me llevó con Cabalgar y le ordenó que me castrara. Estaba yo por cumplir doce años.

Desde entonces me dedico a la tarea de bufón provocándole carcajadas a mi padre que ya no sabe cómo zafarse del tedio. Harto ya de las mujeres, infecundo y viejo, suele llamarme a su alcoba para efectuar conmigo decadentes juegos sexuales que para mí son más tristes que ofensivos.

Los malabarismos le divierten poco y no contento con haberme despojado de los testículos me mandó a amputar el pie izquierdo y dos dedos de cada mano para divertirse mejor con mi torpeza y las dificultades que paso en la danza. Si bien en mis primeros años tuve el nombre de Orión, ahora me llama Parcial Saltimbanqui.

En extremo me ha sido doloroso soportar sus mofas e ironías y como fuego en el trigal crece mi rencor. Por eso ahora que agoniza y suplica la presencia de todos sus hijos me abstengo de llamarlos, le niego que tumultuosos vengan a rendirle un cálido homenaje a sabiendas de lo importante que para él sería el ritual de la despedida.

En su agonía me empeño en que no tenga reconocimiento por su don de embellecerlo todo ni gratitud de los hijos por haberlos hecho hombres útiles y eficaces. Contemplo su condición de moribundo solitario. Danzo sobre mi único pie y virtuoso en la gesticulación cómica lo conduzco al horror de su última carcajada.

Más que fenicio

NACIÓ comerciante de hueso colorado. Desde pequeño se dedicó a las transacciones sin necesidad de invertir dinero en la compra de mercancías. Vendía palabras, es decir, a cambio de unas monedas enseñaba palabras poco comunes y la gente gustosa pagaba por ello para poder presumir un vocabulario culto. Como en situaciones de apuro muchas de ellas eran inventadas, advertía que no las encontrarían en el diccionario ya que, por tener poderes mágicos y significados ocultos, los herméticos se habían esmerado en mantenerlas fuera del uso popular. También vendió secretos y en ello demostró ser muy virtuoso en la intriga y la traición. A criminales arrepentidos y lacerados por el remordimiento les vendió garantías de estancia en el cielo. Más charlatán que los espiritistas, se las ingenió para venderles fantasmas con el fin de que sus centros tuvieran ciertamente presencias sobrenaturales librándolos así de fingir e idear truculentos simulacros de aparecidos. Astuto en sus ocurrencias, comerció con las más insólitas y a veces intangibles mercancías y, cuando le entregaron las cenizas de su madre, las distribuyó en pequeños y finos envases de perfumería y las vendió como quejel, rímel de alta calidad, cosmético realizado con la experiencia de toda una vida.

Como Eleuterio es muy emotivo, de buenos sentimientos, suele llorar cada vez que encuentra a su paso a una mujer con los ojos sombreados.

Jaculatorias e indulgencias

MARÍA llegó a la casa cuando nació mi hermano el mayor y a él dedicó, con esmero, sus servicios de nana con ese estilo pueblerino tan lleno de arrumacos y consabidas bendiciones. Cuando vine al mundo hizo lo mismo conmigo, duplicó sus tareas sin diferenciarnos como si mi hermano y yo fuéramos un solo cuerpo.

Lo que más recuerdo de ella son aquellos baños en las tardes que tenían el ritmo, el proceso y la calidad sagrada de un ritual. La plácida nana primero abría la llave del agua caliente de la regadera para que el vapor inundara el cuarto de baño. El chorro de agua hirviendo caía en la honda tina de peltre blanco en la que solía poner unas ramas de heliotropo y hojas de lechuga bien envueltas en manta de cielo. Paulatinamente se respiraba un aroma divino. Luego con una jícara vertía agua fría y con el codo comprobaba que la temperatura estuviera confortable al cuerpo y le agregaba un chorrito de alcohol y otro de agua bendita. En ese caldo lenitivo mojaba sus dedos para imprimirnos perfumadas señales de la cruz en la frente y en las plantas de los pies. En medio de aquella neblina olorosa y cálida nos metía juntos a la bañera; decidida, con un ayate nos tallaba la mugre y nos frotaba la cabeza para despojarnos de los malos pensamientos. Se quitaba una horquilla del cabello, la envolvía en algodón y con devoción y escrúpulos nos aseaba las orejas y el prepucio. Bien enjuagados, nos frotaba el cuerpo con una loción preparada por ella misma y suavizaba nuestra piel con aceite de almendras. Envueltos de pies a cabeza en grandes toallones y tendidos en el suelo, nos hacía rodar para que se nos masajearan las vértebras; eso nos provocaba un rico mareo. Después nos dejaba reposar unos minutos mientras ella pronunciaba sus jaculatorias.

Ya encamisonados, nos llevaba a la cama en cuya cabecera siempre había una lechuga abierta, flor del sueño. Cumplíamos con rezar aquello del ángel de mi guarda mi dulce compañía y pronto quedábamos dormidos con el arrullo de sus oraciones en voz baja y con el ruidito que hacían las cuentas

de ámbar de su antiguo rosario. Así María supo crear los elementos virtuales de mi presente nostalgia.

María era muy eficaz y rápida en su trabajo. Despertados temprano, nos lavaba las manos y cara con agua fría y era obligatorio cepillarnos los dientes con bicarbonato. El desayuno consistía en una polla de leche con canela, huevo y oporto dorado, de buen sabor y muy estimulante. Una vez bendecidos y encomendados a Dios, nos acompañaba a la esquina a esperar el camión escolar. A las ocho de la mañana ya había barrido, regado la calle y el jardín, y en cuestión de minutos la casa estaba lista y en orden. A la una de la tarde todo olía a su deliciosa comida que devorábamos al regresar del colegio. Dormíamos la siesta mientras ella daba lustre a los zapatos y planchaba la ropa que por costumbre había lavado de noche. Más tarde, en el jardín nos daba permiso de jugar con los aguacilillos, especies de arañas acuáticas que con sus rápidos movimientos garabatean líneas luminosas en el agua. Nuestra mascota era una salamandra que María nos trajo de su pueblo. Después de cumplir con la tarea, nos complacía con el baño. Todo era regido por un horario y sucedía de manera rutinaria, pero jamás sentimos aburrimiento.

No cabe duda que la flaca de María era una nana excelente, tanto que mi madre por confiarse en ella nos atendía poco. Su silencio y aislamiento no dejaba de preocupar a mis padres que siempre la tacharon de mujer de pocas pulgas. La verdad, María era impenetrable, nunca fue dada a la conversación. Cuando salía a la calle lo hacía temerosa y obligada por necesidad; iba y venía como el rayo sin detenerse a brindar al menos un saludo a quienes se cruzaban con ella.

Lo más inquietante fue que a todos nos prohibió entrar a su cuarto ubicado en la azotea. Misteriosa, abría su puerta dejando un mínimo espacio por donde se escurría como rata vertiginosa y la cerraba de inmediato dando un portazo que se oía en toda la casa al igual que el ruido de sus llaves; tenía ocho cerrojos que ella misma compró y mandó instalar. Mamá pensó que de esa manera cuidaba sus ahorros. Mi hermano y yo echamos vuelo a la imaginación y tuvimos varias teorías al respecto, desde luego todas basadas en que escondía algo amenazante y misterioso. Nuestra gran ilusión era

poder entrar algún día a su cuarto y descubrir cosas fantásticas o algo revelador.

Por las noches, escuchábamos la sonoridad de cuando lavaba la ropa y la sacudía antes de tenderla en los mecates, seguía el impresionante portazo, luego las vueltas de cerrojos y por último sus jaculatorias rezadas entre cantos, gemidos y gritos rogando perdón al Señor de los cielos. Mi madre la regañaba y hasta llegó a suplicarle que rezara en silencio, pero, según ella, a Dios tenía que llamarlo fuerte para que pudiera oír su voz entre tantas otras voces que le clamaban. Afirmaba que sin jaculatorias no hay indulgencias. ¿Qué pecados podía tener esa mujer que llevaba una vida tan rutinaria, sin dar cabida a ninguna otra experiencia que no fueran las de sus faenas domésticas? ¿Podría en su pasado tener alguna culpa nimia o aberrante?

Cuando María llegó a pedir trabajo no presentó ninguna recomendación. Fue aceptada, pero a la semana, para tener alguna base de confianza, mi madre le pidió que la llevara a su pueblo, que más bien era una ranchería enclavada en la sierra. Encontró que sus padres y hermanos eran gente rara o al menos eso le pareció, pues la recibieron amablemente pero sin decir una palabra. Todos sentados frente a ella se limitaron a mirarla con fijeza y cada vez que mamá decía algo le daban a tomar agua fresca de un jarro compartido de boca en boca. Cuando se despidieron, hubo inclinaciones y sonrisas, pero nada se dijo.

En ocasiones la noche era desgarrada por los maullidos infantiloides de una gata siamesa, orgullo de nuestros vecinos y motivo de histeria para mi madre quien le ordenaba a María que hiciera cualquier cosa para callarla. Más aliada que servicial, la nana solía arrojarle cubetas de agua o palomas de pólvora, pero aquella noche de mayo María se puso a gritar jaculatorias, recurso absurdo que en lugar de espantar a la gata resultó inaguantable. Esta situación se repitió varias noches, llamando la atención de mi madre quien subió a la azotea con la intención de matar al animal y correr a María. Mimosa, la siamesa se encontraba dormida en la cornisa contigua y, sin embargo, además de los rezos se oían los maullidos de una gata en celo y éstos provenían del cuarto de servicio. María al escuchar la voz de mi madre y sus estruendosos toquidos, elevó al máximo de volumen sus acostumbradas jaculatorias. No obstante que la puerta parecía a punto de ser

derribada, María se negó a abrir, alegando que nadie tenía derecho de entrar a su habitación privada, mas prometió bajar enseguida para dar una explicación de lo acontecido. Lo dijo temblando de miedo y rabia.

Mamá la esperó en la cocina y a los pocos minutos María bajó con un bulto en los brazos. Era una niña recién nacida que lloriqueaba como gata en brama. “La parí hace nueve días”, dijo con pena, y explicó que pretendía esconderla en el cuarto para siempre. Fue hasta entonces que entendimos porqué María desde hacía unos meses se quejaba tanto de que el agua estaba contaminada y que ya se había llenado de bichos. Nos mostraba aquella panza que le crecía y pensamos que seguramente tenía lombrices, no tanto por el agua, sino por su manía de atragantarse de pan con coca-cola. Ni por un momento se nos ocurrió pensar que estaba embarazada. Se le regañó por no habernos tenido confianza y por no pedirnos ayuda. ¡Dios, cómo fue a parir sola! En vano intentaron saber quién fue el padre y no quedó más que suponer que se trataba del cerrajero, el único hombre que subía a la azotea llamado por la misma María obsesionada en poner chapas.

Mis padres fueron los padrinos del bautizo de la niña y la llamaron Margarita. Obligados por la hostilidad de María, no pudimos tener una relación cálida con ella. Creció aislada en el cuarto, la asoleaba allá arriba en un corral que le regalamos. Muy lejos estaba María de bañarla con las atenciones que nos daba a nosotros, simplemente oíamos el llanto de la niña provocado por el chorro de la manguera. Por insistencia nuestra, de vez en cuando la bajaba a la cocina o a ver algún programa en la televisión.

Margarita era lo que se dice una niña sin ángel, arisca, con un no sé qué retorcido en su mirada. Emitía sonidos guturales desagradables y fue mi madre quien descubrió que era muda. Contra la voluntad de María la llevaron al doctor y éste diagnosticó que la pequeña estaba en perfecta salud física pero que eran evidentes sus trastornos psíquicos. No hubo manera de que María nos permitiera llevarla a terapia. Con ese “si quieren que siga trabajando aquí no se metan con mi hija” anulaba nuestros deseos de propiciarle ayuda y atención médica.

Con el tiempo comencé a criticar a mi madre. Me repugnaba su posición acomodaticia, convenenciera. Era capaz de ignorar a la niña con tal de que la limpieza de su casa continuara como siempre.

Tuve una triste asociación de ideas. Recordé el espanto que sintió mamá cuando descubrió un hongo en el madroño, su árbol preferido. Con gritos y pala en la mano estuvo a punto de destruirlo, pero se detuvo cuando le dijeron que el hongo era comestible y que sobre todo era de buena suerte. Entonces dejó de estar, ser, crecer gracias a la reflexión de que todas las cosas están por alguna razón y si le son molestas a uno pues basta con no verlas. A Margarita la ignoraba al igual que al hongo sin dejar de considerar que su presencia en la casa representaba algún beneficio, el de los servicios de su madre.

Pasaron los años y nos dimos cuenta de que una voz infantil se unía a la inevitable y cotidiana retahíla de jaculatorias de María. Nos alegró saber que la niña había logrado hablar, aunque nunca lo hiciera con nosotros. Yo tenía catorce años cuando Margarita cumplió los once. Se me ocurrió regalarle mi colección de hojas disecadas. Le mostré las diferencias de sus formas y fueron las verticiladas las que más le gustaron y con señas me hizo saber que le parecían cruces: todo lo relacionaba con cosas religiosas. Margarita olía mal, realmente su humor me asqueó y sentí rabia contra María por no cuidar de ella. A mí todavía me preparaba el baño con sus yerbas y me frotaba la espalda. ¿Por qué no lo hacía con su propia hija?

Escuché a mi madre hablando con María, reprendiéndola por negligente. Al hablar de cosas de mujeres lo hacían en voz baja pero esta vez a gritos le dijo que seguramente Margarita ya menstruaba y que no le había enseñado el hábito de asearse. La indiferencia de María fue tal que mi madre con la determinación de “si no la bañas tú lo hago yo” jaló a Margarita al baño venciendo los forcejeos de mi nana. Al desnudarla se impactó al ver que la niña tenía unos cilicios zahiriéndole los senos y los muslos. Una de las piernas le supuraba y era insoportable el hedor de la carne podrida. Las recriminaciones no bastaron para convencer a María de su estúpida crueldad, pues ella intentó en todos los tonos aclarar las santas razones que la motivaban a los diarios sacrificios: “Es hija del pecado y las jaculatorias no bastan para ganar indulgencias”.

Contra la feroz lucha de María por impedirlo, logramos subir a Margarita al coche y la llevamos al hospital del que era director mi tío Bernardo. Entramos a urgencias y en breve mi madre se vio metida en acusaciones de

maltrato de menores. Tuvo que firmar declaraciones comprometedoras y mi tío exigía la presencia de la madre para autorizar una grave operación. De inmediato fuimos a la casa y nos encontramos con que María se había ido. En el ambiente flotaba algo que nos aseguraba que la madre había huido impulsada por el miedo. Su cuarto estaba abierto y todo él era un santuario con las paredes tapizadas de estampas de vírgenes, beatos, mártires y santos, y en manojos colgaban medallas y escapularios de todos tamaños; las repisas estaban llenas de figuras religiosas, flores de papel encerado, veladoras, oraciones y novenas impresas. Los silicios ennegrecidos por el óxido y la sangre estaban sobre el colchón y regadas por todo el suelo brillaban las cuentas de ámbar de su rosario. Esos objetos al ser abandonados parecían haber perdido su valor de sagrado y me hicieron constatar que María había huido sin su Dios a cuestas.

A Margarita le amputaron la pierna derecha y, después de pasar varios meses en el hospital, unas monjas Clarisas le dieron amparo en su convento. Mi madre fue a buscar a María a su pueblo sin encontrarla. Ahí nada sabían de ella y ninguno de los familiares sintió el mínimo interés en la niña. El padre le ofreció a mi madre un jarro con agua fresca y la despidió diciéndole que estaba muy agradecido con Dios por haber puesto a su nieta al cuidado de las monjas.

Mi madre concluyó el episodio con un “eso nos pasa por andar metiendo extraños a la casa” y desde entonces ella misma se encarga de todos los quehaceres domésticos. Mi padre se esmeró en quitarnos los hábitos religiosos con una sentencia que hasta la fecha a mí me provoca ofuscación: “Olvídense de los rezos y de todas las mocherías que les enseñó María; no hay nada peor que tener trato con un Dios mal entendido”. Desde entonces, aunque me esmero en comprender lo que Dios es, ante todos prefiero jugar al hereje.

Con el tiempo nos enteramos de que Margarita no sólo tuvo buen acomodo en el convento de las Clarisas, sino que creció bajo cuidados especiales. De niña participó en el coro infantil y ahora es bien apreciada por ser muy hábil cristalizando frutillas y cocinando mazapanes y dulces de leche. Durante dieciocho años María seguía siendo un misterio sin que nadie nos diera razón de su paradero. Hoy fui a comprar madejas de lana en el mercado de

San Jerónimo y la vi a corta distancia. Sigue igual, no ha envejecido ni una pizca y conserva aquella impenetrable mirada de antaño. Compró manojos de yerbas aromáticas y la vi acomodar en su canasto una docena de lechugas orejonas. Con pasos lentos abandonó el mercado y la seguí sin que me notara hasta que entró al Pesebre del Niño Jesús, una casa de cuna. Cruzó el gran patio y desapareció por una puertecita. Los niños que ahí jugaban no pasaban de los tres años de edad. Me acerqué a la monja que los cuidaba y, tras contarle que la mujer que acababa de cruzar el patio se parecía a la nana de un amigo de infancia, me aclaró que María ya tenía como quince años de vivir ahí y que era la encargada de bañar a los niños más pequeños: “Debería de ver qué bien lo hace; después del baño duermen como lirones”.

Tuve el impulso de hablar con María para informarle de su hija, pero no quise ser yo quien viniera a removerle penas pasadas. La vi bien, al parecer ni las culpas ni el tiempo la han jorobado y se ve tan recia como cuando me tomó por vez primera en sus brazos. Sin ninguna intención de volver ahí, la dejé creando vapores aromáticos, haciendo cruces de alcohol y agua bendita en las plantas de los pies de los huérfanos y depositando bajo las almohadas hojas de lechuga, flor del sueño.

Taciturno

LEONARDO, mi hermano gemelo, parece haber hecho voto de silencio. Sólo con mi madre es capaz de entablar una conversación fluida y larga. Cuando lo obligo a hablarme, lo hace con monosílabos o frases inacabadas dando la sensación de que él mismo es un ser trunco. Ha hecho de su cuarto una cámara aislante y de él, un pez escondido en un charco de luz mortecina. Suele pasar horas sentado frente al espejo, atónito, sin parpadear, no obstante el trémulo resplandor de las velas y la inquietante danza de las sombras. Me enfurece su indiferencia con el mundo y su apatía melancólica. Le grito: ¡Narcisista! Sólo tienes ojos para ti mismo. Afuera el pueblo se muere de hambre y tú, importándote un carajo el dolor ajeno. Tienes como único fin el de languidecer. Siempre leyendo poesía, siempre leyendo a Lorca, ¡puto, eres un puto!

Mi madre acude, me hace señas de silencio, el dedo temblando en su boca, el cuerpo tenso bajo el vestido negro, la angustia en los ojos: “Chist”. Chiscalla y luego para aligerar el ambiente y mostrarle su apoyo se pone a cantar un trozo de Marianita Pineda: “¡Ay que noche tan triste en Granada!”

Los veo, mariposa posada sobre la ternura maternal. Ella se voltea y quedan muy juntos sus labios, apenas asomado el beso reprimido. Él resbala la cabeza por sus senos, por el vientre hasta hundirla entre sus piernas. Hincado refugia su cobardía. Ella canta: “Por el cielo va la luna con un niño de la mano”. Y de la mano lo lleva hasta la mesa, me llama y comienza la rutina de la cena, el vapor de la sopa caliente, el cuchillo que rebana los callados panes y los quesos. Con tono furtivo ella dice: “¡Ay, azafrán de la media noche!” Y Leonardo murmura: “Corre, niña, corre, que ya vienen los gitanos con las cabezas levantadas y los ojos entornados”. Los miro disfrutar su juego poético y exploto: “¡Al diablo con García Lorca! Aquí no hay palabras propias, todos son diálogos de Bernarda Alba, de Yerma, de la soltera esa de Doña Rosita, de... verde que te quiero verde. Y ¿Marx? Les voy a leer a Marx para que se les quite toda esa romantiquería.”

Voy por el libro, paso las hojas en búsqueda de un párrafo idóneo. Mi madre me lo arrebató y lo tira contra la alacena desplomando un tarro. Por el suelo se esparcen las flores secas de anís estrella. Otra cena inconclusa. Leonardo sale huyendo al jardín y ella, ella con fingida tranquilidad, recoge las flores de té y trata de calmarme: “No seas celoso, Horacio, los dos son mis hijos y a los dos los quiero por igual. Son gemelos y Dios me dio doble cariño para llenar sus corazones. ¡Ay, pero son tan diferentes!”

Celos, no. Es esa repulsión de vivir a todas horas con el fantasma de Lorca. Este mirar día con día al Edipo recorriendo la piel de Yocasta y esa sangre exaltada que se le queda quieta a mitad del camino. Es el no aceptar que sea yo la única conciencia que advierte las desgracias que palpitan afuera en las casas del hambre. Ella todo se lo da a él y a mí todo me lo niega. Aquí en casa no puedo reunir a mis compañeros ni para las lecturas ni para urdir los planes del movimiento porque dice que es peligroso, que no debo involucrar a Leonardo en mis agitaciones políticas. Tienen miedo de lo rojo y del grito. Digo la palabra huelga y tal parece que la tierra se abriera y mostrara su infierno, “los diablos comunistas”, “los espíritus nefastos de los rojillos subrepticios”. El cartel de Che Guevara es mirado como si fuera una bomba de tiempo, mis libros los ha forrado con telas de florecillas y el librero está cubierto con una mantilla española. Tan cautos son que no conciben la idea de que un pueblo tenga la necesidad de unir sus harapos para levantarse de la miseria. Aquí, nada de lo que pienso importa, nada.

Entro al cuarto de Leonardo y el ambiente me conmueve. Todo aquí es tan fino, tan ecléctico. A lo largo de la repisa se arrastra el caracol de jardín, domesticado. Es su mascota predilecta a la que llama Taciturno. Ahí va dejando su estela plateada y por todo el cuarto se ven sus trazos. Leonardo suele sostenerlo en un dedo e incluso lo deja reptar por sus muslos, brazos y cara y cuando anda descalzo lo trae en el pie. En la antigua pila bautismal transformada en fuente interior flota un loto y brillan dos pequeños jades, sus tortugas japonesas; se llaman Plácida y Melancólica. Plácida se ha quedado ciega, dos membranas blancas cubren sus ojos. Abro la caja de caoba y veo todas estas hojas de papel de china perfectamente recortadas, hermosos y sutiles calados de arquitectura oriental; hay también un sinnúmero de siluetas de bailarinas, arlequines, aristócratas y tantos seres mitológicos como pegasos, centauros, unicornios, tritones y medusas, todos

ellos recortes de papel con la técnica que practicaban los artesanos en la vieja Alemania. Leonardo se dedica día y noche a estas fragilidades. En algunos sitios, armónicos y estratégicos, cuelgan delicados móviles. En el librero está su colección de caleidoscopios hechos por él mismo, irrepetibles formas de pedacería de cristal, colores danzantes en los trípticos espejos. En la mesa del fondo tiene en orden los frascos de anilinas, la cera e instrumentos con los que hace batiks de diseños asirio-babilónicos. Ha construido un teatrino para sus figurantes hechos de trapo y madera, personajes de “Los títeres de Cachiporra”, del “Sueño de una noche de verano”, de “Teseo y el Minotauro doliente”, tragedia que él mismo escribió. Ahí solo, sin más público que mi madre, con obsesión representa “Edipo Rey” y sobre todo “Yocasta o casi”. Leonardo es un Edipo, un maricón. Así empiezan, primero con amoríos edípicos y luego sus almas femeninas se lanzan a la búsqueda de los machos.

Estoy pensando en todos los posibles significados de estos objetos de su gusto. Él entra al cuarto y no se sorprende al verme aquí. Indiferente se sienta frente a la mesa de trabajo. Enciende la lámpara concentradora de luz y termina de hacer una jaula de bambúes. Dentro de ella, en el delgado travesaño, coloca dos disecados caballitos de mar. Su delicada mano cabe dentro de la jaula y tiene la paciencia de permanecer quieto en espera de que el cemento seque. Silba, ríe y me dice: “Algún día estos hipocampos cantarán como pájaros”.

Leonardo lorqueano, batikero, escenógrafo, manipulador de títeres, constructor de caleidoscopios, linternas y cajas mágicas, metido siempre aquí en el mito y el surrealismo. No dudo de que los hipocampos lleguen a silbar y quizá hasta lleguen a declamarle algunos versitos de Lorca. ¿Cómo salvarlo de tanta enajenación?

Leonardo, le digo, dame la oportunidad de ayudarte. Mañana hay una manifestación y quiero que vengas conmigo. Es necesario que veas cómo son y deben ser los jóvenes de la actualidad: gente de lucha. Quiero que mires la realidad y todo lo que ésta reclama. Compara tu vida con la mía y quizá llegues a entenderme y a unirme con nosotros. Haz la prueba y, si no te convence, tú ganas la batalla y te casas con mi madre o vas y te acuestas con otro puto como tú.

No contesta y me mira avergonzado. Los dos tenemos ganas de soltar el llanto. Él, temeroso y sometido, asiente con un triste movimiento de cabeza. Lamento haber sido tan hiriente, sé cuánto le duelen mis insultos, pero él comprende que en esto no hay mala leche sino un deseo de sacarlo adelante y acabar con su debilidad. Sé que en el fondo él quisiera ser como yo, que le apena no ser militante, conquistador de un ideal perenne. A pesar suyo no ha podido dejar de ser lo que es por culpa de esa alma de soufflé que le suaviza los sentimientos. A mi lado podrá hacerse hombre. Aceptó ya dar el primer paso.

La explanada está llena de estudiantes. Unos jóvenes hablan desde la tribuna, son los líderes de Ciencias Políticas. Miles de voces corean las frases: “Libertad a los presos políticos”, “Cultura y Justicia”, “La tierra es de los campesinos”, “Obreros y estudiantes al poder”. La ira se hilvana, el calor huele a rebeldía y el aire denso es irrespirable. La inmensa masa se mueve agitada al ritmo de los ideales. Leonardo estremecido aprieta mi mano. Un helicóptero vuela a poca altura como el águila que se acerca a su presa. Un proyectil toca la frente de una muchacha y luego otros tantos son disparados, colación asesina que desata el pánico. Los tanques entran a la plaza animando las correrías en fuga. Leonardo atónito contempla sin reaccionar al peligro. Le doy una bofetada. Grita: “México”, y parece que por primera vez descubre el significado de esa palabra. Lo jalo y corremos hacia todos lados entre cuerpos caídos. Una cabeza rueda escalera abajo y va a detenerse en un montón de libros despedazados. Seguro la imaginé, es el miedo rodando de aquí para allá, el miedo de todos, de agredido y agresores. Un muchacho es atravesado con una bayoneta. Entre los alaridos que escucho mi memoria me reporta el eco de un fado portugués, “Solidao”, canto sentimentalísimo que no sé por qué reaparece entre esta sonoridad del horror. Me debilita, me acobarda y me hace llorar. Tengo la pierna caliente, sangra y apenas responde. Corro. Estoy solo; Leonardo se ha caído atrás y está bocabajo. Regreso, lo volteo, tiene los ojos opacos. Grita: “México”. Luego expulsa una bocanada de sangre. Trato de ponerlo en pie, pesa demasiado, lo arrastro, lloro y babeo. Una voz de mujer me dice: “Déjalo, está muerto”. Me jalan y subimos escaleras, la puerta de un departamento se abre y nos brinda mudo refugio. Rompo el silencio con un ;no quiero volver a casa, no quiero sufrir el odio de mi madre! “Chist.” Silencio. Amanece, el sol avanza hasta llegar al cenit y desciende vencido

por las sombras. Un día, otro, otro más siempre en silencio. Se ha agotado lo que había en la alacena y de los grifos no cae una gota de agua. Salimos de uno en uno y el exterior se muestra tranquilo, sin cadáveres ni agresores. Todo en calma. A lo largo de un pasillo una fila de granaderos sentados en el suelo comen arroz y dan la impresión de bestias cansadas, apaleadas por el desgaste del crimen. Todo en calma. El viento es suave, moviliza con lentitud papeles y basurilla como si fueran residuos de una fiesta popular. Todo en calma.

¿Cómo decirle a mi madre que Leonardo ha muerto? ¿Cómo decirle que sus restos, con los de muchos otros, fueron recogidos cual desperdicios y extinguidos en algún crematorio oculto para borrar las huellas del genocidio? ¿Cómo explicarle que todo fue imprevisible y que no soy un fraticida? Jamás lo creerá. Jamás aceptará que se acabó la voz aceitunada de su Leonardo.

Llego a la casa y entro al cuarto de mi hermano. Los hipocampos gritan dentro de su jaula. Taciturno, el caracol ha trazado en las paredes una larga estela de espuma sanguinolenta, se arrastra más despacio que nunca, ahora sube del pecho al cuello de mi madre, cruza por su rostro y se detiene en la frente. Ella, sentada en la mecedora, vestida de negro como ha sido su costumbre, se arrulla y canta: “Por el cielo va la luna con un niño de la mano”. Sé que ni para odio, reclamo o consuelo le importará que yo haya quedado vivo. Nada hay más fuerte que las voces de los hipocampos. La de ella, voz materna, es tenue: “Por el cielo va la luna con un niño de la mano”.

Con los pies en el agua

A SIMONA desde niña le gustó el infierno. El cielo no sería para ella. Hija de prostituta y habituada al mundo de los vicios y de la vida ardiente, había oído decir que el infierno está aquí mismo, en la tierra, donde son muy fuertes los golpes de la vida, por tal razón le parecían naturales las palizas que le propinaba Jesús María, su padre. Mordida por la miseria y escoriada su alma de tanto roce con el sufrimiento, a pesar de todo ella era feliz con su existencia sin entender por qué la gente se conmiseraaba al verla. El hambre, la calle, la mugre fueron los mejores aliados en su infancia y nunca se preocupó por aquellas fiebres y vómitos constantes que la mantenían flaca y pálida. Era más normal vomitar que comer y desconocía la tristeza, aunque para todos ella fuera un personaje triste enmarcado en el inframundo de una ciudad perdida.

Tenía comezón en los pezones y las tetillas empezaban a adquirir volumen. Estaba lista para el trabajo y entró a La Gloria Eres Tú, burdel que fue abierto aprovechando que en el lado más óptimo de la barranca iniciaban la construcción de una unidad que albergaría a trescientas familias de la clase obrera. La mayoría de los clientes que asistían al típico burdelito eran albañiles que trabajaban en la cercana obra y entre ellos estaba Jesús María, el padre de Simona, quien recurría con preferencia a los servicios de su hija. Los demás eran hombres mansos, digamos que de buen corazón, pero con tanto detrimento en sus emociones que con frecuencia cometían actos sin juicio. Simona otorgaba a estos seres el más necesario de los placeres para ellos: la naturalidad del contacto físico sin miramientos.

Aquella mañana de un lunes martirizado por el precio de la cruda y la insolación, Helena subió a los andamios a pedirle a los albañiles un trago que le ofrecieron con asombro. Bonita, rubia, elegante, de apenas quince años, parecía la aparición de un ángel. Realidad era, así lo demostraron sus carcajadas y la manera obscena con que se masturbó frente a ellos. Lógica reacción de instintos en bramadero, los hombres se saciaron en ella

instigados por una demanda de furor y por la miseria de aquella alma que soez y cómica suplicaba ser abatida. No hubo ultraje, pero sí un abuso que minó la resistencia física de Helena. Cuando los albañiles advirtieron que ya no reaccionaba a los violentos estímulos, miedosos bajaron de la estructura y huyeron. Por boca de su padre, Simona se enteró de lo sucedido y fue a la construcción para indagar qué tan dañada estaba esa muchacha desconocida. Se cercioró de que no estaba muerta, pero había perdido el conocimiento. Helena volvió en sí y al mirar a Simona, que muy de cerca la veía con estupor, le escupió en la cara diciéndole que no le quitara a sus hombres. Simona la agarró a bofetadas y las dos, coléricas, se tiraron de golpes y mordidas como si tuvieran un viejo resentimiento. Con sigilo aparecieron tres policías. Como Simona tenía trece años y Helena quince las amenazaron con recluirlas en un reformatorio. Las llevaron a la delegación.

Esta cabrona quiere quitarme a mis machos, gritaba Helena con el rigor de quien reclama algo propio. El juez sonreía incrédulo ante Simona quien, ahogada por sus carcajadas y a pesar de sus esfuerzos, no podía convencerlos de que ella no conocía a aquella mujer. Entre más absurda era la situación, más cómica resultaba y todos cayeron en una crisis de risa colectiva. Después de los exámenes médicos las metieron juntas a un separo con la intención de que al darse un nuevo agarrón soltaran prenda sobre lo que había sucedido. Las dos permanecieron mudas y cuando arreció el frío del amanecer, vencidas por el cansancio, se durmieron abrazadas como si así lo hubieran hecho siempre. Pasaron densas horas ahí sin que ninguna de las dos hiciera una llamada telefónica para pedir ayuda y sin que nadie las reclamara.

En la madrugada del segundo día se presentó a la delegación una mujer fina como alfeñique de pastel de quinceaños. La acompañaba su abogado quien le mostró al juez una fotografía. De inmediato éste ordenó que le llevaran a las muchachas. En cuanto aparecieron, la muñequita de dulce reconoció en Helena a su hija y se lanzó a abrazarla emitiendo gracias a Dios en tono de soprano. Helena dijo que esa pinche vieja no era su madre y que al tipo nunca lo había visto en su vida. Gritó cuantas ofensas se le ocurrieron y comenzó a convulsionarse. Por exigencia del abogado, el médico informó que Helena había sido víctima de una violación y que serían necesarios

otros análisis para saber cuántos intervinieron. El abogado no mostró sorpresa alguna, llamó al juez hacia un rincón, le dio un buen fajo de dinero y le explicó mostrándole papeles que esa chica era hija de un don Alguien. Alarmado por lo que pudiera complicarse en su contra, el juez aseguró que el caso sería investigado a fondo y que capturaría a los culpables. El abogado determinó que todo lo que tenía que hacer era guardar silencio y olvidar el suceso. La madre pusilánime e histérica despotricó en público que su hija siempre ha sido una muchacha rara; de niña tiró a la basura todas sus muñecas y de una mascada roja hizo un diablo al que le amarró una pata de gallo y a causa de ese fetiche se convirtió en el mismo demonio; a los once años le había pedido al jardinero que le quitara la virginidad; tenía la manía de correr desnuda por las calles y sus fugas geográficas eran constantes; y habiéndola internado en una clínica descubrieron que era farmacodependiente. Para justificar su impotencia ante la hija, subrayó que ya nada se podía hacer por ella. El abogado aseguró que se trataba de un caso clínico y con los dedos de la mano hizo la señal de dos y se llevó a la madre y a la hija. El juez se quedó mirando fijamente a Simona quien bien adivinó todas las amenazas y condiciones que ello significaba. El sobornado le dio un billete y la dejó salir.

Del suceso, Simona sólo contaba lo del ataque de risa, cuestión que se había hecho una rutina para desencadenar la carcajada de todas las prostitutas. Lo dramático del pasaje no hizo mella en su consciencia. Lo que para el común de la gente es motivo de angustia, para ella es la maravillosa paz que da el regocijo de pasar por la vida como quien monta desnuda y a pelo un toro agarrado por los cuernos. En el burdel la preocupación principal era mantener la hoguera encendida y eso estaba bien cuidado con las botanas de mariscos, chochitos de cantárida y la leche con yerba alzada que dicen que es de lo más afrodisiaca. Hervidero de clientes llegaban con sus urgencias, monedas y guasas. Mientras la luz se pague, el foco alumbra por igual lo bueno y lo malo, así que la vida transcurría transparente.

Pasados algunos meses Helena regresó a la construcción. Traía los labios reventados y el pelo tusado. Se metió entre los albañiles quienes con todo respeto le dijeron: “Güerita, váyase porque nos va a meter en problemas”. Ella comentó que sólo estaba ahí para tomar el solecito, se sentó en un andamio, peló una naranja y se comió poco a poco los gajos. Se quitó la

blusa y dejó que sus blancos senos se recalentaran con los rayos solares. Era la hora de la comida, así que los hombres agarraron su rumbo. Helena se fue siguiendo a Jesús María hasta La Gloria Eres Tú y al tiempo de la charla y los tragos se puso a conversar con Simona como si la única experiencia que hubieran tenido fuera la de compartir un vaso de agua. Cuando todos estaban envueltos en el vaho del alcohol, una muchacha se acercó a Helena preguntándole: “¿Tú eres la de...?” Y soltó una carcajada multiplicada por todos los presentes. Simona con hipo, risa violenta y lágrimas le advirtió a Helena: “No te quitaré a tus machos, pero deja en paz a Jesús María porque éste sí que es un hombre muy mío, como que es mi padre”. Diciendo esto se fue con su progenitor tras la cortinita para trabajar con quien era el mejor de sus clientes.

Helena se instaló en La Gloria Eres Tú sólo por unos días mientras arreglaba algunas cosas para irse a San Francisco. Aseguró que sus padres no la buscarían porque en realidad lo que querían era deshacerse de ella. Ya estaban cansados de sus fugas y de lo que implicaba pagar ese inspector privado, ocultar ante la sociedad sus locas andanzas e intentar curarla. “Están hartos —dijo con satisfacción—, el agua ya les llegó al cuello mientras a mí el agua apenas empieza a mojarme los pies.” Para darle realce a lo dicho, Helena hizo gárgaras con el ron que estaba bebiendo, se quitó un zapato y mojó los dedos de sus pies en un charco de cerveza que se había derramado en el suelo.

Una tarde en que se hizo sentir el hastío, Helena le contó a Simona que desde los once años empezó a andar con hombres y que tenía la urgencia de lo que los médicos llaman “coito tumultuario”; sí, necesitaba hacerlo con varios a la vez. No había horror ni complacencia en ello porque después del acto no recordaba nada, no podía explicar cuál era la razón, pero sin que hubiera un motivo volvía a sentir ese apetito más fuerte que ella misma. Sus padres la calificaban de enferma, vivían temerosos de lo que pudiera hacer y la mantenían encerrada en su casa. Siempre lograba escapar y ellos recurrieron a internarla en clínicas privadas. Incluso la metieron en un retiro atendido por psicólogos y filósofos donde se trabaja la personalidad con base en la razón y la ética. Mamadas, según ella, que le sirvieron para darse cuenta de los esfuerzos que hacen la mayoría de las personas por vivir en caminos bien diseñados que les garanticen no andar perdidas. Ella se las

ingenió para salirse de la bendita caravana y anduvo por cuanto sendero retorcido encontró. Helena hizo hincapié en que no buscaba nada en especial y que si andaba al garete era porque se odiaría a sí misma si su madre le ganara la batalla. No estaba dispuesta a ser una elegante Barbie protegida por el dinero y las bendiciones de Dios, sumisa y arreada hacia su luminoso camino.

Hace dos años, cuando la mandaron a San Francisco a estudiar idiomas, Helena conoció el mundo de la droga. No podría ya sentarse en la moralina y en el miedo cuando a su alcance estaban los buenos y los malos viajes de los estimulantes. La ventaja de reventarse estriba en que no importa perder las piezas del rompecabezas. Los vacíos son bienvenidos. Lo molesto de la realidad es que para entrar o salir de un lugar a otro siempre hay que cruzar una puerta y todo umbral es tirano porque pone límites; en cambio en el mundo de la droga simplemente se está en todas partes. Simona no entendía bien a Helena, tenía una manera de hablar poco clara, pero la sentía superior no sólo porque fuera más alta y rubia sino por su falta de miedo. A Simona le gustaba su propia vida, pero a veces quería irse, conocer el mundo como lo había hecho su madre quien la abandonó dos años atrás diciéndole: “Me voy porque hay cosas mejores que este mundillo y cuando tenga en mis manos lo que ando buscando vendré por ti”. A Simona le inquietaba aquella promesa, pero todas las muchachas se encargaban de deshacerle toda esperanza y el mismo Jesús María le dijo que no había razón para esperar a su madre, que ella también se iría algún día y que lo mejor era ir pensando en los rumbos que tomaría. Nadie se opuso cuando Simona decidió irse con Helena. Jesús María la vio alejarse como el polen que es llevado en las patas de una abeja.

Se instalaron unos días en la casa de Horacio, un primo lejano del padre de Helena. Hombre viejo y homosexual, anticuario, crítico de arte y coleccionista de pianos. La casona se encontraba en una colonia que fue residencial a finales del siglo XIX, era de tres pisos, con muchos cuartos todos repletos de antigüedades, con escaleras y terrazas que le daban semejanza con un pequeño palacio. El gran jardín estaba semiabandonado y el yerbajo y la hojarasca se esmeraban en difundir su melancolía. Más allá del kiosco de cúpula de cobre se alcanzaba a ver otra construcción que era bellísima de noche cuando se iluminaban los vitrales bizantinos. Parecía

una iglesia y ahí vivía Boris, un muchacho de descendencia polaca, amante de Horacio y del que se decía que era tan bello como insociable y extraño en sus costumbres.

Helena y Simona se albergaron en el cuarto de Rogelio, uno de los protegidos de Horacio, el buen anfitrión. Él era un escultor convaleciente de tuberculosis que trabajaba contra la desgracia preparando una exposición que llevaría a Bélgica. Los esporádicos residentes de la casona se veían obligados a posar para él en el mejor de sus proyectos, Barca de Creonte, en la que eran trasladados personajes, unos angelicales y otros satánicos, unidos por el abrazo colectivo de quienes temen su viaje a la muerte. Durante muchas horas las muchachas tuvieron que quedarse desnudas, abrazadas e inmóviles ante el escultor que plasmaba sus cuerpos con lentitud. También, en la sala principal, compartían buen tiempo con los invitados quienes entre consumo de alcohol y drogas sabían crear fiestas que eran espectaculares. A Simona se le reveló un mundo que despertó en ella muchas inquietudes y, por vez primera, ahí, ante la confluencia de artistas y gente tan rara y fascinante, sintió la angustia de querer ser alguien.

Pasaron varias semanas y Simona no dejó de sorprenderse ante la rapidez con que los pintores hacían bosquejos atrapando cuanto rostro llegaba a la casa de Horacio. Actores con donaire montaban ahí una obra y se quedaban con sus trajes y máscaras puestos aún después del ensayo para improvisar escenas lúbricas. Se divirtió mucho la noche en que llegaron unos acróbatas y le enseñaron algunos ejercicios al descubrir que tenía un cuerpo de gran flexibilidad, tanta que pudo andar como araña con la cabeza entre las piernas mirando hacia atrás. Poco a poco pudo participar en los juegos, esos del cadáver delicioso y ¿quién es el asesino?, mostrando tal agilidad de mente que Horacio la premió con un caftán de hermosa tela estampada. Por naturaleza propia era prudente y nunca se atrevió a sonar las teclas de todos esos pianos que adivinaba que eran sagrados. Ese mundo comenzó a no serle ajeno.

Para asombro de todos, una noche Boris se presentó a la fiesta. Su imagen impositiva hizo que el gozoso vocerío cesara de golpe. Con gestos imperiales, el adamado Boris se paseó entre las visitas haciendo reverencias ante sus miradas complacidas por su belleza. Se quitó la bata de seda color

marfil, desnudo se sentó ante un Steinway de cola y virtuoso tocó un adagio, notas de bajos profundos de su propia inspiración. La atención silenciosa de la concurrencia fue prolongada aun cuando él, durante varios minutos, jugueteó tocando una sola nota, el do de la octava más grave. Luego agarró unos crócalos que fue sonando al oído de los hombres, se puso a dar de giros y a soltar deliciosas carcajadas. Gritó: “Brindemos nuestros placeres a Wagner”. Convocados con ese júbilo, los bohemios se dieron a la algarabía incrementando excéntricas manifestaciones de inteligencia. Generosamente comenzó a circular la cocaína, el polvo alineado sobre un cristal que cubría una fotografía de Boris; en su imagen desnuda se apreciaba su mano cortándose una tetilla con una navaja toledana y, apenas visibles, le escurrían desde el pecho al vientre unas gotas de sangre. Las ávidas fosas nasales de los consumidores simulaban olfatear el aroma del medido autosacrificio.

Simona se sentía flotando en un lago de agua magenta y efervescente. No podía explicarlo, pero algo se estiraba dentro de la médula y sus huesos parecían pegar de gritos. “Te cruzaste —le dijo Helena—, así se siente cuando combinas alcohol con mariguana y coca.” Helena se dejaba caer con placidez en su propio abismo, pero de pronto, con las narices reseca y polvoreadas de cocaína, los ojos como cortados por minúsculos vidrios y una saliva espesa que le reventaba los labios, gimió como si le estuvieran desgarrando la garganta y entonces se desnudó y comenzó a llamar a los hombres para que hicieran uso de ella. “Todos a la vez”, gritaba, y tres de los actores, como hambrientos a los que se les echa un pedazo de carne, se arrojaron voluptuosos sobre su cuerpo. El arrebató fue contemplado al igual que se disfruta una llovizna tras la ventana.

Helena, como solía sucederle, perdió el conocimiento durante unos minutos, lapso en que Boris la miró fijamente fotografiando en su memoria esa apariencia de cisne lánguido. En cuanto Helena volvió en sí, él husmeó alrededor de su cuerpo, se hincó, la abrazó susurrándole al oído: “Eres divina y sé que quieres más. Yo te voy a dar algo más”. Ayudándola a recuperarse, la paseó entre los convidados. Su mirada tenía el brillo de lo selectivo y entre todos eligió a Simona y a dos jovencitas, Marcia y Josefa, pidiéndoles cordialmente que lo acompañaran a disfrutar otro paraíso, el de su habitación privada. En vano Horacio intervino para que desistiera de su

propósito y, a pesar de haber dejado notar en su súplica un temor indefinible que por sí solo ya era una advertencia, las cuatro mujeres se dejaron llevar por Boris, cruzaron el jardín y entraron en su aposento.

La sala era amplia, sin muebles y alfombrada de armiño blanco, bañado con los coloridos reflejos de los vitrales fuertemente iluminados por luces exteriores. Había unos enormes cojines de pluma de ganso forrados de tafetán. Resplandecía un espejo de agua en cuyo centro había un enorme bloque de hielo asentado en un bajo pedestal de ónix. Tres mujeres adolescentes, aletargadas, fumaban opio. Cuatro damajuanas, de cuerpos atléticos y rostros bien modelados en cirugía, practicaban esgrima. Ellos tiraron los floretes y jocosos dieron la bienvenida a las recién llegadas y le palmotearon la espalda a Boris en señal de que reconocían su buena elección. Sentados sobre el suave armiño disfrutaron de unos tragos y hablaron de naderías. Helena le quitó la chinesca y antigua pipa de agua a una de las niñas y se disponía a fumar opio cuando Boris la sedujo a algo mejor, un jeringazo de heroína. Marcia, Josefa y Simona también recibieron una dosis de la misma sustancia. El fuego y una felicidad impetuosa corrieron por sus venas. Fue entonces cuando Simona advirtió que había alguien más en la sala, era otro damajuán que cohabitaba con una muchacha vestida con una túnica color azul cobalto.

Boris hizo unas piruetas de arlequín, tocó una flauta dulce y anunció que comenzaba el juego. Se sentaron en rueda y al centro puso una pistola cargada con una bala, girado el cargador al azar, dispuesta el arma al angustiante juego de la ruleta rusa. Junto con la euforia, Simona sintió un miedo instintivo que la movió a negarse a participar, pero Boris le dijo que más le valía retar a la suerte porque al menos, si tenía buen Ángel de la Guarda, podría quedar con vida como lo estaban las fumadoras de opio; por lo contrario, si se abstenía de jugar, entonces él la mataría. Dijo esto acercándole a la frente el cañón de otra pistola. Helena la regañó: “Aquí hay que estar dispuestas a todo reluciendo las agallas. No temas, apenas el agua nos moja los pies”. Simona pensó que se trataba de un teatro macabro, alegoría excéntrica para templarle los nervios. Tomó la pistola y jaló el gatillo. Silencio y ausencia de balazo, luego las risotadas de los damajuanas rompieron la tensión del ambiente y la flauta de Boris los transportó a la Edad Media.

Drogados con mezclas de estupefacientes, no advirtieron la medida del tiempo transcurrido. Marcia había estado golpeteando en un tamborcillo un ritmo afrocubano, a la vez que Josefa, hincada, balanceaba su cuerpo y emulaba latigazos con su negra cabellera. Helena le lamía los pies a Boris, quien por momentos gozaba de ello y a veces la esquivaba pateándole el rostro. Los damajuanes se dedicaron a esculpir un falo en el bloque de hielo. Simona, ensimismada, peinaba la alfombra con un cepillito de cejas que nunca supo cómo llegó a sus manos. Un alarido llamó la atención de todos. Sobre el cuerpo de la joven vestida de azul, arqueado y con los ojos entornados, el otro damajuán había por fin conseguido su caótico orgasmo. Apenas salió del éxtasis miró en su derredor, se desprendió del cuerpo de la muchacha y la arrastró hasta el círculo. Con aversión, las cuatro invitadas de Boris advirtieron que la de azul estaba muerta de un tiro en la sien.

“Hermosa Josefa, es tu turno —dijo Boris con la voz apretada por la emoción— y tienes tres alternativas: morir por tu propia mano, morir a causa de un disparo mío o sobrevivir coronada por la buena fortuna.” Le puso la pistola en la mano y se la empuñó directa a la sien, se retiró suavemente en espera del fallo de la suerte. Marcia intentó arrebatarse la pistola y a pesar de sus forcejeos fue paralizada por los brazos de un damajuán. Simona reaccionó con su acostumbrado ataque de risa. Se escuchó el ruidito del gatillo y, a salvo, Josefa se persignó y besó el cañón de la pistola. Siguió el turno de Marcia que incapaz de darse un tiro suplicaba que la mataran. Obligada tuvo que jalar el gatillo y también permaneció ilesa. Llegó el momento para Helena quien sin piedad alguna se metió la pistola en la boca. Boris ordenó a gritos que se apuntara en la sien derecha y así lo hizo sin que se disparara bala alguna. Con mofa y como si alentara a un grupo de niñas que aspiraran a un premio, el más sangrigrordo de los damajuanes vociferó: “Boris tiene la suerte de que al girar el cargador sabe dónde queda la bala y así mantiene el suspenso cuantas horas desee”.

El tedio es el peor de los males pues aparece aun cuando se está en peligro de muerte. La atmósfera estaba saturada de ese olor a sudor agrio de tanta descarga de adrenalina, los cuerpos femeninos se veían lacios y no había ya más brío en las mentes. En forma mecánica pasaba la pistola de una a otra mano, y de tiempo en tiempo Boris hacía girar el cargador. Las fumadoras

de opio cayeron en un sueño profundo y no eran más que la presencia de la ausencia. Todo parecía ser una truculenta farsa a no ser por el cadáver de la mujer vestida de azul.

La muerte no significaba más que un insoportable retardo. Un disparo reanimó la angustia. Helena cayó muerta ejecutada por su propia mala ventura. Su cuerpo rodó hacia el semiderretido falo de hielo y sus pies se hundieron en el espejo de agua. Las tristes invitadas no tenían recursos para reaccionar y se abismaron en el declive causado por tanto estupefaciente ingerido. Ante la mirada casi indiferente de Boris, los damajuanas, por turnos, fornicaron con Helena quien ya sin vida fue sacudida por las demandas orgásmicas de los violentos adamados. Simona despertó en una clínica. La encontraron golpeada y tirada en un parque y las heridas eran tan brutales que seguramente sus agresores creyeron haberla matado. Ella, aferrada en no recordar lo sucedido, nada pudo decir a los agentes judiciales. Se entregó a un autismo que los movió a la compasión y apenas restablecida la instalaron en un albergue de reintegración juvenil donde no mostró conocimiento de su identidad. El silencio fue su única defensa. Después de seis meses logró escapar y volvió a La Gloria Eres Tú. Le comentó a las muchachas que la había pasado más o menos bien. Aclaró que las cicatrices que tenía en el cuerpo se las había hecho Helena cuando pelearon por un hombre y que realmente todo había sido muy aburrido. Pidió que la dejaran descansar esa noche. En la azotea, iluminada por el plenilunio y entre las sábanas ondulantes del tendedero, se sentó con los pies hundidos en una palangana llena de agua. En su mente latía el recuerdo de Helena y la imagen del inmenso falo de hielo que se diluía para no dejar vestigio de su misterio y de su crimen.

Ese maldito animal

NO HABÍA manera de quitarle a Germán esa obsesión de llevar animales a su casa. En su cuarto de infancia siempre tuvo frascos donde albergaba todo tipo de alimañas, mismas que le duraban sólo el tiempo en que Rebeca, su madre, se tardaba en descubrirlas. La aterrada mujer le pedía auxilio al velador para que las matara y cuando se trataba de gatos que mandaba arrojar lejos de la colonia, como siempre volvían a casa, terminaba por suplicarle a la sirvienta que los metiera en una funda y ahogara en el tinaco.

Cuanto más crecía Germán, mayor era el número de animales hospedados ahí. Esa casa había dejado de ser un hogar para convertirse en un zoológico sin planeación ni orden alguno. Especies bien comunes o raras convivían imponiendo sus individuales realezas, dando rienda suelta a sus propios instintos. En ocasiones se confraternaban de una manera asombrosa: Pancha, una perra, amamantó a siete gatos; la rata Gertrudis dormía en el nido de Úrsulo, un halcón; Benito, el tlacuache, adoptó cariñosamente a Celia, una gallina de Guinea, buena ponedora; Eduardo II, el puma, mantenía relaciones casi filiales con Paganini, el tejón. No se podía negar que muchos de los animales eran entre sí más corteses que las personas, pero la mayoría se devoraban unos a otros y era insoportable la alharaca que hacían durante sus fieras peleas. Lo peor es que Germán ha tenido el hábito de enterrar a sus animales en el jardín y Rebeca vive prácticamente sobre un cementerio, soportando la peste cuando la hiena por las noches desentierra los cadáveres.

Quiso la voluntad del poco misericordioso Dios que Rebeca permaneciera viuda y, ya sesentona, culpa a Germán de que ningún hombre se atrevió a acercarse a su vida a causa del animalerío casero. Era lógico que nadie quisiera cortejarla si toda ella olía a caca de animalejos emplumados, mierda de cerdos y orín de zorrillo.

La apesadumbrada Rebeca emprendió un largo viaje para ir a ver a la virgen de Chichicuija. Pasó veintidós horas en camión de segunda clase y nueve horas montada en mula hasta el tremedal de donde, a pie, tuvo que rodear los pantanos con el Jesús en la boca cada vez que se atascaba en las charcas; con dolores reumáticos de tanta humedad sufrida, descansó unas horas en el despeñadero y de ahí trepó por los taludes de lajas cortantes hasta la cumbre donde se asienta la capilla. Llegó con los pies llagados y con los pulmones a punto de reventarse, pero llegó. Con vanidad de heroína por haber logrado semejante trayecto, le suplicó a la virgen que hiciera el milagro de impedir que Germán metiera más animales a su casa. Quejumbrosa, Rebeca le platicó a la virgencita todas las desgracias que le causaban las mascotas de su hijo: el drenaje se había tapado con tantos sapos y salamandras que ella había echado en la taza del baño; el agua salió pestilente por eso de los gatos ahogados en el tinaco y le causó una tifoidea de la que se salvó por gracia de Dios; amanecía calenturienta, con pústulas provocadas por los mordiscos de las tarántulas llamadas “preciosas” que su hijo trajo del desierto de San Luis; Netzahualcóyotl, uno de los perros lampiños, la mordió y le tuvieron que poner cuarenta inyecciones en el ombligo; el pastel que tenía que llevarle a su ahijada salió del horno decorado con Josefina, una zarigüeya; Tomasito, el murciélago, tenía preferencia por colgarse de la cabecera de su cama de latón y le arrojaba guano sobre las sábanas; la changa chiquimulteca, la tal Bonifacia que estaba enamorada de su hijo, presa de celos trató de asfixiarla enredándole la cola al cuello; se tropezaba constantemente con Ruperta, la boa; a los coralillos los partió en rodajas y fue espantoso ver que no se morían y por dondequiera se retorcían los pedazos. Y para colmo, Sarita, la hiena, se burlaba de ella todo el tiempo.

Sus congojas eran tantas que necesitaba la ayuda del cielo porque por más que mataba animales éstos se reproducían con feracidad y además llegaban otros nuevos a saturar el zoológico casero. Los remordimientos no la dejaban en paz y aspiraba al perdón por haber matado tantas criaturitas de Dios. Sobre todo, lo que pedía Rebeca era iluminación para su hijo, que fuera curado de tal obsesión. Germancito ya tenía cuarenta años y enajenado en el cuidado de su animalerío ni por casualidad se le había ocurrido casarse. El muchacho parecía no necesitar del calor humano y con despreocupación de sí mismo se había convertido en un maloliente obeso,

además era alarmante cierta animalidad en sus modales. La madre le pidió encarecidamente a la virgen que dotara a su hijo de una mayor inteligencia para que pudiera interesarse en cosas más útiles, que le abriera el camino del amor y lo condujera a ser un hombre de provecho. Rebeca ponía su confianza en la virgen de Chichicuija, la más milagrosa de todas las advocaciones de María. Prometió, si atendía a sus ruegos, tejerle un manto en hilo de plata bordado con chaquiras negras y granates.

Cuando Rebeca llegó a su casa, Germán tenía una nueva mascota que trajo del desierto de San Luis y a la que le dio el nombre de Hilaria. Al toparse con ella, Rebeca lanzó un grito espeluznante. Nunca había visto un animal tan feo. Tenía un pelambre grisáceo y largo, unos ojillos rasgados que aseguraban traiciones por venir. Al caminar le crujían los huesos, se le arqueaba el espinazo y despedía un olorcito a cacahuete asado combinado con vinagre. Su cuello era largo y lo extendía y lo encogía como lo hacen las tortugas y tenía la respiración de un toro en brama. Difícil le era saber de qué raza o de cuál especie era ese animal, pero lo peor de todo es que era hembra y eso representaba una amenaza de reproducción.

La bestia Hilaria se quedó en la cocina al cuidado de Rebeca mientras Germán salió a comprarle algún alimento especial. Se echó ahí en el suelo, aparentemente mansa; una secreción ligera le escurrió por las fosas nasales y los ojillos acuosos comenzaron a ser tan expresivos como si intentara decir algo importante. A Rebeca le causó lástima y le tiró un plátano, pero al ver cómo lo devoraba con su hocico enjuto y al advertir lo amarillento de sus colmillos volvió a parecerle repugnante. No estaba dispuesta a convivir con ese maldito animal y decidió matarlo. Primero le untó hartos limón y sal de grano para ver si se deshacía como los tlaconetes; esa refriega no sirvió ni para removerle la mugre, así que lo agarró a palos y como se escabulló pegando de alaridos tuvo que echarle una red encima. Atrapado, con los ojos cocidos por el limón y la sal y sin defensas, fue bañado con gasolina. Con rapidez, Rebeca le prendió fuego, orgullosa de esa táctica que era infalible. Solemne observó al animal en llamas y descubrió que, a pesar de su semejanza con los monos araña, ese repugnante mamífero era un ejemplar de la especie humana. Perturbada por su fobia a los animales que hasta en los sueños se le aparecían híbridos y monstruosos, no pudo

distinguir a su semejante. Había incendiado a una mujer, una muchacha que era el primer amor de su hijo adorado.

El montón

RODÓ la canica por tierra, cruzó el círculo trazado con una vara, pasó de largo sin caer en el hoyo. Al hincarme se me rompieron los pantalones a la altura de la rodilla. ¡Pelas! Ya me debes tres canicas. Me preguntó qué quiero ser cuando llegue a grande. Encarcelado, le dije. Me corrigió: carcelero. No, encarcelado, reafirmé; pienso matar al cabrón de mi padre.

Se me quitaron las ganas de seguir jugando. No tenía caso decir mis cosas. Me arrepentí de haberle contado al Grillo que yo quería matar a mi padre. Por fortuna tiene tan mala memoria que pronto lo habrá olvidado.

En la refresquería junté muchas corcholatas, me las eché a los bolsillos y me puse a correr para oír su ruido, de esa manera ya no escuchaba las voces que traigo siempre en la cabeza. Sentí cómo se me hacía de noche porque el hambre me crecía oscura, ese dolorcito de siempre que revierte en mi boca un sabor agrio. Me fui para la casa. A la entrada de la vecindad la Márgara mataba ratas con un palo. La vieja como no puede dormir se pasa las noches acosando roedores, por eso el cabrón le puso de apodo La Gata, y como tiene la piel grisácea, los ojos amarillos y sólo come pan remojado con leche, pues la verdad el mote le queda muy bien.

Entré al cuarto y vi las mismas cosas de siempre. Para cualquiera todo eso estaba en desorden, y no, cada cosa ocupaba su lugar: los trastos en la estufa y en la mesa. En el rincón, izquierda al fondo, la bacinica. Medicinas, veladoras y papelitos en la repisa. Los quintos de cobre encajados en la rendija de la ventana. Las toallas deshilachadas colgadas en los clavos de la pared derecha; ahí junto, la chamarra de pana roja del cabrón, empolvándose desde que consiguió la de cuero. En la alacena los kilos de frijoles, la manteca, la sal, el café y el piloncillo. Ahí la estampita de san Judas Tadeo y un vaso con yerbas espantaespíritus: epazote y albahaca. En los rincones líos de ropa, el costal de carbón, la lata de petróleo...

Ya era de noche. Todos mis hermanos dormían menos la Jacinta, ella le sobaba la espalda a mi mamá. Me serví un plato de frijoles y me los comí lentamente haciéndome a la idea de que estoy educado (mi bonito juego fantasioso) muy por encima del dolor que produce el hambre. Contuve el gesto animal y lo hice así, despacio, como si comer no fuera nutrirse sino desmayarse. Estuve de espaldas para no verlos, luego me viré y los vi: ahí estaban en el suelo, amontonados como cadáveres envueltos en trapos, una mancha color mugre, los miembros confundidos, entrelazados o desparramados, una pierna encima de aquel brazo, unas espaldas, una mano como sola en aquella esquina, tres madejas de cabellos, y una cabeza muy visible, la de Juanito con la boca abierta. Así son mis hermanos todas las noches: un mundo sucio y sofocado, seres en fragmentos sumergidos en una pesadilla, algo hediondo, espeso y ronco.

Lupita estaba acostada en la cama, la única cama. Bien envuelta, medía apenas medio metro. Sus cabellos brillaban mojados de sudor, embarrados sobre el rostro. Cualquiera diría que un gran miedo la había empapado. Tenía calentura y esa enfermedad a cuestras durante varios días, un mal desconocido; ni siquiera la habíamos llevado al doctor para que él nos dijera el nombre del daño y cómo curarla. Ahí estaba, balbuceante, se enflaquecía. Yo podía oír ese ruidito de las carnes cuando se enjutan, tan parecido al de las cosas inútiles arrumbadas en el basurero, vulnerables al perder su color, crujiente. A eso sonaba Lupita.

Jacinta con su mensaje apretaba la carne cansada de mamá y cabeceaba de sueño. Mi mamá le dijo que se fuera a dormir. Se echó ahí, entre los otros. La estructura de los cuerpos se hizo inmensa, tan quietos todos en la desgracia de ser pobres. Sin embargo, algo se movía, yo podía saberlo y sentirlo: el hervidero de chinches y piojos, esa crueldad de puntitos miles sustractores de sangre; vivir y dormir con la plaga como única posesión.

Mamá y yo nos pusimos a platicar de cosas que nos parecían bonitas, que si el rosal de doña Amada se había logrado, que si a Josefina la tuerta le habían traído un niño Dios a vestirlo y las telas eran muy finas, que la niña de Remedios siempre no se llegó a morir y ahora hasta sonreía, que la abuelita de la Petra pintó su silla de blanco, que esto, que aquello, todo lo

decíamos con un entusiasmo sacado de los huesos, mientras ella alisaba la ropa con plancha de carbón.

De vez en vez mamá se apretaba el vientre y disfrazaba una mueca. Ya duérmete, me decía. Yo no dejaba de hablar. No terminaba de planchar la ropa cuando le comenzaron los dolores de parto. Fijé los ojos ahí, en ese globo de angustia que se inflaba y desinflaba; adentro un nuevo hermanito entre agua y sangre, en giro e impulso, separando huesos, abriendo camino.

Así como estaba agarró un hato de ropa de niño y se dispuso a salir. Voy con usted, mamá. Deja, eso es cosa de mujeres, duérmete. El sueño se me había ido muy lejos, sentía ese mismo miedo de todas las veces, esa mano adentro que me apretaba las tripas, unos ojos en el estómago mirando circularmente, tratando de comprender el misterio del nacimiento y de la muerte, y luego, ese odio inmenso, explosivo hacia el cabrón de mi padre.

Como se fue sin dejarme acompañarla, desperté a la Jacinta y la hice ir tras de ella. Me quedé ahí, con la mirada vaga. Lupita lloró con unos gritos zumbantes, los ojos en blanco, la boca grotesca, abierta en fundamental desesperación. Temí que se fuera a morir, sus carnes crujían, su llanto cada vez más atormentado, exacto al de las arañas, pero con volumen. Las arañas lloran en forma horripilante, tan quedito que los hombres no las oyen, sólo algunos como yo y Bernardo el pajarero. Es insoportable y lastimoso, sobre todo cuando lloran de amor y desesperadas se comen su propia tela de araña dejando boquetes para asomarse por ellos en soledad. Lupita lloraba como araña, traté de calmarla, me acosté con ella y la abracé muy fuerte; me humedeció.

Oí el ruido del barandal, los pasos y la voz aguardentosa del cabrón. Debí de haberme quitado de la cama, pero no lo hice. Algo me paralizó, era la rabia, el dolor, el susto, todo junto. De un golpe abrió la puerta. Lo primero que asomó fue su barriga desparramada. Me jaló de la cama y me tiró al montón. Quiso hacer lo mismo con Lupita, traté de impedirlo diciéndole que estaba muy enferma. Me contestó que a él eso le importaba un carajo, que la cama era suya, toda para él, para el Papi, para el Rey, y también la botó al suelo. Soñolienta y febril se arrastró como rata escuálida, se pegó a los otros cuerpos y dejó de llorar. Nunca lloraba cuando él estaba en casa, no le daba la gana soltar lo único que podía expresar: llanto.

Él comenzó con sus gritos de todas las noches. Antoniaaaaa...Y ese vente pa'la cama, vieja, me reventó los callos y la costra de la herida. Apenas me salió voz para decirle mamá se fue con la partera, ya está naciendo otro niño. Soltó una carcajada gruesa que fue a estrellarse contra el techo. En intervalos reía y canturreaba. Se quedó dormido.

Yo era lo único enteramente vivo entre el montón de fatigados, alerta en medio de toda aquella respiración múltiple, absorbiendo un aire sucio que había ya pasado por todos los pulmones. La luz movediza de las veladoras manchaba de amarillo los andrajos y los pedazos descubiertos de cuerpos oscuros. Jalé un viejo periódico y me puse a leerlo. Mi ánimo se fue alterando con los encabezados; con cada letra sobre el crimen, un estallido de sangre; muertos que cruzan el umbral destrozados, asesinos cuya sustancia es la locura satisfecha: “Mató a su amante a hachazos”, “37 puñaladas le dio el hijo diabólico a su padre porque no le quiso dar diez pesos”, “La descuartizada de Tlalnepantla”, “Lo estranguló y lo guardó en el ropero”. Se me confundieron todas las imágenes, aparecían, rebotaban, se disolvían y volvían a ser, concentrándose unas, esfumándose otras. La verdad, el sueño, las imágenes de las noticias, la memoria obstinada, vivos y presentes los recuerdos: mamá lava la ropa, el cabrón ronca; el vidrio encajado en el pie mugroso de Roberto, el cabrón arroja un escupitajo; Jacinta se baña a cubetadas ahí tras la cortina, el cabrón la perturba, le pellizca los pezones y la acosa, ella corre desnuda, chorreando agua y miedo por toda la casa, huye, cruza la vecindad y se refugia en el cuarto de la tamalera; la chamarra roja del cabrón colgada siempre; las várices de mamá a punto de reventar; las borracheras, la caída del cabrón sobre la olla de los frijoles, su espalda ardida, pequeñas manos y bocas de todos recogiendo los frijoles del suelo para comerlos, los sacos con los pedazos del cadáver descuartizado fueron hallados en el río de aguas negras; mamá toda golpeada, el agua hervida con su chorrito de alcohol, Malena curándola del aborto provocado por la golpiza, los trapos sanguinolentos; un niño nuevo siempre en casa; las bocas gritando, hoyos de hambre; después de matarlo lo descuartizó, lo empaquetó y lo envió por ferrocarril a diferentes provincias; el cabrón revolcándose con mi madre a la fuerza; Consuelo expulsando lombrices; mis hermanitos dando giros y frotándose la ropa cuando escuchaban el silbato del afilador para que entrara dinero y suerte a

la casa; la barriga del cabrón en primer término; mi madre con las piernas vendadas.

Algo se me reventó adentro, algo agitado entre las paredes de mi carne. Agarré las tijeras, me deslicé hasta el cabrón y se las encajé con furia. Gritó... Corrí hacia afuera, nunca mis pasos habían sido tan veloces, en las palmas de mis pies el tiempo intrépido me empujó hacia la partera. Balbuceos y gritos, obligado a disminuir la avanzada en cada esquina. Continué con aquella carrera cada vez más rápido y grité con mayor fuerza: se acabó, mamacita, ya acabé con el cabrón de mi padre. Lo acabé porque nunca supo ni siquiera respetar tus cuarentenas, por lo mucho que la usó, por los tantos hijos que le hizo. Se acabó, ¡se acabó! Ahora toda la cama es para usted y su niño más chiquito, y para los que quepan junto a su cuerpo.

Se acabó: reventadas en el aire las palabras. Al doblar una esquina, ahí a mitad de la calle vi a mi mamá acostada en una cama dorada, tendida con sábanas muy blancas, cobijas suavecitas y colcha de encajes. Sus trenzas limpias y bien peinadas, rostro claro y sonriente, manos descansadas, camisón blanco, tranquila y feliz. Sentí que las lágrimas me escurrían hasta el cuello. Pura figuración, pero cuando la viera le gritaría con estruendo el ¡se acabó! para que sintiera en toda su alma la liberación lograda.

Al llegar a la puerta de la partera corté la velocidad, me puse como pardo, empujé la puerta y entré de puntitas. Mi madre ya había dado a luz. Me miró con ternura, con los mismos ojos de aquella perra a la que el Grillo y yo ayudamos a tener sus perritos, una gratitud muy dolorosa. Me miró como si ya supiera lo que yo había hecho. No grité como lo había pensado. A duras penas me salió la voz, muy quedito le dije: ya se murió apá. La angustia le apareció en el rostro. Sin pedir ayuda se levantó, cargó a su chiquito, le pagó unos pesos a la partera y nos fuimos a la casa.

Pensaba en lo que venía, el velorio, el llanto, el conseguir dinero para el entierro, el cabrón en el hoyo aplacado para siempre. La cama para mi mamá, y... la tranquilidad.

Se hizo un silencio largo antes de abrir la puerta, el tiempo se quedó muy quieto, detenido en el espanto, hasta que Jacinta se atrevió a empujarla. Ahí estaba el cabrón, desnudo, sentado, apenas con un boquete cerca de la

clavícula, manchado de sangre seca, miraba con rabia de demonio. Me clavó los ojos muy punzantes en la entraña; me estremecí. El montón era ahora ojos todos muy espantados, manos apretando las cobijas, labios pegados y secos. Yo no sé qué pájaro se había llevado todos los sonidos del mundo. Nadie hablaba, paralizados, semejantes a las figuras de cera. A mí me salió la voz como con sangre: lo quería muerto para que ya no tocara a mi mamá.

Su mirada tuvo una luz roja de incontinencia. Luego me dijo: ¿Crees que te voy a pasar esta carajada? Conque no te gusta que yo me coja a tu mamá... pues es mi vieja, tengo derecho a ella cuantas veces me dé la gana, por encima de ti y de todo este montón. Te voy a aleccionar. ¡Antonia, desnúdate y acuéstate! No, musitó ella. Y Jacinta le dijo que estaba muy mal, que todo había sido muy difícil. Ordenó entonces con mando brutal y mi madre obedeció como se dobla una yerbita bajo la tormenta. Él puso la silla ahí muy junto a la cama y me sentó a la fuerza: para que lo veas todo muy bien y entiendas que lo seguiré haciendo cuando me dé la gana. Pon al escuincle en el montón. Jacinta tomó en brazos al recién nacido y se fue a colocar en aquella masa de ojos espantados.

Ella se desvistió sin quitarse las pantaletas abultadas por los trapos. La obligó a quitárselo todo. Tenía sangre en las piernas. La tiró en la cama y empezó a hacer aquello. Cerré los ojos. Sentí un bofetón. Ábralos bien y vea. El Papi, el Rey hacía lo de siempre.

Rueda la canica por tierra, cruza el círculo trazado con una vara, pasa de largo sin caer en el hoyo. ¡Perdiste! Oye, ¿y por qué quieres matar a tu padre? A pesar de su mala memoria el Grillo no lo había olvidado. Se me quitaron las ganas de seguir jugando. Por eso me vine aquí, a ver pasar el ferrocarril, a pensar en los bultos, a imaginarme que el cabrón ya está empaquetado.

Stasho

TODO empezó aquella mañana en que me dijo: “A mí no me quieren en mi casa”. Tras su confesión, avergonzado, miró fijamente al sol, como lo hacía siempre que se le desbordaba el llanto, para que nadie percibiera que esas lágrimas eran arrojadas por un dolor intenso que le subía hasta los ojos.

Poco importaba la carencia de afecto en su casa; lo quería yo. Era mi único amigo. De él lo que más me gustaba era su edad, nueve años, y su nombre: Stasho.

Casi siempre estaba callado y su mirada era suavcita con temor de molestar a las cosas que miraba. En su bolsa de cuero guardaba pedazos de corteza de encina. Tenía una cadena colgada al cuello y no había día en que no contara sus eslabones, temeroso de que fuera a disminuir y lo ahorcara. A todas partes cargaba su cuchara de madera, no le gustaba comer con ninguna otra. A mí, a veces me la prestaba, cuando compartíamos el arroz con leche que me daban en mi casa para llevar a la escuela.

Al final de todo lo que escribía, ya fueran recaditos, apuntes o tareas, anotaba: “Tuyo en Cristo”. Me dijo que la frase no la había inventado él, que era usanza de Juan el Apóstol. Le gustó y por eso copió la costumbre, porque Cristo es amor y decir tuyo en Cristo es una forma de decir “tuyo en amor”, aunque la gente no tenga conciencia de ello. Le agradaba decir cosas con un sentido tan propio que resultaban difíciles de comprender a primera instancia. Una especie de lenguaje secreto, íntimo.

Siempre al pasar por el cementerio solía sentir profunda tristeza y se preguntaba la fecha en que lo pondrían ahí con todos los muertos. En el lugar donde entierran a los niños me decía: “¿Oyes cómo juegan?” Yo pegaba mi oído a la tierra y no escuchaba nada. Él sí tenía esa facultad, la de oír las voces del silencio y los rumores de todo lo que nos sobrepasa.

Roja, como nueva, era la cicatriz en su cara. Apenado, mantenía la mano extendida sobre su mejilla. Esa marca del menosprecio fue hazaña de su madre, aquella vez que fuimos al río a capturar ranas y libélulas. A falta de recipiente usamos uno de sus zapatos que en un descuido nos arrebató la corriente. Llegó a su casa descalzo de un pie, con los pantalones mojados y llenos de lodo. Por tal causa fue la paliza. Soportó los golpes en silencio, sometido de bruces, la cara metida entre los muslos y las manos en la nuca; un nudo callado y tembloroso. Y el nudo fue deshecho a garrotazos, piernas y brazos se extendieron, quiso hundirse, huir hacia abajo, tierra impenetrable.

Me di cuenta de qué delgado es un niño cuando está a ras del suelo mortificado a golpes, incapaz de defenderse. Volvió a la posición de ovillo. Su madre lo jaló de los cabellos tirándolo hacia atrás, su cuello se curvó con toda la expresión del martirizado. Una parte de la cabellera quedó en la cárcel de los dedos agresores y la otra colgaba abundante, sacudida, precipitándose al caos de los regaños, escupitajos y gritos. La camisa desgarrada dejó escapar un trozo de imagen, costillas que remarcaron su delgadez. Levantó sus pupilas suplicantes y fue entonces cuando la madre le dio el fuetazo en la cara, dejó marcada para siempre en su mejilla la evidencia del castigo por una nadería. Después, la mano extendida, triste disimulación.

Durante nueve días Stasho faltó a la escuela. Cuando nos volvimos a ver no comentó nada de lo sucedido. Para humillarlo su madre le prohibió usar zapatos, desde entonces anduvo descalzo. Le molestaba tener sucios los pies, constantemente se los lavaba en el pozo o en el riachuelo que cruza el bosque. ¡Qué blancos eran sus pies! Para no lastimarse caminaba sin peso, sólo aura, niño enfermo siempre angelado y descalzo. Stasho era frágil y dulce.

Muchas veces planeamos huir, queríamos irnos a la aldea donde yo nací y en la que se quedó mi abuelo viviendo solo. Allá todas las costumbres son diferentes. Le explicaba a Stasho que aquí la gente es fría a causa de la altura montañosa y de la nieve, de las heladas noches, del agua casi congelada. Sin querer culparla pensamos que es así a causa del clima que todo lo hiela, hasta los sentimientos. En cambio, allá en la aldea situada en

el templado valle el sol hace que todo sea luminoso y cálido. Aquí predominan los verdes, azules y blancos; allá, los rojos, amarillos y sepías. Los colores hacen que la gente sienta en forma diferente, influyen en las emociones.

Mi aldea está muy lejos y yo he olvidado el camino de regreso, así que el abuelo noble y solitario, el fuego del sol y el calor de los colores sólo existían en nuestros sueños. Platicar de eso era confortante: la esperanza de un deseo, elaboraciones dulces de lo secreto.

Stasho se estaba lavando los pies en el riachuelo, blancos y adoloridos por el agua fría, los dedos engarrotados. Recuerdo cuánto se los talló hasta que le quedaron perfectamente limpios. Su voz fue más suave que nunca: “De no irnos de tu aldea, sería bueno que yo lograra que mi mamá me quisiera”. Sin contestarle le di masaje para quitarle esa gelidez dolorosa. Se tiró sobre la tierra mirando las puntas de los pinos. Me di cuenta de qué pequeño es un niño descalzo, tirado ahí a la mitad del bosque, diciendo que nadie lo quiere en su casa. Qué pequeño y qué solo. Le toqué las lágrimas, le acaricié la cicatriz y creí poder apretarlo entero dentro de mi mano. Era necesario hacer algo para moverles el corazón a sus padres y que lo amaran. Se me ocurrió la idea, un intento de suicidio.

Ya verás, Stasho —le dije—, cuando te encuentren medio muerto, cuando sepan lo triste y solo que te sientes por falta de cariño al grado tal de preferir la muerte, desesperados se abrazarán a ti, te salvarán y te verás amparado al calor de sus corazones; sobre tu piel sentirás caer sus lágrimas mientras te acaricien los cabellos. Entonces te cuidarán para que te restablezcas y van a procurar no dejarte solo nunca más.

Se volvió con rapidez hacia mi cuerpo, agarrado a mis muslos hundió en ellos el grito repetido: “¡Sí lo quiero, quiero ganarme el cariño de mi mamá! ¡Sí lo quiero!”

Lo planeamos todo. Se comería un puñito de veneno para ratas y, en el momento en que sus padres lo llamaran para la lectura de la Biblia, él estaría en el granero. Siempre se refugiaba ahí, de donde lo sacaban a gritos todas las noches para obligarlo a la sagrada lectura. Cuando fueran a buscarlo lo encontrarían enfermo, moribundo. Yo estaría alerta para ir a

traer al curandero. Esto sería el principio y luego ya vendría el cariño para él.

No sé cuánto veneno comió, de seguro no fue la pequeña porción convenida. Lo encontraron muerto y lo llevaron a rastras hasta el interior de la casa. Rápidos se vocearon los avisos y la gente se apresuró a llegar. Entré con algunos mirones y lo vi tirado ahí, con el rostro, las manos y los pies casi negros. De tanto veneno que ingerió, en unas cuantas horas se puso oscuro. Me acerqué a él con el terrible anhelo de sacarlo y llevarlo a bañar al río. Él era tan feliz cuando se miraba su piel blanca, limpia, y ahora... ahora...

Dos manos fuertes me tomaron de los hombros y fui lanzado afuera. Volví a entrar y me quedé muy quieto para no ser advertido. El rostro de la madre de Stasho se llenó de gestos y vomitó expresiones todas coléricas: “Mierda, devoto de Satanás, tenías que ser tú quien oscureciera esta casa”. Los concurrentes escupieron, trazaron un signo en el aire y se retiraron.

“¡Fuera!” —gritó el padre— y salí corriendo, con tropezones a diestra y siniestra, caídas y tuve la sensación de que giraba en el viento. De todo lo que grité ninguna palabra me salió completa. Llegué hasta mi casa, traté de decirlo todo, de reclamarlo todo, exigirlo todo; pedazos de palabras, trozos de llantos, manotazos, jadeos fueron mi torpe expresión. Mi padre me sacudió intentando serenarme; mi madre, aturdida y sin entender nada, me tiró encima una cubetada de agua. Mucho más entrecortados fueron mis sollozos, después pude darles una débil semblanza de lo ocurrido. Se horrorizaron: “¡Cayó al infierno! ¡Ese niño cayó al infierno!”

¿Qué era eso de que mi dulce amigo cayó al infierno? ¿Stasho ahí, en la profunda caverna cuajada de culpas y expiaciones, de lenguas vipéreas y falos en llamas? Por buscar amor, ¿puede un niño ser arrojado al rigor de los desenfrenados súcubos? Me explicaron que todo el que intenta contra su propia vida se convierte en hijo de Satanás. Me dijeron muchas otras cosas que me parecieron tontas y enmarañadas. Aquí las cuestiones de la fe son muy contradictorias.

Según la costumbre en estos casos, el Pastor no asistió a la casa del difunto. Nadie quiso volver ahí, ni siquiera para saciar su curiosidad. Yo me escapé

de la cama y anduve merodeando por su casa. Espié, los vi, el padre y la madre estaban sentados en el quicio de la puerta. Lloraban, pero al parecer no por Stasho sino por ellos mismos. La noche les caía encima.

Adentro, Stasho, ahora cadáver, silencio completo sin caricia, yacía tirado en un rincón. Está prohibido velar a los suicidas. Ni una lamparilla, ni una oración, ausente el olor a incienso. La casa completamente apagada.

Después de algunas horas, siguiendo la legislación canónica que niega sepultura religiosa a quienes han violado las normas de nuestra fe, se decidieron a deshacerse del maldito despojo. En medio de la oscuridad entraron y, como los suicidas no deben salir por la puerta de la casa, arrojaron a Stasho por la ventana sobre una carretilla. El golpe de su cuerpo al caer no los estremeció, sólo mis carnes se estrujaron, grité hacia dentro de mí con toda la sonoridad oculta de mi angustia.

Se encaminaron hacia donde se juntan los tres caminos y la vía del tren. Los suicidas son enterrados en la encrucijada, debajo del árbol donde ahorcan a los ladrones y criminales. La carretilla fue levantada verticalmente. Stasho rodó al suelo. Le prendieron fuego al cadáver. Vi entonces qué frágil es el cuerpo de un niño, suicida por equivocación, quemado para aliarlo al oscuro Satanás. Las llamaradas conservaron la forma humana, niño de lumbre pero frío por la carencia de cariño hasta su último momento en aquel supersticioso contacto con sus padres.

Con la mirada puesta en su cuerpo encendido recordé el suicidio de Saúl, las ceremonias fúnebres que lo honraron. La Biblia no dice que por haberse quitado él mismo la vida haya sido condenado a la alianza con el demonio. Acaso porque aquél fue rey de los hebreos estuvo exento de culpa, en cambio, Stasho era un niño común, hijo de aldeanos. Hice lo que David hizo: rasgué mis vestiduras como manifestación de dolor, y todavía más allá, desgarré mi carne.

Cavaron y enterraron los residuos carbonizados de Stasho. Sobre la tierra removida marcaron el signo de Satanás. Raudos, como empujados por el viento, se alejaron del sitio. Yo sollocé muy largo sobre el túmulo, pegué mi oído a la tierra con deseo de escuchar algo, pero Stasho era todo silencio. No fue la muerte, sino el dolor lo que le enmudeció.

En la madrugada sus padres quemaron la casa, el incendio duró horas. Después sólo quedó a la vista un rectángulo negro. Nadie se atreve a vivir en la casa donde alguien murió por su propio albedrío. Significa quedarse dentro de la maldición, porque aquellos que habitan la casa de un suicida serán manipulados por el diablo. Así son estas oscuras creencias.

Las sombras fueron desgajadas por el alba y una luz intensa y vidriosa iluminó la aldea. Los padres de Stasho echaron una última mirada a las cenizas y partieron para siempre, desposeídos de todo, miserables, encaminados hacia alguna aldea lejana a la que llegarían ocultando su secreto.

Cuando paso por el cementerio sé que a mí, como a Stasho, no me pondrían entre todos los muertos que merecen campo santo. Estoy esperando cumplir quince años para ganarme la muerte en la horca, y lo conseguiré al robar todas las biblias de la aldea. Y pienso hurtar muchas otras cosas más, como los objetos sagrados de los templos. Voy a envenenar a los gansos y al ganado, haré que la presa se desborde e incendiaré el aserradero. Entonces me colgarán del árbol de los malditos, ahí en la encrucijada, sobre el alma de Stasho. Voy a tener el puño bien cerrado, apretando un papelito escrito: Tuyo en Cristo.

Stasho y yo nos encontraremos en la muerte, iniciaremos el juego, no con los niños del cementerio sino aparte, solos. Jugaremos por toda la aldea, trepados en largos zancos rojos de ira. Y por encima del pueblo veremos cómo la neblina le enfría los sentimientos a la gente. Seremos testigos de su desamor desde arriba con toda la altitud de nuestro odio. Y cuando veamos a los niños abandonados, a los niños que no han querido nunca, dejaremos los zancos y jugaremos bajo las plantas de sus pies.

Macedonia

Macedonia sabe que la muerte no es más que quitarse el maquillaje, lavarse la cara, descansar un poco, volverse a maquillar dibujando en el rostro el personaje que se ha de interpretar y estar predispuesta para la siguiente función.

El oscuro, las voces que se acallan a la tercera llamada, los músculos tensos de los creadores y la expectación del público son los síntomas del grave padecimiento que se renueva. El teatro es sagrado para los teatreros, pero para la gente ajena a este arte que exige misteriosa entrega, simplemente es visto como una enfermedad.

Animada por las heredadas supersticiones, Margaret Lower, campesina convertida en actriz de un teatro de provincia, amarra a la cuerda del telón un listón rojo que representa la cola del diablo para que no cambie las cosas de lugar ni haga trastabillar a los actores. Bajo la palabra “mierda” tres veces pronunciada, los corazones de los actores bombean sangre dispuestos a alimentar un cuerpo ajeno: la función.

Margaret Lower tenía dieciséis años cuando se enteró de que un griego estafalario, Eumenes Malanos, intentaba formar un grupo de teatro. La obra a representar era *Ifigenia en Áulide*. Margaret fue aceptada, ensayó durante meses bajo la dirección de Eumenes y formó parte del coro. La tragedia de Eurípides se estrenó con éxito y se mantuvo en cartelera gracias a la constante afluencia de público. Cuando la actriz principal dejó la obra, Margaret tomó su lugar. Sacar el papel no fue fácil y necesariamente tuvieron un sinnúmero de ensayos privados, intimidad que desencadenó un apasionado romance entre ella y el director.

Margaret ha sido lo que se llama una actriz visceral, de garra, de esas que se apoderan de los espectadores y que por la misma razón pasan a ser propiedad privada de ese público simbiótico. Desde que interpretó por vez

primera Ifigenia tuvo que seguir haciéndolo sin descansar un solo día, ni siquiera cuando dio a luz a Macedonia. La niña nació en uno de los camarines minutos después de que su madre había cumplido con la función. Y al día siguiente, Margaret, que tuvo un parto feliz, retomó su obligación teatral. A nadie le sorprendió este hecho porque es común que las campesinas de los alrededores den a luz, se duerman unas horas para reponer sus fuerzas y vuelvan a las labores del campo. Con la alegría de las madres que retornan a la tierra a cumplir sus deberes, Margaret retomó el escenario.

Eumenes tuvo que regresar a Atenas. Cada dos o tres meses escribía dando consejos profesionales y prometiendo que regresaría. A pesar de su partida el grupo de teatro se consolidó gracias a un subsidio estatal. La obra se ha vuelto parte de la vida de la pequeña provincia. El público acude al austero teatrillo de la misma manera que va a los mercados, templos y parques, un hábito, una especie de tradición popular. Las tres ocasiones en que el grupo intentó estrenar otras obras, el público furioso y obstinado deshizo las escenografías, ocupó las butacas y exigió que se presentara Ifigenia en Áulide, siempre Ifigenia. En vano los actores comentan entre sí que ese fenómeno es antinatural y aunque todos los días se van a sus casas tras haber renunciado, movidos por una fuerza extraña, al día siguiente regresan a cumplir con la función, como si se tratara de un destino inevitable.

Macedonia ha crecido entre bambalinas y para ella la función es la única verdad posible de la existencia. Todos los días es lo mismo: ella y su madre se levantan, desayunan cualquier cosa, salen a caminar, se detienen en la tienda donde venden animales, observan a las distintas especies que están en el aparador y se van al teatro.

El mundo tras el foro es oscuro y frío por la humedad del viejo edificio y por la falta de ventanas, pero ahí el grupo día con día analiza y discute las peculiaridades de los personajes, ejercita sus emociones y todo resplandece, la energía provoca centellas cuando expresan tan agudos dolores, iras, congojas. Esmerados en el mantenimiento del foro, unos se ponen a martillar, otra a zurcir telones y no falta quienes anden en el pasagatos instalando nuevos focos y reafirmando la colocación de las luces que darán la apariencia de un escenario en llamas. Una hora antes de la función todos

van a sus camarines a interiorizarse, meditativos, concentrados en los personajes prontos a interpretar. Los figurantes se transforman.

A pesar de los siete años de representar día con día lo mismo, Margaret Lower jamás ha sentido el menor asomo de hastío ni un solo dejo de mecanización. Noche a noche encarna a la mártir Ifigenia con todo su ser sensible, dispuesto al poseso. Macedonia, tras la cortina, observa cómo su madre, que es la misma Ifigenia, se ampara en Clitemnestra que se debate contra Agamenón en defensa de su hija; crecen los gritos de una multitud que le clama vientos propicios para navegar hacia Troya; la voz del oráculo demanda el sacrificio de la adolescente, enviada a las llamas del holocausto; Agamenón padre sucumbe en el dolor, Agamenón rey se yergue triunfante.

El telón cae, oculta los simulacros del fuego, signos de la tragedia consumada, brotan los aplausos, Margaret permanece unos instantes desfallecida y luego de pie se inclina y agradece la ovación. Cuando entra al camarín, Macedonia le lleva el aguamanil y la observa cómo se cubre el rostro con crema blanca y poco a poco, con algodones, se quita las oscuras sombras, las líneas rojizas que le han dado un toque de irritación a los ojos y los azulosos trazos de rictus y agobio. Reaparece el verdadero rostro de Margaret, bien lavado con agua y jabón, descansando bajo la suavidad de la vieja toalla húmeda con agua de rosas. De nuevo Margaret, “mamita linda” está ahí; pálida e insípida recibe los abrazos y felicitaciones. Macedonia permanece callada escuchando los comentarios de los actores y del público. Ya solas, Margaret le pregunta “¿Qué te pareció la función?” a lo que la niña responde “muy bonita”. En este pequeño diálogo se concentra la ternura de dos mujeres que al parecer no tienen más vida que la que acontece en el teatro.

Arrancadas de la mágica caja teatral, de regreso a su casa Margaret y Macedonia sólo son dos sombras abatidas por los vientos helados. Llegar a su departamento es algo confortante. Ambas se meten a la bañera de agua caliente y juegan con las esponjas y las espumas de sales minerales. Se envuelven con la misma toalla y una a la otra se frotan con bálsamo de algaria. En camisón de dormir, al calor de las cobijas se ponen los guantes que en cada dedo cobra vida un personaje de Ifigenia en Áulide. Los pequeñísimos guiñoles, con máscaras y vestuario, son idénticos a los de

teatro. A Macedonia le corresponde mover al coro. Ahí, de nuevo, se representa la tragedia de Eurípides hasta que Macedonia es vencida por el sueño. Entonces Margaret le escribe a Eumenes, le cuenta con detalle cómo salió la función del día y le informa sobre lo bella y crecida que está su hija. Al final de la carta agrega la misma posdata: “Creo que he madurado lo suficiente como mujer y actriz y podría ya interpretar a Clitemnestra, pero en espera de tu regreso, te besa tu constante Ifigenia.”

Han pasado ocho años y dos meses desde el estreno, hoy se cumplen dos mil novecientas ochenta funciones. Hoy como siempre, Macedonia tras los telones de oscura tartalana observa el rutinario trabajo artístico. Se sobrecoge con el sollozo de Agamenón cuando el viejo sacerdote le comunica lo que el oráculo vaticina y lo que los dioses demandan, con las voces de los guerreros que exigen despegar las naves, con las súplicas de la horrorizada Clitemnestra, con Ifigenia subiendo lentamente los peldaños de su destino, con la hoguera que devora su cuerpo y también con el aplauso del público.

Margaret entra exhausta al camarín y cuando Macedonia le acerca el aguamanil se niega a limpiarse el rostro. Se queda de pie, mirándose fijamente al espejo. Se desploma. Actores, técnicos y curiosos se hacinan a su alrededor. Alguien grita “está muerta” y crece un murmullo doloroso. Para Macedonia la muerte es simplemente subir los peldaños al altar de los holocaustos, ser devorada por una hoguera al tiempo que el viento mueve a los navíos y se desata un fondo de aplausos. Luego sólo hay que quitarse el maquillaje y lavarse la cara. Así ha sido siempre.

Macedonia, serena y sonriente, cubre de crema el rostro de su madre, con algodones le quita el maquillaje y con la toalla mojada en agua de rosas elimina los residuos y la refresca. Al ver que no reacciona repite varias veces el ritual de limpieza mientras todos la miran compasivos. Louisa, la actriz que interpreta a Clitemnestra, abraza a la niña y trata de explicarle lo que es la muerte. Maquillan de nuevo a Margaret como si fuera a dar una función más, y la llevan al escenario para ser velada. El público de pie le hace honor en silencio. Una procesión de cientos de personas pasean los restos de la amada actriz por todas las entristecidas callejas de la ciudad. Con llantos y flores Margaret es enterrada en lo más alto del cementerio.

Macedonia, sin comprender lo sucedido, ha dormido con Louisa. Al día siguiente, juntas llegan al teatro donde los actores se dieron cita para tomar decisiones. El público ha llenado las butacas y exige la función como siempre. Sin Margaret Lower es un absurdo, pero los actores piensan que, si el público lo pide, se ha de dar la función sin su presencia y quizá baste imaginar sus apariciones en escena y rememorar sus parlamentos que todos saben de memoria. Sin que nadie se asombre, cosa extraña, al tiempo en que Margaret debe entrar al escenario, Macedonia, tomando su lugar, surge interpretando el papel con la soltura de quien ha interiorizado bien el tono y la vena del personaje. Es así como en el teatro Eumenes, una niña de siete años es la intérprete de Ifigenia en Áulide. Todos saben que así sucederá de por vida, porque ese público fiel y simbiótico impone la fuerza de la costumbre. Por siempre Ifigenia.

Mecanismo

DIME, Paulito ¿fuiste tú?

—No, mamacita, te juro que yo no fui. Te lo juro.

Oralba mira al niño de ojos hinchados, abiertos en el espanto. Zarandea al pequeño cuerpo, matorral humano sacudido una y mil veces para hacerle tirar los frutos de una confesión demasiado esperada, urgente.

—Te juro que yo no fui.

Es la única respuesta siempre atemorizada y pálida. En vano abre los ojos llenos de lágrimas, negación rotunda jamás creída por su madre.

—Muéstrame las manos.

—Te juro que yo no fui.

Extiende las manos temblorosas y débiles, pintadas de azul, uñas devoradas, dedos masticados. En los labios es donde más se acentúa la manía salivosa de un sentimiento de culpa; mordisqueados, sucios, con leves costras y a veces reventados, sangrando.

—¡Mira qué manos! ¿Cuándo vas a dejar de comerte las uñas? Y además, atascadas de pintura.

—Estuve pintando.

—Y antes de estar pintando, ¿qué hiciste? ¿A qué hora fue? ¿Cómo pudiste hacerlo? Me causa horror verte las manos. Son crueles, míralas bien, son asesinas.

—Yo no lo hice, mamá.

Oralba lo lleva hasta el baño. Lo sube al banquito para ayudarlo a alcanzar la palangana. Vacía agua, le unta jabón y lo frota con una fibra áspera. Las manos se resbalan queriendo escapar de la vida. La porcelana se mancha de azul y vuelve a ser blanca con el chorrear del jabón y del agua. Lo seca.

— ¡Mira nada más cómo tienes los labios!

Lo carga y lo asoma al espejo. Paulo en lo primero que se fija es en su larga cabellera que, abundante y demasiado crecida, cubre todo el espacio del azogue. Le han dejado largo el cabello en cumplimiento de una manda. Se mueve hacia un lado y aparece en el espejo parte del rostro de Oralba, tensa, el ojo inexpresivo y el pómulo húmedo por un llanto de impotencia. Él se mueve hacia la izquierda y tapa la imagen de ella. Se impulsa hacia el vidrio y mira más de lleno sus propios ojos. Entre más se acerca a mirarlos éstos parecen crecer y se llenan de lágrimas. Advierte su nariz enrojecida, y luego se detiene ahí, en los labios, gruesos, hinchados, reventados, con ese contorno rojo, inflamado y ardoroso a causa de la saliva reseca. Se mira bien y no se gusta.

Oralba lo retira del espejo. Lo pone de pie. Dominante lo observa desde su altura. Paulo no puede abarcar en sus pupilas esa ira silenciosa, circular, de retina acusativa.

— Ahora, sácalos de la bañera.

— Pero si yo no fui, mamá.

— ¡Sácalos!

Paulo se acerca a la tina. Mira a los pájaros ahogados, hunde sus manos y su mirada de tristeza en el agua. Mueve los dedos con la intención de inspirar a las aves al movimiento. Son unos cardenales. Con las plumas mojadas han quedado reducidos a desagradables borujones inanimados. Ni siquiera lo cristalino del agua logra borrar la oscuridad de los diminutos ojos sin brillo. Interiorizada la imagen, Paulo siente miedo a la muerte. Agarra uno, angustiado se vuelve hacia su madre y suplicante se lo muestra.

— Sácalos todos.

Paulo se levanta su hábito de las Carmelitas Descalzas y echa en él uno a uno los doce pájaros. La muerte chorrea por entre la tela. Al sentir en los muslos aquello carente de vida le produce un dolor amalgamado al asco.

—Voy a enterrarlos, mamá.

—No pongas esa cara de tristeza. Primero tienes la crueldad de matarlos y ahora te dignas a ponerte triste. Tíralos a la basura.

—Quiero enterrarlos.

—¡A la basura!

Sale al patio y los arroja al basurero. Conociendo el castigo de siempre, va a su cuarto y con el hábito mojado se acuesta en la cama. Se le enfrían las piernas y viene a su mente el primer recuerdo: orinado, metido en la cuna, la ventana abierta, el calor de nuevos orines y luego el frío doloroso.

Oralba le lleva las cinco jaulas vacías, las coloca estratégicamente visibles para que ese niño de cuatro años comprenda de una vez por todas el significado de la muerte.

—Aquí están tus trofeos. Tendré que hacer venir otra vez a tu tío Nicolás. Esto ya es intolerable.

Sale dando un portazo. Paulo se levanta sin hacer ruido. Mira una a una las jaulas solitarias. Abre sus puertecitas y mete las manos, agita los dedos en simulacro de aleteo. Se cansa, largo rato permanece estupidizado y sin moverse. Agarra los pañuelos desechables y dentro de las jaulas tira pedacitos de papel ligero en un empeño de querer reconstruir la existencia de los pájaros. Escucha la llegada del tío Nicolás. Se mete a la cama y se hace el dormido. El sonido de su corriente sanguínea, la respiración agitada y miedosa apenas le permiten oír la conversación lejana.

—Y esta vez ¿qué fue?

—Ahogó mis pájaros en la bañera. Tienes que reprenderlo. No es normal que haga estas cosas. Está mal de la cabeza.

—Y... ¿cómo va a poder estar bien si no le permites vivir como un niño normal? Desde que nació lo traes vestido con ese hábito. Todo esto no es más que el resultado de esa estúpida manda; el atuendo café, el pelo largo, el no permitirle jugar con los demás niños.

—Pronto se acabará eso cuando vuelva su padre.

—Oralba, ese hombre no volverá nunca, mi hermano se fue odiándote.

Ella no puede vivir con esa nostalgia definitiva. Jamás aceptará la costumbre de la ausencia del hombre que le dio un hijo. En la puerta está toda la esperanza. Volverá a verlo entrar de la misma manera en que lo hacía en aquellos días breves y ya casi desvanecidos, cuando fueron amantes. Ese hijo, Paulo, el que lleva su nombre, fragmento de su carne, es suficiente motivo para hacerlo volver.

—¿Nunca? Tú deberías buscarlo, obligarlo a regresar. Debe saber que su hijo no está bien, que lo necesita.

Nicolás la mira con desprecio. Camina de un lado a otro. Arroja al aire una tos ronca y nerviosa. Paulito se encoge dentro de las sábanas, piensa que ha llegado el momento de la paliza. Anticipadamente le duele el cuerpo. Las pisadas van y vienen sin detenerse en ninguna parte. Oralba tiene toda la apariencia de caracol vuelto hacia sí mismo buscando entre los recovecos el fondo de una angustia espesa y viva.

Nicolás sale sin despedirse. Oralba corre y pega su cuerpo a la puerta. Lanza un grito de murciélago bañado de luz. Presa de llanto se mete al baño y repite en tonos desesperados el nombre de Paulo. El niño, como siempre, duda si se refiere a él o a su padre. Desea ir a abrazarla pero el miedo lo ata a las sábanas.

El llanto de Oralba sale desde el baño por la puerta abierta, se estira y escurre por los pasillos y toca todos los rincones de la casa. Paulito se desprende de las sudadas sábanas, inadvertido camina hacia el quicio y observa. Oralba de pie frente al espejo proyecta para sí misma una mueca de insaciabilidad. Con la falda caída al suelo, la mano entre las piernas, los dedos queriendo alcanzar la vagina, con movimientos rápidos dispersa el

espesor de la soledad. Activa un remoto placer en la carne herida de uñas y dedos inmersos, cavando en sí misma, estalla el sollozo. Paulito escucha ese grito como si fuera un miembro desprendido, un pedazo de pulmón o un jirón de lengua. El miedo lo hace volver a su cuarto. Oralba se tranquiliza hasta reposar en el silencio; entra y se tira sobre la cama, junto a su hijo del que piensa que sólo es un residuo de aquel hombre deseado al que posiblemente no volverá a ver nunca. El niño la advierte dormida, se levanta y se quita el hábito, camina desnudo por la habitación para curarse las tristezas con el aire y, cuando el sueño está por vencerlo, se viste de nuevo y se duerme a los pies de la cama mientras se avecina otro día.

Ahora, Oralba con un grito revienta el peso de la visión espantosa. El horror circula en todo su organismo y los pulmones sin aire le duelen en su oquedad. En el árbol seco se mecen tres gatos colgados, aún sangrantes. Toda superficie se rompe y la sensación es la de girar en el hueco del espanto. Paulito va de mal en peor, cada día más cruel y más mustio, encuentra en la muerte el regocijo, el juego divertido de sus sentimientos enfermos.

—¿Por qué lo hiciste?

—Yo no fui, mamá, te lo juro que yo no fui.

Otra vez la negación aguda y larga. El “yo no fui” arroja agujas perforando el aire. El niño al ver los gatos siente que el miedo le estalla dentro del estómago. Vomita.

—Ahora gatos: mañana matarás a un hombre. Tienes manos de criminal.

Paulito, como siempre, le muestra las manos temblorosas. Esta vez están teñidas de rojo.

—Tienes sangre en las manos.

—No, mamá, es pintura. Te lo juro, te la enseño.

De prisa va a su cuarto, ávido en demostrar su inocencia. En la torpe carrera se le revienta una sandalia que deja tirada a mitad del camino. Vuelve con la

hoja manchada en rojos.

—Mira, mamá, estaba pintando el mar.

—¡Rojo! Eso no es el mar. El mar es azul. Lo que pintaste es tu fechoría: tres gatos ensangrentados.

—No, mamá, no son gatos. No es sangre, es el mar. Es el mar.

Desesperado acerca la pintura al oído de Oralba.

—¡Es el mar!, ¿que no lo oyes?

Paulito se desata en gritos. Por sus gesticulaciones parece tener metido el rostro en el fuego. El vómito se repite. Oralba lo sacude y el llanto adquiere un ritmo frenético. Baba, lágrimas y vómito saltan hacia todas partes, fuente que provoca el asco. Y así lo abraza. Un gato blanco que camina por la barda maúlla. El maullido la devuelve al pánico. Mira a los gatos colgados y, aterrada, camina hacia atrás, huye hasta refugiarse en la casa. Paulo se queda llorando en el patio y tal desbordamiento lo debilita y el sueño lo invade. Como siempre entra a su cuarto, se mete a la cama y ahí permanece encerrado durante dos días.

Paulito está pintando un árbol rojo. Bien sabe que son verdes pero el color rojo es ya su única expresión.

Oralba se mira en el espejo con total desaliento. A fuerza de mirarse se desconoce. Un rostro transfigurado se mueve en el vidrio. La lengua caliente se encuentra con la lengua fría; la pasa por todo el cristal y deja una huella de saliva cansada. Para opacar el reflejo de su rostro unta el espejo con crema. La lame y vuelve a verse, hundida en algo brumoso. Abre el botiquín y saca el pomo de éter, pasa a la cocina por un cuchillo, sale al patio de atrás. Juega con el Canelo. Le avienta una pelotita y el perro retozón va tras ella y se la trae. Una, dos, tres veces. Destapa el pomo, empapa su pañuelo con éter y lo adhiere al hocico del perro. Al animal ya dormido le encaja un cuchillo en un ojo. No se detiene a ver la sangre ni la sustancia lechosa. Vuelve al baño y con largueza se mira en el espejo.

El Canelo despierta de la anestesia y gime. Oralba va hacia él con la actitud de quien padece sorpresa y espanto. Aullido y gritos se mezclan en el aire.

—¿Por qué lo hiciste?

—Yo no fui, mamá.

—Mira, Paulito, tú estás muy enfermo, pero tu papá vendrá algún día para llevarte al doctor.

La crisis sube de tono. El llanto aniquila las trastornadas palabras. Oralba, como siempre, acusativa.

—Estás loco.

Paulito le muestra las manos temblorosas, pintadas de rojo.

Regresión

OYE, Abel... deja de jugar entre los niños y escúchame, he de contarte una historia, es preciso que recuerdes, que vuelvas hacia ti mismo. Oye, Abel... fue en el año de 1953 cuando el pintor Abel Miranda dejó su tierra de origen para venir a instalarse en esta capital. Decidió abandonar a la familia siempre cariñosa pero castrante. Quedó atrás el taller improvisado en el viejo granero; el olor del patio donde crecían la albahaca y la alholva; el portón golpeado a las cinco de la mañana por las beatas envueltas en su negro fanatismo, despertando devotos para conducirlos en rebaño a la misa primera; las sombras de los niños que jugaban a las rondas y se perseguían con gritos y a ojos vendados; los perros sedientos que morían en la plaza a la hora cenital; la taberna de cantores y llorones sumergidos en las visiones del alcoholismo; el aroma del atole hervido con anís todas las tardes; los tejados enrojecidos y humeantes; las calles blancas, secas de cal que agrietaban los pies de los descalzos; el pueblo insolado y triste.

Oye, Abel... el pintor lo dejó todo y vino a buscar en esta metrópoli la manera de sacudirse aquel polvo de vida mínima, presa de hastío. De principio, Abel laboró como obrero en una fábrica de telas. Colorear los lienzos fue dar color a su propia vida. Un día, al salir de su trabajo y caminar a lo largo del desagüe, se percató de un nuevo sentir cromático. Vetas de distintos colores entraban al cauce del río y se alargaban sin mezclarse. Despaciosas corrientes magentas, amarillas, azules a lo lejos formaban un denso fluido de agua sucia, amoratada. Supo desde entonces que su pintura tenía un cambio; sin embargo, en su primera exposición en la Casa de la Cultura de Mixcoac, sus cuadros aún reflejaban el alma grisácea de su pueblo. Mujer 1, Mujer 7, Mujer 13, todas delineadas bajo la misma expresión dolorosa y pálida, diferenciadas apenas por los fondos difusos, vagos, espectrales. La mecedora de caoba con su anciana sentada ahí para siempre, resignada en el caer de la tarde, con un gato acurrucado en las faldas, imagen total de la decadencia y del tedio. Los niños en los árboles,

desnudos, flacos, trepados en las ramas sin hojas, frutos de carne escuálida ardiendo al mediodía. El viejo moribundo tirado en una cama. El caballo sediento, trotando en una polvorienta calle. ¿Recuerdas aquellos cuadros? Los de tu primera exposición. Eran desoladores y en ellos predominaban el verde-gris y el blanco.

Un año más tarde, en el mismo sitio, tu segunda exposición demostró el cambio: manos rojas rompiendo cadenas; un dios bermejo resucitando en el aparador de un bazar; la ciudad punzante, rascacielos, catedrales amarillas clavándose en el morado de un celaje iracundo; perros y niños de colores en el aire dinamitado; siete caballos colgados en la encrucijada, en llanto jinetes de bruces. ¿Recuerdas tu segunda exposición? Las imágenes llenas de ímpetu, pinceladas violentas, colorido explosivo. Abel Miranda se proyectaba al mundo con expresión potente, vertiginosa.

Tienes que recordarlo, todo aquel proceso de creación constante, tu atenta juventud volcada en la conquista de valores estéticos, la búsqueda infatigable, el hallazgo de los colores puros o mezclados, las formas sumergidas o flotantes, el movimiento y su fuerza en todo trazo. Siempre preocupado por la luz, por el claroscuro. Sombras prolongadas hasta la exageración, como si hubieras encontrado que la sombra es el único gesto verdadero del hombre.

Oye, Abel... con cuánto ahínco te entregaste al arte. ¿Lo recuerdas? Vivías en aquella cochera que la cartomanciana te rentaba en pocos pesos. Ahí instalaste tu primer taller con dos caballetes, un restirador, una mesa de trabajo; el tapanco cubierto con amplio y delgado colchón, cama común donde dormíamos tú y tus amigos. Ahí, adherida la pequeña escalera de madera en caracol. Y los botes de tierra de colores, cazuelas llenas de tubos de óleo, botellas con trementina y aguarrás, montones de estopa, lienzos y marcos fibrilados, latas, piedras, cartones, lámparas concentradoras de luz, platos y tazas de palo de rosa, esculturas de alambre a medio terminar, la estufa, frascos de Carretones con café y azúcar, el canasto de pan, la gran olla de barro con agua fresca, el viejo tocadiscos comprado en La Lagunilla, los cinco discos rayados, libros, carteles... Todo aquel mundo ¿lo recuerdas?

Oye, Abel... trata de pasar los ojos de tu memoria sobre aquellos objetos, revive todo aquel universo que fue tan tuyo. Aspira el fuerte olor producido por los disolventes y el copal que a veces prendías. Piensa en la gente que te rodeaba, amigos a los que tú quisiste entrañablemente bajo la afectiva responsabilidad de un protector. Durante el día trabajabas como obrero para que en ese taller no faltara nunca el pan. A todos les dabas de comer y les proporcionabas material de trabajo. Barro, yeso, alambre y cobre para que Adriano hiciera sus esculturas. Adriano tenía entonces diecisiete años. ¿Lo recuerdas? Siempre vistió de mezclilla como tú y en muchos aspectos se parecía a ti, tenía tu misma apreciación de la vida, trabajaba con esmero, reía siempre porque lo llenaba de felicidad el solo hecho de estar vivo. Se apasionaba con los libros y te comentaba lo que decía Sartre, Simone de Beauvoir, Camus o la Woolf, como si se tratara de cuates y no hubiera leído sus textos en soledad, sino charlando con ellos a la hora del desayuno o mientras se bañaba o hacía la talacha. No podía estarse quieto cuando escuchaba la Novena Sinfonía de Beethoven, caminaba y movía los brazos en círculos, con gestos apasionados marcaba los crecientes musicales y se sentía el máximo director.

Nunca faltó el engrudo sintético, papel de china, pinturas, laca y bisutería para que Bernardo hiciera sus figuras de papier mâché. Lo criticabas por su mal gusto en el colorido, por el exceso de gemas brillantes en aquellas madonas cursilísimas, coronadas siempre, sufridas y con lagrimitas pintadas. Hiciste lo imposible por salvarlo de la mariconería. A veces te era insoportable, pero cuando el dinero no te alcanzaba para comprarle pedrería y lo veías decorando las coronas con caramelos chupados, te enternecía y lograba poner en movimiento todo tu fraternal afecto.

Maderas y cuero para los pirograbados de Ernesto. Manta e hilos para Juan, a quien mucho apreciaste. Tenía cuarenta y siete años y le decían el Viejo, indio venido de Michoacán. Al entrar en contacto con tu grupo, dejó de ser obrero y se dedicó a bordar camisas con diseños zoomorfos, tradicionales. Después, la influencia de Baudelaire y de Brueghel lo atrapó como a todos y desde entonces no faltaron los demonios festoneados en la cambaya negra, moda satánica, caminos infernales para la nueva generación perdida. Se valió de tu ayuda, hizo un buen dinero, puso una boutique junto al Café Snob y no se acordó más de ti.

Lo más importante de entonces fue la llegada de Acacia. Apareció en tu vida como de pronto se desploma un chubasco del cielo. Nadie tan dinámica y rebelde como ella, inasible, cambiante, atormentada, con delirio de grandeza y nómada por excelencia.

Oye, Abel... te pronuncio el nombre de Acacia para desgajar tu alma entumecida. Seguramente ella está bajo todos los escombros de tu apatía, aplastada por el derrumbe de tu espíritu. Acacia fue quien te adosó sus obsesiones, patología de lo frenético, optimismo henchido, dolor inflamado, calentura y vértigo, angustia corrosiva, impulso hacia la libertad, el ritmo de los días en fuga y el caos de toda esencia destrozada en movimiento. La creías inmensa y no era más que un diminuto ser acongojado en su desatinada pequeñez. Tal era la razón de sus desplazamientos amplios, gesticulación exagerada y pensamiento impulsivo. Al carecer de rostro usaba máscaras, personalidad siempre modificable tras la experiencia del teatro, bañada de luces de colores por el dolor de saberse insípida. Ya ves, en la calle traía la misma ropa usada en el escenario, y ya andaba con túnicas griegas o vestida de beata, soldadera, mendiga, bolchevique o histrión. Juglaresca en todos sus actos, bufón de la miseria, con gestos aprendidos y tristezas decoradas. Saltando de máxima en máxima, de ideología en ideología, cruzando el río del intelecto valiéndose de las piedras para no mojarse. Nada la empapó, nada era, y se disfrazaba de todo, espectacular, transformista. No hubo región de su interior que fuera apacible; espesa, convulsa, explosiva. Siempre destrozada, fanática y hereje, dulce y amarga, pájaro y reptil, vigorosa y pálida, devorada por sí misma y devorada, sofocada y sofocante, inmóvil, trasladada, mudándose siempre, trashumante.

Y por todo eso, la amaste. Te hizo sentir que podía salvarte de la caravana, romper filas y ser únicos, irrepetibles, aparte. Te regañó por tu condición de proletario conformista, te hizo ser líder de un movimiento subversivo, y cuando incluso peligraba tu pellejo, ella con el ideal roto decidió que la vida estaba en el circo. Te dejó con el levantamiento, mientras ella, bufón, anduvo de pueblo en pueblo arrancando carcajadas. Nunca se enteró de la matanza y de los encarcelamientos. Después del genocidio sin que la hubiera tocado el desastre, volvió con nuevas ideas, fórmulas de vida, efímeras e impermeables. Luego vino la etapa de la magia, te arrastró hacia

lecturas y prácticas esotéricas, noches cabalísticas, exorcismos, conjuros, fetichismos, para después no creer en nada, ni en Dios, y lanzarse ambos a la búsqueda de lo palpablemente sencillo. Ganarse la vida como merolicos, convivir con la gente campesina o aislarse en la montaña, solitarios. ¿Por cuánto tiempo? Nuevamente la atrajo la metrópoli, el intelectualismo y todos sus ismos, y los dos volvieron aquí para entregarse al arte, pero ya no con aquel espíritu primero de encontrar en él la casi divina experiencia de dar, de crear un nuevo mundo, de sublimar la realidad. El sentido de la vida artística se redujo a poca cosa, porque esta vez Acacia llegó a la conclusión de que la única manera en que la vida le parecía tolerable era haciendo algo: el arte como quehacer. Después surgió el interés por la ciencia y el desinterés por la misma al encontrarse con el bloqueo de la interpretación y de la propia ignorancia. Más tarde, la ciencia ficción, el encuentro de sucesos y relatos extraordinarios, el contacto con lo insólito. Tiempo después tomaron el surrealismo como posición existencial, vagarosos en los sueños, sumergidos en lo onírico sin darle importancia a lo real. Terminaron atrapados por lo fantástico, lo incoherente, para caer en el total absurdo.

En todo esto la amaste y la seguiste, aunque nunca te permitió tocarla; estuviste siempre a la orilla de su cuerpo inamovible y padeciste el dolor de verla amar a otros. Qué largo amor imposible, abstracto. Acacia siempre fue agua entre tus dedos, aire capturado.

Abel... ¿lloras, Abel? Entonces, ¿la recuerdas? Acacia llegó a ser algo amargo para ti, el carnaval de las emociones, la morgue de las ideas, y ya, por más visitas que hicieran al depósito de cadáveres, no les era posible reconocer a sus muertos.

Para olvidar a Acacia encontraste la salvadora posibilidad de casarte con cualquier mujer. Teresa era el conformismo, el arreglo físico y la mente vacía. Ninguna inquietud adentro. No pensaba. Te casaste con ella y volviste a la pintura. Mucho tiempo tardaste para reencontrar tu pasión creadora. Todo se lo había llevado Acacia, el dolor, la fiebre de querer ser, la vena y la sangre.

Recuperado en parte, realizaste una exposición donde abordaste todos los sinsentidos, y para tu gran asombro, te trajo el triunfo. Abel Miranda fue reconocido en México y se iniciaron nuevos caminos hacia la proyección

internacional. Pero apenas lograda cierta posición, dañado por la úlcera del recuerdo y envuelto por nuevas sombras, comenzó prematuramente tu decadencia intelectual. La estupidez de Teresa fue un cáncer. Los hijos nacieron y fueron creciendo, niños que nunca pudiste amar. Si acaso, les dabas cariño en pequeñas dosis, y por mayor verdad, para ti significaron un estorbo.

Perdiste tu casa y se mudaron a un departamento de una recámara, sitio de agobio. Los niños todo lo llenaban con desorden, gritos, juegos, mugre. Seis hombrecitos violentos e inconscientes, sin educación, logrados al garete, alimentados como animalitos. Teresa siempre sucia, histérica, con muecas de fatiga. Todo ahí, a su lado se fue reduciendo, tu espíritu, tus ideas, tu imaginación, tus ganas de vivir.

Tropezar con la cuna, con la andadera, con dos niños anudados en un pleito. Los más chicos llorando dentro del corral. Objetos rotos, libros despedazados, óleos pisoteados y embarrados en la alfombra orinada y pestilente. Los tendederos de pañales por todos lados, en el baño, en la recámara, en la sala. Para ti no había espacio y a pesar de eso tratabas de luchar. Pintabas cualquier cosa y salías a venderla a la calle o de oficina en oficina. El poco dinero ganado era para la leche de los niños, cualquier otro alimento, jabón, ahorros para la renta siempre retrasada. Los niños mayores no iban a la escuela porque no tenían zapatos, tan descalzos como carentes de ganas. Teresa quería ir al cine como si fuera un placer tratar de divertirse con los hijos a cuestas. Los vecinos se quejaban del ruido y el dueño del edificio golpeaba la puerta, amenazándolos con lanzarlos a la calle.

Oye, Abel... ¿recuerdas todo esto? Recuerda el día que, aturdido por el llanto de tu hijo más pequeño, trataste de callarlo con una almohada. El niño murió asfixiado. Huiste de casa y te refugiaste en un terreno baldío. Viviste ahí, dentro de un depósito de concreto para agua, sumido en la estrechez y en la oscuridad, apestado por el remordimiento de tu involuntario crimen. Infanticida muriendo como rata, sin agua ni comida. A veces, quitabas la tapa y sacabas la cara al sol, e incluso te animaste a salir para ir a beber agua al charco. Cinco días estuviste así. Al pensar en tus otros hijos, lograste reaccionar y volviste a tu casa. Teresa nada te dijo, ni siquiera hablaron del entierro de Jorgito, ni de lo que más importaba saber,

si hubo o no líos con la policía, averiguaciones. Al parecer la eliminación de un infante que a nadie le importa no trastocó la normalidad.

Conseguiste madera y dentro de la recámara construiste un cuarto de un metro cuadrado, lo tapizaste con corcho aislante. En él te encerrabas, escapando de los rostros y del ruido, centrado en la sombra reducida y espesa, enajenado de todo, misógino, atendiendo tus fobias mientras afuera tus hijos se morían de hambre. Teresa te sacaba a la fuerza, te obligaba a pintar un cuadro y salías a venderlo para después volver al aislamiento. Un día encontraste el cuartito deshecho, celda íntima anulada por quien no entendió tu criptomanía. Con terquedad lo reconstruiste en el intento de lograr ahí una separación definitiva. Teresa se dedicó a lavar ropa ajena y así resolvió el alimento de los niños. Te libró de tal responsabilidad, pero no así de sus apetitos carnales, de su derecho a la satisfacción arrancada de tu cuerpo manipulado.

Nació tu primera hija, única hija. No querías conocerla, pero cuando obligadamente la tomaste en tus brazos sentiste amarla, sobrevino una íntima y profunda reconciliación con lo femenino y con la vida misma. La llamaste Acacia. Desapareció tu odio por los otros hijos, te acercaste a ellos, comenzaste a jugar y...

Oye, Abel... desde entonces no has dejado de jugar, empujas los cochecitos, hablas solo, formas soldados de plomo en líneas y grupos, los derrumbas con una pelota de hule. Tus hijos se divierten contigo, pero... estás enfermo, toda esa actitud es el desencadenamiento de una grave psicopatía, sufres de regresión.

Oye, Abel... deja esos juguetes y atiende a lo que te digo. Mira que es importante. Teresa ha llamado al psiquiátrico y están por llegar por ti. ¿Te das cuenta de lo que significa? Te internarán.

Oye, Abel... ¿no quieres venir conmigo? Te voy a llevar al parque, compraremos globos y algodones de dulce, cabalgaremos en círculos en los caballitos de madera...

Oye, Abel...

Incineraciones

EN LOS trece años de vida que tiene, nunca quise ir a conocerlo. Muerta su madre, lo trajeron a vivir conmigo. Le dijeron que yo soy su padre y él me tomó de la mano sin decir palabra, sin sentir nada. Lo llevé a la casa, le enseñé su cuarto, se desvistió, ordenó su pantalón, camisa y zapatos y se metió a la cama. Durmió con toda la tranquilidad de quien no se cuestiona sobre la muerte, mientras yo padecí tristes reflexiones agravadas por el insomnio. Contemplé el desorden de mi cuarto, la ropa sucia, los periódicos y las colillas que nunca esperan la escoba, la palangana con agua turbia, el pan duro por mi falta de apetito, las medicinas que ya no tomo para dejarme ir en la enfermedad, el espejo manchado. Fijé la mirada en mis tantos papeles escritos, poesía quieta bajo el polvo. Caminé descalzo y por primera vez sentí lo podrido del suelo de madera. Respiré hondo y me entró a los pulmones un hedor de cloaca. El deseo que tengo de morir se hizo inmenso y me pareció absurdo que a un hombre terminal como yo le hayan enviado a este huérfano de madre; será huérfano también en lo que a mí corresponde. Me acerqué a mirarlo y ante su imagen angelical me cercioré de que le temía. Volví a mi cama y preferí indagarme a través del sueño.

Cuando desperté, él ya estaba vestido y miraba por la pequeña ventana. Voy a comprar algo para que desayunes. ¿Tienes hambre, verdad? Le pregunté. Movié negativamente la cabeza. ¿Quieres lavarte la cara?, demandé con desgano. Él repitió el gesto. Pensé en la nata espumosa de jabón y mugre ahí reposada en la palangana y tuve el impulso de ir por agua limpia. Recapacité: ahora, un hijo al que no conocía y que nunca me había interesado venía a cambiar las cosas. No estaba dispuesto a ello. Para que notara mi indiferencia le dije que si quería lavarse la cara lo hiciera con los residuos de agua, que eran suficientes. Él siguió viendo por la ventana.

Como un mero formulismo solté ese ¿te gusta el pueblo? Sin separar los ojos del cristal me contestó: “No me gusta lo que arrastra la gente”. Me asomé y miré. Nadie arrastraba nada, y él repitió: “No me gusta lo que

arrastran”. ¿Qué?, pregunté con enojo. “Eso oscuro”, dijo con tristeza. ¡Ah, vamos, son las sombras! “¿Por qué no las dejan?” Porque no pueden. Tú también tienes la tuya, y... puede ser muy grande según le dé la luz a tu cuerpo.

No quise seguir ahí respondiendo a curiosidades de niño y para seguir con mi rutina me fui a tomar unas copas. Le dije que volvería pronto con el desayuno, pero en la cantina mientras pensaba en nada dejé correr el tiempo hasta el atardecer. Cuando volví, ese pequeño hijo mío y por demás gran desconocido estaba en la calle, tenía prendida una fogata que había hecho con basura. ¿Qué haces?, cuestioné con verdadero asombro. “Quemo sombras; ya quemé la mía y la tuya también, papá.”

Le entregué una bolsa con pan y frutas, entré y me tiré en la cama a observar el deterioro de mi espacio. Sentí una necesidad metafísica de escribir, pero fueron vanos mis esfuerzos. Poeta vacío. Sólo pude escribir una palabra: muerte. Corté el papel y me comí la palabra. La sola palabra escrita basta para acabar con un poeta, y ahora estoy aquí, en la cama, agonizando. Sé que a él lo llevarán con un hombre, mi hermano, y le dirán: es tu tío. Él lo tomará de la mano sin decir palabra y sin sentir nada. El tío lo llevará a su casa, le mostrará su cuarto. El niño se desvestirá, ordenará su pantalón, camisa y zapatos y se meterá a la cama. Despertará y mirará por la ventana. Luego saldrá a la calle para seguir quemando sombras.

Apostasía

MI NOMBRE, Daniel, es débil en su fonética; en cambio, el de mi hermano Rómulo es fuerte y en su sonoridad lo histórico hace presente esa mezcla de sangre humana y leche de loba, brote de lo que fue el Imperio romano, ímpetu y poder.

Él es flaco, alto, de músculos vigorosos; yo soy pequeño, de carnes suaves. Él tiene la nariz huesuda y pronunciada y su rostro alargado expresa su conducta vertical ante la vida; en la redondez de mi cara alunada sólo destaca la sonrisa que siempre esgrimo para ocultar las ganas de llorar que traigo al borde.

Día con día Rómulo ha sido mi sostén, mi protector. Él es el resorte con que salto al mundo, los zancos donde me trepo para elevarme sobre mi propio miedo. Para él significo un compromiso continuo que le exige el rendimiento de su fuerza a mi favor, y sin reservas, se siente obligado a ampararme sin fatiga. Para él su fraternidad es una religión.

“Recuerda — me dice —, recuerda bien todo lo que he hecho por ti. Cuando papá te pegaba, en mis brazos te he dado el consuelo necesario para que sobrevivieras a la angustia de crecer apaleado.”

“En las navidades te he regalado cajas de pañuelos blancos, tomando en cuenta todas las lágrimas que traes adentro y tus cíclicas maneras de desbordarlas. Cuando mamá se suicidó te arranqué de la tierra, despegué tu dolor desesperado por lo ido y te puse a mirar el cielo para que sintieras que sobre lo muerto y lo enterrado esplende el cosmos infinito. Lo mismo hice cuando se murió tu gata.”

Así, Rómulo desata los recuerdos de mi infancia en este momento en que se agita el terror. Andaba yo tristeando como de costumbre y Rómulo, para desbaratarme las tristezas, tomó por asalto el velero del tío Gustavo y nos

escapamos al mar para llenarnos de los hechizos del agua y del brillo de los cuerpos siderales. Íbamos abismados en deleites al borde de la costa, cuando vientos encontrados nos jalaban en círculos y después fuimos tragando kilómetros mar adentro.

Enteramente rodeados de aguas pánicas, Rómulo me habla con voz muy suave, confortándome. Quiere hacerme creer que el murmullo humano es capaz de atraer a algún barco para nuestra salvación. Susurra sin cesar: “Recuerda que solía atar a mi pie un cordón del que tirabas como señal de auxilio todas esas noches en las que, en la oscuridad de tu cuarto, se encendían las pavorosas calderas donde hervías entre demonios y muertos. En esas pesadillas, yo silenciosamente, sin despertar a mi padre, me arrastraba de mi alcoba a la tuya para librarte del miedo. Limpiaba tu sudor, te hacía caricias hasta dejarte dormido”.

Y bajo el rigor de los fríos sentimos pedernales que cortan nuestra piel y vientos helados se adentran en los pulmones; calcinados bajo soles furiosos nos volvemos brasas al ritmo de las alucinaciones. Lo veo despellejado con la sed endureciéndole la lengua. Y aún así, me dice con ternura: “Recuerda que en la escuela reprobé de año, descendí voluntariamente de grado para compartir contigo el mismo curso y así pude ayudarte a dejar de ser el más retrasado de la clase. Te enseñé lo que pude, te hice comprender algunas lecciones y fui paciente ante tu ineptitud. Cambié mi letra a semejanza de la tuya y, aprovechando el descuido del maestro, fui yo quien resolvía tus exámenes para que tuvieras buenas calificaciones con el menor esfuerzo. Y cuando se te vinieron encima aquellos primeros dolores de amor, cubrí tu incapacidad de expresarte y te llevé de la mano para que lograras consolidar tu relación. Te enseñé las formas del cortejo, fui yo quien escribió tus cartas amorosas y con mis frases desperté el deseo de la mujer que tú amabas. Te hice aparecer ante sus ojos como un poeta. Acabé con tus temores sexuales. Te invité varias veces a verme hacer el amor con mis amantes para que aprendieras las maneras gozosas del tacto, la correcta trayectoria con que los dedos recorren la piel, el uso de la humedad y de la lengua, el momento oportuno de la penetración, el ritmo, y la consecuencia del placer sin culpa ni complejos. Te hice hombre”.

Veó con horror el desollamiento que le causa la daga solar, hombre en ascuas, y a pesar de ello su voz no se quebranta, todo me lo dice en tono tan grato como si la amenaza de la muerte licuefaciera las asperezas nacidas del espanto y de todo lo insondable que se nos aproxima. Dulcísimo me dice: “¿Recuerdas todo lo que he hecho por ti? Ten presente en tu memoria todos los actos de mi bondad. Cuantifica todo lo que me debes. La vida cuesta, hermano menor, hermanito, la vida es cara y nadie se muere sin pagar sus deudas. He llegado al límite de la sed. Toma esta navaja y ábrete las venas. Beberé tu sangre”.

Más sorprendido que cobarde, le suplico que se tranquilice. Extiendo el pañuelo sobre mi cara para protegerme de él como si un pedazo de lino blanco pudiera resguardarme. Intento esconderme bajo un tablón y aun a ojos cerrados miro cómo mi hermano, el que era dulce, hoy acidificado se arroja contra mí. Jala mi acalambrado brazo, hiende la navaja, pega ahí su boca succionante, abreva mi resina roja de miedos. Mi sangre en sus labios es la imagen de mi debilidad e impericia. Siento en mi pulso la celeridad de la cabriola de su instinto de vida que lo ha transformado. Junto con el horror se despierta en mí la fobia contra su pericia. Nada veo en él más que al traidor, al hombre cáustico que me engañó durante años con sus melosas apariencias de hermano protector. Quiero arrojarme de un salto al mar, pero soy un desvalido caricato que ni siquiera puede salir de su inservible escondrijo. Rómulo amarra el pañuelo a mi brazo a manera de torniquete, evita que me desangre, cuida su sustento.

Golpes de sal, de sol, de agua de días. Escucho su voz muy lejana. Un viento intermedio, zumbante, se opone entre los dos. “Hermanito, cálmate, débil niño mío, estoy aquí para fortalecerte.” Y apenas salgo del azoro, me sobresalto cuando hace un tajo a mi carne. Inmensa se abre su boca en la codicia, el hambre es toda dientes. Tras masticar un trozo de mi ser, con su rápida navaja ejecuta otra seria ablación en mi muslo. Es lo último que veo. El mar, ya tranquilo, en calma, apenas mece mi desmayo.

Abro los ojos. Sobre una sábana mi cuerpo desnudo está untado de una sustancia que aminora el ardor de las quemaduras solares. Me duelen las piernas, las partes laceradas están cubiertas con vendajes. Con la vista recorro las paredes blancas, son las de una estrecha enfermería. En la cama

de junto, Rómulo con la cara embadurnada de ungüento amarillo sonríe con afabilidad y murmura: “Todos están conmovidos por tu gesto de querer salvarme a costa de tu propia vida; sin embargo, eso que la gente llama ‘milagro’ nos mantiene vivos a los dos, vivos y juntos. En medio del océano nos auxilió un barco francés. Siempre quisiste ir a Francia y ahora vamos rumbo a El Havre; se te cumple ese capricho. Antes de regresar a casa y recomenzar nuestras vidas como han sido siempre, pasearemos por el puerto. Nada temas, siempre estarás bajo mi protección, cher petit frère”.

La venganza de Flaubert

CUANDO mi padre estaba en el desván, solía mandarme a la cocina para que viera si él se encontraba allá. Yo iba a buscarlo y regresaba para decirle que no, que en la cocina no había nadie. Insistía, me preguntaba si lo había buscado bien, y yo, motivado por la duda, volvía al lugar para cerciorarme. Las idas y venidas podían repetirse tantas veces como mayor fuera mi angustia ante su desprecio por mi incapacidad para encontrarlo. Yo ponía todo de mi parte, miraba con atención, lo buscaba detrás de las puertas, debajo de la mesa y hasta en el cuartito de la alacena, pero era inútil, siempre volvía con la misma respuesta: no, papá, no estás en la cocina.

“¿No estoy allá? ¿Estás seguro? ¡Mira que eres un estúpido!” Y diciendo esto, soltaba una carcajada. Sin percatarme de lo imposible de la ubicuidad y de su burla, yo me esmeraba en la búsqueda, dispuesto a encontrarlo a como diera lugar. Él se divertía con mi empeño y desasosiego.

Hoy en la mañana, cuando desayunábamos en la terraza, mi padre me mandó a ver si él se encontraba en su recámara. Regresé corriendo y asustado le dije: sí, estás allá y lo que estás haciendo es lamentable y vergonzoso. No debiste mandarme a mirar eso. Jamás te perdonaré tan abominable acto.

Mi padre, turbado, dejó caer la servilleta en el plato, enrojeció y rápidamente se fue a la recámara a ver qué era lo que él estaba haciendo allá y que a mí me había disgustado tanto.

A la sombra del relámpago

JUAN ALCÁNTARA ha sufrido de miedos a causa de la ira de Dios. Aguaperpetua de San Isidro es un pueblo azotado por las lluvias. Ahí las casas, los hombres y los sueños suelen sobrevivir titiritando de frío y gritando de miedo. Los diablos son de agua, así como sus daños y sus trampas. Dios, tempestario, se hincha de enojo, sus venas se revientan y relampagueantes llenan los cielos de sustos blanquecinos y azules. El trueno, el relámpago y la lluvia son constantes y movibles. Ya sorprenden en un sitio, ya en otros. Hay, sin embargo, una piedra donde diariamente y repetidas veces al día los rayos se descargan en ella para lacerarla de luz, lumbre y enojos. Dicen que está maldita porque hace años hermano y hermana hicieron ahí el amor, y estando ensartado él en ella, un rayo de Dios los separó y los volvió cenizas. Esta piedra se encuentra allá, colina abajo, en el llano donde están las ruinas del pueblo viejo, acabado por las inundaciones. Sólo quedan algunos muros de la iglesia, sus patios de agua estancada, las cruces emergentes y los rezos alabeados que sondean el misterio de los antiguos ahogados.

Fue hace ochenta años cuando cayó aquel chaparrón que duró treinta días con sus noches. Después de aquella anegación que se tragó tantas vidas y sumergió tantos sueños, la población residuo del siniestro se mudó a lo alto de la colina. Acá, en el pueblo nuevo, los habitantes al menos se escapan de las inundaciones, pues los chubascos resbalan y forman sus charcas y ciénegas allá abajo y a lo lejos. No se le teme mucho al agua, pero sí al fuego zigzagueante que arrasa con árboles y frágiles techos de palma. No obstante, en Aguaperpetua de San Isidro el Nuevo hay quienes saben vivir en paz bajo la cólera de los cielos. Pero la mayoría de la gente tiene los músculos tensos y los ojos saltones por el miedo. Juan Alcántara siempre tuvo miedo. De niño, cada vez que oía un trueno, quebrantado y convulso perdía el habla. Su abuela para curarlo de los sustos lo jalaba de las orejas hasta despegarlo del suelo y le daba agüita caliente con tortilla quemada.

Así, durante breves ratos podía estar en calma, pero los truenos tan constantes se esmeraban en tensarle de nuevo la lengua.

Cuando creció, Juan Alcántara abandonó el pueblo y se fue a refugiar en tierra asolada de sequías. Allí, además del polvo y de silencios calientes, se hizo de una mujer y de hijos. Tres de ellos murieron de deshidratación, y el único que le quedó vivo, Gilberto, en cuanto dio sus primeros pasos comenzó a tener actitudes muy extrañas. Nunca jugaba con los demás niños y siempre atraído por sabe Dios cuál imán se perdía en el desierto obsesionado en perseguir las bolas de abrojos arrastradas por el aire. Cuando cumplió los nueve años, en su cotidiano regreso de las dunas, decía que las bolas le hablaban, le describían otro mundo al cual él pertenecía y al que debía volver a base de rodar por el desierto. Gilberto se hacía un ovillo y rodaba, al principio con mucha dificultad, pero logró una rapidez sorprendente como si no tuviera peso y era difícil distinguirlo de las bolas de abrojos.

Gilberto se convirtió en el hazmerreír del pueblo, todos se congregaban para verlo rodar y lanzaban gritos de estímulo para que rodara con mayor celeridad y el hecho de que anduviera todo polvoriento, andrajoso y lleno de espinas como un erizo les divertía aún más. Berta, la mujer de Juan Alcántara, se horrorizó de su propio fruto, de ese hijo malnacido, tocado por algún demonio. Desde luego culpaba a Juan y éste se defendía diciendo que ese niño loco de sed y de polvo era por vía de ella puesto que era mujer del desierto; él provenía de un pueblo de lluvias abundantes donde sus paisanos han aprendido a vivir en paz bajo la cólera de los cielos. Los padres se pasaban el tiempo echándose la culpa uno a otro mientras el hijo, ese miserable rodante, crecía junto con su locura. Un día, Gilberto se fue a buscar otras lejanías en el desierto y jamás volvió y no hubo nadie con la intención de ir a rescatarlo. Todos estuvieron dispuestos a recordarlo como una leyenda. Berta se negó a tener relaciones con su esposo por miedo a su mal influencia genética y decidió rechazarlo y entregar sus amores a otro hombre. Por eso, Juan Alcántara regresó a Aguaperpetua de San Isidro.

Entró al pueblo de noche. Bajo la lluvia y los truenos, avanzó por las callejas, despacio, como tranquilo. “Ya vuelve el que se fue —murmuraban quienes sorprendidos lo veían de vuelta con serenidad en los pasos—; ya

vuelve hecho un hombre, ha domado al miedo.” Juan Alcántara se adentró en los barrios alumbrado de vez en vez por los relámpagos. Llegó a su casa y en silencio se sentó frente a su abuela, y como no quiso hablar, la anciana pensó que enmudecía de miedo y nuevamente lo jaló de las orejas separándolo del piso y le dio agüita caliente con tortilla quemada. Él, sonriente, le dijo que saldría a pasear para volver a ver las casas, las calles y los recuerdos. Se fue por la vereda hacia el pueblo viejo y plácidamente se sentó en la piedra maldita a esperar el rayo que le quitó la vida.

Cuando lo encontraron ahí muerto, todos murmuraron que aquel que se va de su pueblo pierde la memoria, olvida los afectos y los peligros. “Qué torpe es el que por abandonar —musitaron— se olvida de cuáles son los lugares malditos.” Sólo su abuela comprendió que Juan Alcántara regresó infeliz buscando la muerte. Y para fortuna suya, su buena memoria lo ayudó a llegar al lugar indicado, donde a la sombra del relámpago se duerme en paz y para siempre.

No hay que dejar ascender a la muerte

EL RÍO se hace más ancho como si quisiera volverse redondo. La tormenta se desploma sobre él, hembra que acosa y domina al macho. Arrambla ahogados, hombres, árboles, toros y piedras se hacen a la voluntad de la corriente. Ahí en medio, Mateo aprieta los muslos y enreda sus manos en las crines, se aferra a su caballo. A tramos la bestia se deja ir y a trechos embiste las aguas. Son dos potros de distintos elementos que se atacan, dos furias y un hombre montado en la desesperanza. Una maniobra perfecta del animal y... luego el lodo, la orilla, a salvo del apetito de las aguas.

Vómito, tos y fiebre le indican a Mateo que está vivo. El caballo relincha, se desploma, arroja agua y sangre por el ollar y el mundo se le acaba en los ojos opacos.

A pie, en el esfuerzo de superar los estragos, Mateo llega a su rancho. Las mujeres de su casa, todas, acuden a su auxilio con el alabado sea Dios en la boca. Que trae la fiebre a cuestras, que le va a dar una pulmonía, que la tosecita esa es la mismita voz de la muerte, que hay que hacer algo, que hay que hacer todo. Cada una propone, según su juicio, el remedio conveniente. Jesusa le quita las ropas mojadas y lo cubre con siete cobijas. Ruperta hace que sumerja los pies en una palangana con agua caliente. Anastasia lo obliga a respirar el vapor que despide un cocimiento de eucalipto y menta. Gertrudis le da a tomar alcohol de caña y pótimas de canela y buganvilia. Victoriana le pone unos chiquiadores en las sienes. Agustina le da una cucharada de aceite de víbora y Gervasia reza al fondo: “Padre nuestro que estás en los cielos líbralo de la pulmonía, líbralo de la fiebre, líbralo de todo mal Padre nuestro...”

Fiebre y tos no disminuyen, al igual que la tormenta que les impide ir al pueblo en busca del doctor. Aquí está otra cobija. Líbralo de los malos fríos. Hay que echarle agua caliente a la palangana. Bendícelo, Señor, y no separes de él su Ángel de la Guarda. El eucalipto y la menta no bastan, hay que echarle estramonio y acónito. Venga a él tu protección divina y todos los cuidados celestiales. Ya vomitó el alcohol y los tecitos, pero ahora hiervo más y le traigo otro buen chupe. Santito Niño de Atocha dile a Diosito que lo proteja y se lleve de aquí la fiebre. No grites, Mateo, que es por tu bien, el cebito debe estar bien caliente. Santa Virgen María aleja de aquí la pulmonía y la bronquitis y hazlo resollar en paz y salud. Es que ya se le cayeron los chiquiadores, se los voy a fijar con goma de saúco. Déjenme ponerle otro emplaste de antiflogestina. San Judas Tadeo, santa María bendita, san Simón del Sacromonte, Cristo del Calvario, san Jorge bendito, tú que amarras los animalitos amarra los virus de la gripe, la tos, la pulmonía, la bronquitis y los malos aires fríos del pulmón. Con una cucharada de aceite de víbora no basta, le voy a dar toda la botellita. Virgen Santa María de la Concepción, Virgen Dolorosa, cúbrelo con tu manto. Ahí le va otra frazada. Y de la voz de la Jesusa salió ese ¡ya tiene fríos los pies! Y simultáneos brotan los ¡Dios nos ampare! Y luego el grito de la Agustina ¡la muerte entra por los pies! ¡Santos todos! Vocifera al fondo la vieja Gervasia.

La muerte entra por los pies y luego va subiendo. ¡No hay que dejarla subir! ¡Amárrenle los tobillos! ¡Bien atados! ¡Más fuerte! ¡Santísimo Dios aleja a la Santísima Muerte! ¡Ya tiene frías las pantorrillas! ¡Átenlo de más arriba! ¡Que no se trepe, que no se trepe! ¡Detengan esa muerte! ¡Es que ya tiene fríos los muslos! ¡Amárrenselos! ¡Va subiendo, va subiendo! ¡Échenle agua caliente! ¡No lo dejen enfriar! ¡Que no le suba la muerte! ¡Apriétenle los testículos aunque grite! ¡Su vientre está helado! ¡Cíñeselo! ¡Traigan más reatas! ¡Rápido! ¡Ya verás si no te detengo el paso, Pelona Flaca! ¡Se está poniendo morado! ¡Apriétenle el pecho! ¡No, el cogote no, que lo matan! ¿El cogote no? ¡No! Pues mire usted, tía Gervasia, que por no apretarle el occipucio ya se le subió la muerte y lo cubrió todito. ¡Arca de Noé, Sandalia de la Virgen, ¿por qué esta desgracia? ¡En su seno lo tome el Señor! ¡Que los Ángeles lleven su alma al paraíso y su espíritu se llene de gozo! ¡Maldita Pelona, nos ganó la batalla! ¡Que sea la santísima muerte su guía! ¡Miren nomás, está todo negro, como don Chon que murió de

gangrena! ¡Que el cielo nos dé fortaleza para aceptar esta santa voluntad de nuestro Señor, el Creador! ¡Santa María! ¡Ruega por él! ¡Santa Madre de Dios! ¡Ruega por él! ¡Virgen de las Vírgenes! ¡Ruega por él! ¡Madre misericordiosa...!

Sapo rojo

ME QUEDÉ descorazonado hace siete años. Fue después de gozar en grande la boda de mi sobrina Clarisa. Bebí como de costumbre para alcanzar esa euforia que me convierte en rey de cualquier fiesta. Bailé con todas las damas y toqué mi saxofón para opacar al cuarteto de viejos cantantes que ya entristecían el ambiente. De pie sobre la mesa le auguré a Clarisa, uno a uno, los próximos sinsabores de su corto matrimonio y también le vaticiné una viudez feliz, plena en satisfacciones. Tras haber mostrado mis dones de buen tío clarividente, me fui a dormir con la disposición de un ángel envinado.

Me despertó la sensación de ahogo. Un hipo persistente torturó mi abdomen, me fajé para soportar el dolor provocado por los espasmos y por último me vino aquel vómito. No era el agua agria y amarilla de las otras veces sino sangre. De mi boca brotaron gruesos coágulos malolientes. Quise gritar “estoy vomitando todas mis vísceras”, pero la materia emergida me impidió sacar la voz.

Marcela acudió a auxiliarme, ahora con un asco mayor y más harta que nunca de tener que lidiar como esposa con los estragos que me producía el alcohol. “Esta vez, sí te mueres — me dijo — y a ver si con la muerte aprendes.” Algo duro me subió por la garganta y tuve que abrir la boca tanto como si por ella fuera a parir un niño. Lo que salió no era tan grande, aunque me dolió como si lo fuera. Entre mis dientes sentí cómo resbaló mi corazón. Latiente cayó al suelo, justo en medio del charco de sangre, se infló y se transformó en un sapo rojo. Pude haberlo atrapado de no ser por el horror que me causó mirarlo fuera de mí. De salto en salto se alejó metiéndose en un lluvioso paisaje de charcas y espadañas.

“Se me salió el corazón”, intentaba gritar sin respiro. Estaba en el hospital, atrapado con sondas y transfusiones. Marcela me miraba con reproche, pero

me apretó una mano: “Cálmate, tu corazón está en su sitio. Has vomitado sangre, sólo fue eso, pero el susto ahora sí es de cuidado”.

Todos trataron de explicarme que había padecido un delirium tremens y que, si no dejaba de beber, las alucinaciones serían cada vez más frecuentes y espeluznantes. Fue inútil convencerlos de que en verdad el corazón se me había salido por la boca convertido en sapo rojo. Siento en el pecho el hueco de su ausencia y lo escucho croar a lo lejos. Por su peculiar reverberación puedo distinguir su canto tan distinto al de los demás sapos.

Dejé de beber sin el más mínimo esfuerzo, porque sí, dado que sin corazón no siento emoción alguna. Nada me causa felicidad, pero también no hay nada que me haga sufrir. En este limbo todo me parece anodino, hasta las ideas sobre Dios y el Demonio son algo bofo, sin esperanzas ni puniciones. No tengo gustos, ni miedo, ni hambre. Hace tiempo que no hago ningún esfuerzo para que la gente entienda lo angustioso que fue vomitar mi propio corazón. Ni siquiera se asombran y piensan que se trata de una mala fantasía.

Lo único que me mantiene vivo es la obsesión de buscarlo. Durante el invierno permanezco quieto, mirando al vacío y dejándome alimentar; en los días invernales nada tengo que hacer porque los sapos están enterrados. Me activo al entrar la primavera, cuando el saperío pone en los esteros millones de huevos. En las épocas de lluvia, animado por el horrísono concierto de su croar, ando en las charcas buscándolo. La obsesión no está dentro de mí sino allá, donde se encuentra ese corazón-sapo-enrojecido, y sólo me sensibilizo al ritmo en que él infla y desinfla su bolsa bucal. Cuando él traga una lagartija yo me siento alimentado; me invade la quietud cuando las ventosas de sus dedos se adhieren a una planta y me sobresalto cuando brinca de la tierra al agua.

No entiendo por qué todos piensan que es una locura querer recuperarlo. Deseo volver a sentir en los momentos la serenidad, aquellos latidos míos, casi inadvertidos, de aburrición cardiaca; incluso me gustaría volver a estremecerme con la taquicardia causada por mis iras y violencias. Andar descorazonado es estar muerto en vida. ¡Ah, si lo encuentro, me lo tragaré! Engullirlo será tan doloroso como fue el vomitarlo, pero así tal vez recobre mi condición humana.

Rutilo, a pesar de ser el más pequeño de mis hijos, es el único que me comprende. Él me acompaña en la búsqueda con fe y dedicación. En las noches de plenilunio o a la luz de los relámpagos, lo veo con sus pantaloncillos arremangados metiéndose sin miedo en los recovecos del estero. Hunde sus piernas flacas y blancas en el fango sin importarle las cortadas de las filosas espadañas. No se amedrenta bajo las lloviznas o los aguaceros, soporta el frío y tiembla menos que yo. Sus ojillos son mucho más audaces y es rápido y silencioso para atrapar la presa. Cada vez que coge un sapo lo lava bien para quitarle el lodo, y al ver que conserva el mismo color siena, se le enjuta la cara y me dice: “¿Tiene que ser rojo, verdad, papá?”

Rojo, sí rojo es el sapo que venimos buscando desde hace siete años.

Entre lo onírico, lo fantástico y lo siniestro, los cuentos de Adela Fernández oscilan dando voz a fantasmas, a seres que se metamorfosean o se duplican, a personajes rechazados, sometidos o maniáticos. Dueña de una pluma multifacética, Fernández se interesó por retratar la dimensión mágica y sobrenatural del pensamiento indígena, encontró en la oralidad y en la desbordante imaginación los ambientes sombríos, las atmósferas enrarecidas y los territorios de la ensoñación que nutren su narrativa breve; con una naturaleza experimental y con una contundente fuerza poética irrumpió en el panorama literario en la década de los setenta caracterizando sus escritos con una curiosa mezcla que toca la otredad y la diferencia.

En *Cuentos reunidos*, volumen conformado por los libros *Duermevelas* (1986) y *Vago espinazo de la noche* (1996) y prologado por Jazmín G. Tapia Vázquez, los límites de la realidad, la exploración de la muerte y la crueldad humanas, la magia, la creencia y la superstición acentúan el paradójico juego de encubrimiento que la autora otorga a la falta de comunicación, la soledad, el abandono y el desamor que surgen de manera destructiva donde lo familiar se enturbia y llega a finales trágicos. La obra de Adela Fernández, como narradora de los horrores de la cotidianidad y maestra del terror psicológico, recurre, además, a cierta ironía que potencia el sentimiento de desamparo, el aislamiento y la imposibilidad de un ordenamiento coherente del individuo enfrentado a una realidad que se desgrana poco a poco.